



# LA MUJER EN LA MINERÍA EN MÉXICO

LAURA ELENA ZÁRATE NEGRETE



LA **MUJER** EN LA  
**MINERÍA** EN MÉXICO



# LA MUJER EN LA MINERÍA EN MÉXICO

LAURA ELENA ZÁRATE NEGRETE



UNIVERSIDAD DE  
GUANAJUATO

**USO - GRAPo**  
S.A. de C.V.



MÉXICO, 2020



IMPRESO EN MÉXICO  
*PRINTED IN MEXICO*

Colima 35, Tizapán,  
01080 Ciudad de México.

Primera edición, diciembre de 2020

© 2020 Por características tipográficas y de diseño editorial

Lito-Grapo S.A. de C.V.

© 2020 Universidad de Guanajuato

Impreso en los talleres de LITO-GRAPO, S.A. de C.V.

Derechos reservados conforme a la ley

ISBN 978-607-8758-19-7 IMPRESO

ISBN 978-607-8758-22-7 ELECTRÓNICO

Queda prohibida la reproducción parcial o total, directa o indirecta del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito de los editores, en términos de lo así previsto por la *Ley Federal del Derecho de Autor* y, en su caso, por los tratados internacionales aplicables.

## AGRADECIMIENTOS

Quisiera aprovechar estas primeras líneas para expresar mi más sincero agradecimiento a todas aquellas personas que, de una u otra forma, han hecho posible la realización de la presente investigación. Agradezco de manera especial:

A mi Alma Mater Universidad de Guanajuato.

A las empresas mineras que me abrieron sus puertas.

Mi infinito agradecimiento a la Mtra. Elia Mónica Morales Zárate por despertar en mí la necesidad de realizar esta investigación y estar siempre a mi lado apoyándome.

Y, finalmente, a quienes han vivido conmigo mis ilusiones, mis desganas, mis agobios y alegrías, mostrando en todo momento una paciente comprensión y un constante apoyo que ha posibilitado que este libro, viera la luz: mi padre y mi madre.

A Sócrates, te agradezco estar presente en mi vida y compartir conmigo esta aventura que sin ti no hubiera sido posible.

A mis hermanos, Alma Rosa, Ricardo y Graciela, cuyo amor y apoyo incondicional me han permitido alcanzar los objetivos que siempre me he propuesto.

A mis cuatro grandes amores, Ximena, Ana Renata, Sofía y Ricardo que son mi inspiración.



## INTRODUCCIÓN

*La mina se pone celosa. Sí, según la antigua creencia, las mujeres provocaban la furia de la mina, que castigaba por su presencia secándose y dejando de ofrecer minerales al hombre.*

(CAMIMEX, 2010: 9)

La minería siempre ha sido asociada con lo masculino. En el imaginario social, el trabajo minero implica esfuerzos que van más allá de las capacidades femeninas: manejo de maquinaria pesada, riesgo en la ubicación de explosivos, excavación en profundidades con poco oxígeno y otras actividades más. La idea de que sólo el hombre puede lidiar con el trabajo pesado ha permeado tanto en las dinámicas colectivas, al grado de que el papel de la mujer minera ha sido ignorado a lo largo del tiempo.

Este libro fue escrito con el objetivo de escuchar aquellas voces que generalmente han sido mantenidas bajo tierra: las de las mujeres mineras. Los testimonios incluidos aquí dan cuenta de las funciones, objetivos, adversidades, sueños, logros y vivencias de esas trabajadoras.

Con el fin de romper los paradigmas y lograr una apertura a la reflexión sobre el tema de la mujer en la minería, se propusieron varios objetivos para realizar la investigación que originó este libro. El principal fue conocer cuáles son las mayores adversidades y logros que las mujeres han encontrado durante su trayectoria laboral en algunas de las minas más importantes del país.

Además del objetivo general, se plantearon algunos secundarios que ayudaron a guiar la investigación. El primero fue identificar los obstáculos que han enfrentado las mujeres mineras mexicanas para desarrollarse profesionalmente en esa industria, el segundo fue determinar cuál es la importancia de la mujer minera en México y el tercero fue recorrer la evolución, desde la Conquista hasta la actualidad, de la minería en este país.

Al igual que en muchos otros ámbitos laborales, las mujeres han sido históricamente excluidas de la minería. Hasta a inicios de los años noventa del siglo XX, comenzaron a tener un papel relativamente importante en México; antes de eso, sin embargo, su presencia era nula por el común rechazo social, laboral e, incluso, familiar.

Algunos de los pensamientos para justificar la resistencia a que una mujer trabajara en el ámbito minero se mantienen aún hoy. Por esa razón es importante conocer lo que pocas veces se ha hecho público: ¿qué pasa con aquellas que trabajan en un lugar donde nunca se les ha aceptado? En ese sentido, la misión de este libro sólo se cumple cuando el lector empatiza y reflexiona ante ese fenómeno.

La inclusión de la mujer en la minería concuerda con una serie de macroreformas políticas y sociales propuestas con el fin de equiparar el papel de las trabajadoras con la de los trabajadores. Con dichas iniciativas también se buscó un equilibrio entre los trabajos fuera de casa y los que, por herencia cultural, las mujeres tienen dentro del hogar.

De acuerdo con los datos aportados por Ma. Áurea Valerdi, desde los noventa del siglo anterior, con las nuevas condiciones de reacomodo internacional del trabajo y el decreto de Año Internacional de la Familia en 1994, se buscó conciliar la vida laboral y familiar de las mujeres (2011: 13—14).

El hecho de buscar evitar conflictos entre ambos aspectos de la vida femenina dio como resultado una serie de estrategias para concientizar a mujeres y a hombres. Estos últimos constituían el principal foco de trabajo: y había que mostrarles que ellos también eran responsables de que la familia funcionara equilibradamente y de que estuviera atendida en sus necesidades.

La creación de políticas de conciliación es un esfuerzo relativamente reciente para comprender y ayudar a que el fenómeno de la incorporación laboral de la mujer sea aceptado. Desde los años cincuenta del siglo pasado hasta ahora, en México se ha triplicado el número de mujeres que adquieren un trabajo fuera de la casa (STPS, 2006); sin embargo, todavía no se ha logrado asimilar cómo repercute eso en la vida social, laboral y familiar.

El intento más reciente de conciliación entre los ámbitos de desarrollo femenino se hizo en el año 2004, cuando la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) publicó, en el capítulo IV del *Panorama Social de América Latina*, una serie de políticas de equilibrio y equidad para el crecimiento de la mujer en el ambiente laboral (Valerdi, 2011: 14). Hasta la fecha, se han logrado algunos objetivos, pero hay otros que, en la práctica, están lejos de obtenerse.

El problema de la discriminación a las mujeres no es un tema nuevo. El abuso y las desigualdades han existido a lo largo del tiempo; sin embargo, desde que ellas

tuvieron la garantía de poder expresarse, han existido continuas manifestaciones sobre la necesidad de terminar con esas circunstancias. El reciente empoderamiento de las mujeres es sólo el comienzo de un nuevo orden social que exige ser extendido por el mundo, con o sin las típicas justificaciones culturales para no hacerlo.

En este libro no se pretende hacer una apología sobre la mujer actual ni satanizar las actitudes pasadas ante el género femenino; aquí las protagonistas son las mujeres mineras y sus vidas. Lo interesante de este trabajo es escuchar y conocer, de primera mano, cómo es el trabajo en la mina y cuáles son las ventajas o desventajas de desarrollarse profesionalmente en un sector tan complicado.

La mujer, multidimensional y polifacética, se desarrolla en varias esferas de la vida. Casi siempre, los roles dentro de esas esferas son igual de demandantes: se debe ser madre, hija, hermana, esposa, ama de casa, proveedora, conciliadora y muchas otras cosas más. El pensamiento común dicta que, si una mujer no cumple con las demandas que cada uno de los roles tiene, puede acusársele y juzgársele.

Algo muy distinto sucede con los roles masculinos, que generalmente son más unidimensionales. Si bien, el hombre también debe ser padre, hermano o hijo, de él se espera un poco menos. Por ejemplo, ser padre está generalmente relacionado con proveer, independientemente de si está o no en casa. El padre, culturalmente, puede faltar en la familia por motivos de trabajo o recreativos y no hay problema, nadie espera que sea diferente.

Lo mismo pasa con ser hijo: generalmente, la mujer es la encargada de los padres ancianos porque los varones de la familia tienen sus propios asuntos. Esta tolerancia sociocultural hacia los hombres es herencia de las costumbres registradas en la historia humana; sin embargo, eso no es suficiente para fundamentar tales diferencias.

Como se verá en el desarrollo del libro, el principal conflicto que la minera tiene es lograr la armonía entre su papel como trabajadora comprometida y los diferentes roles que le corresponde cumplir en sus núcleos de desarrollo. De acuerdo con la mayoría de las participantes, no es fácil sobrellevar las presiones socioculturales, laborales y familiares cuando van en contra de todo lo que les posibilita su autorrealización.

Ese vaivén entre *ser*, *querer ser* y *deber ser* es lo que finalmente desgasta y empuja a las trabajadoras a desertar o a luchar contra ellas mismas y contra los que las rodean. A pesar de que aquí se aborda desde la particularidad minera, el conflicto femenino de los roles y las expectativas depositadas en ellos se replica en todos los ámbitos y contextos en donde ellas participan.

La disonancia que crea la situación del trabajo y la familia en la mujer no es un tema menor. Tal como lo afirma Valerdi (2011), las mujeres trabajan por y para el bienestar familiar; fuera de esa razón, las demás son secundarias. La preocupación que toda mujer tiene por el núcleo familiar y sus necesidades es el principal motor para continuar invirtiendo su tiempo en un trabajo que asegure la manutención efectiva de dicho núcleo.

Lo verdaderamente interesante y digno de valorar es que, a pesar de los conflictos, las mujeres continúan adelante con una fuerza inagotable. Las trabajadoras en la mina, incluso, encuentran en sus labores diarias un motivo central para seguir con sus sueños; ahí tienen su espacio personal y pueden desarrollarse conforme a sus deseos.

Resulta muy significativo que las mineras vean en su trabajo una oportunidad para estar a solas o para compartir sus vidas con compañeras y compañeros. Todas las trabajadoras que participaron en este libro están entusiasmadas con su labor, independientemente de los problemas que encuentran a su paso. La autorrealización es lo más importante para ellas y su trabajo es el protagonista del desarrollo que experimentan día a día.

¿Qué pasa, entonces, cuando las personas son el principal motor pero también la principal barrera para que las mujeres continúen su desarrollo profesional? Los reproches familiares, sociales y laborales, así como las condiciones de desigualdad en cada una de estas esferas, son hechos lamentables que frenan la llegada a cualquier meta propuesta.

Algunos ejemplos claros de la situación de desigualdad pueden encontrarse en actividades recientemente accesibles para el sector femenino. La minería es una de ellas, pues hasta hace no mucho tiempo existían mecanismos que impedían la entrada de mujeres a las profundidades de la tierra.

Casos como éste pueden rastrearse en todas partes, sólo es cuestión de identificar un sector y observar la dinámica adoptada hacia las mujeres. De hecho, cualquiera de ellas que ose participar en una dinámica “masculina” está expuesta a bombardeos discursivos por parte de la mayoría de las personas, incluidas aquellas que comparten su condición femenina.

El hecho de que las mismas mujeres sean quienes muchas veces obstaculizan y rechazan a sus congéneres es algo que, a todas luces, resulta paradójico y motivo de preocupación. Una circunstancia común es que los hombres se resistan a la inclusión femenina: es una herencia cultural difícil de erradicar; sin embargo, que las mujeres adopten una actitud similar a ellos es un fenómeno con el doble de complejidad.

Cuando se piensa en cómo ha perdurado la cultura patriarcal hasta nuestros días, muy pocas veces se profundiza en el papel que la mujer ha jugado en el momento

de sabotearse a sí misma. Tal parece, como afirmaba una importante defensora de la feminidad, que las mujeres han creído el cuento sobre la supremacía masculina y, a partir de eso, han reproducido el destructivo modelo sociocultural.

Si se tratara de buscar responsables, tendrían que abrirse todas las puertas disponibles sólo para encontrar muchas más en el camino. Desde los fundamentos religiosos hasta las poco argumentadas razones biológicas y psicológicas, la conceptualización del mundo a través de los años y las acciones tomadas a partir de los modelos mentales que resultan de ella reflejan una falta de pensamiento crítico.

No es necesario pasar años en la academia ni acudir a una manifestación radical sobre la igualdad de hombres y mujeres para percatarse de dos cosas fundamentales: hombres y mujeres son iguales y diferentes. La igualdad se inscribe en el nivel de especie y, por lo tanto, es poco debatible; las diferencias radican en capacidades más o menos explotables dependiendo del contexto de acción.

El problema es que, desde el pensamiento patriarcal, las ventajas de las mujeres son demeritadas, las desventajas son exaltadas y las semejanzas de especie son ignoradas. Es inconcebible que, incluso experimentando la grandeza femenina, la mayoría de los hombres y algunas mujeres de pensamiento tradicional sigan negando lo que es evidente: la condición humana no depende del sexo.

A esa cuestión es a la que se refiere Cécica Cánovas cuando dice que la cultura ha jugado un papel importante en la construcción de hombres y mujeres:

La cultura ha moldeado las ideas, funciones y papeles de hombres y mujeres a partir de sus diferencias sexuales: ellos son los que saben hablar, los depositarios de una autoridad rara vez cuestionada, es decir, los únicos dueños del contexto social. Hablan por ellas, las definen o les dicen qué hacer, cómo y cuándo hacerlo; por lo tanto, en el contexto social, es a ellos a quienes se debe obedecer. Así se les ha enseñado a las mujeres y así siguen ellas enseñando a sus hijas e hijos (2011: 13).

Con el fragmento anterior es posible percatarse de las magnitudes del problema al que se enfrenta cualquiera que intente reestructurar el pensamiento patriarcal vigente. En la superficie hay acciones que sirven de fundamento para intentar un cambio cada vez más necesario; no obstante, en la profundidad hay cimientos tan sólidos que pocos se atreven a verlos como algo anómalo.

Todos los días salen a la luz sucesos en donde muchas mujeres son victimizadas por razones fácilmente cuestionables; eso es algo favorable porque antes era impensable enterarse. Lo lamentable de esa exposición cada vez más continua es la progresiva desensibilización social ante un fenómeno que todavía no es explorado

en sus raíces: con lo que se está lidiando es con modelos mentales compartidos que han logrado anclarse fuertemente debido a su histórica convencionalidad.

La perspectiva discursiva de Cánovas (2011), retomada de otros importantes teóricos, abre la discusión a un punto crucial, a su vez genérico y específico: la subjetividad y el discurso construido con ella. El discurso, integrado por textos y contextos, es una herramienta multimodal que puede crear, modificar y mantener un modelo mental.

En términos sencillos, un modelo mental es una construcción cognitiva que ordena el mundo a partir de estructuras individuales y colectivas. ¿Qué quiere decir, entonces, que se esté lidiando con modelos mentales y no sólo con hechos difundidos todos los días en los noticieros? Luchar contra una idea simultáneamente compartida entre una comunidad tan grande como una ciudad, un estado, un país o el mundo entero no es fácil.

Aquí debe comprenderse que los acontecimientos son manifestaciones reales de un modelo mental y que los modelos mentales son conformados por los acontecimientos. Esto que parece un círculo sin principio ni final es precisamente la imagen de la complejidad referida antes, no sirve de mucho enfrentar un extremo del problema sin hacerlo, al mismo tiempo, con el otro.

Dejar hablar a las mujeres y escucharlas con atención es primordial para avanzar hacia una posible y urgente solución. Si los hombres son los que culturalmente han tenido la voz, incluso para hablar por ellas, es momento de cambiar el sentido y confrontar lo que siempre se ha hecho para hacer algo nuevo. Voltar hacia el lado siempre ignorado representa ya un cambio de pensamiento.

Con la idea anterior no se está sugiriendo una inversión total de los papeles entre hombre y mujer, sino un diálogo para tratar de encontrar un punto medio. No sirve de nada atacar el problema adoptando como solución el problema mismo; eso sólo generaría una reacción agresiva por parte de todos los sectores. Lo que se propone aquí es comprender que hay formas distintas de ver el mundo y que todas son respetables por el simple hecho de ser.

Hasta ahora, la bandera que muchos movimientos feministas han levantado es la de la igualdad; sin embargo, lo que subyace a esas peticiones es la pretensión de ostentar el mismo poder que los hombres han tenido hasta ahora. Esa búsqueda de poder obedece a un pensamiento radical surgido de la impotencia experimentada ante algo tan complejo y aparentemente sin solución.

En lugar de esa lucha sin cuartel, socorrida por los movimientos radicales, es necesario generar un sentimiento de empatía que le permita al otro comprender y respetar el sentir ajeno. La empatía tiene como consecuencia positiva el sentimiento

mutuo y, por lo tanto, el sufrimiento o goce mutuo. Una persona empática siempre será capaz de ver y actuar pensando en los que le rodean.

Afortunadamente, cada vez hay más conciencia sobre el papel de la mujer y acerca de la desigualdad existente en su entorno. Cánovas, investigadora que desarrolla sus trabajos en el contexto guanajuatense, ha identificado avances importantes respecto a la situación femenina y su relación con el *ser*, el *deber ser* y el *querer ser*. De acuerdo con su trabajo sobre la resignificación del género (2017), el imaginario social se ha ido modificando y adaptando progresivamente a los cambios contextuales.

Según el estudio de Cánovas, tanto mujeres como hombres reconocen que la situación de violencia, inequidad, abuso y subestimación de las mujeres puede y debe ser cambiada (2017: 19). Estos cambios se deben a la constante concientización y empatía lograda hacia los fenómenos de predominancia patriarcal.

Lo más interesante de ese estudio, sin embargo, es que las mujeres son cada vez más aliadas de sí mismas y luchan para lograr un cambio significativo. Muestra de eso es el reconocimiento del *deber ser* tradicional y el rechazo hacia él o hacia cualquier otra convención que las lleve a él. La idea de lo tradicional, sobrevalorada en México, pierde fuerza con cada nueva asociación de injusticia que se hace a partir de ella.

En lugar de *deber ser*, la mujer se inclina por el *no deber ser* femenino ligado a la tradición y opta por un *ser* desligado de la imagen femenina histórica. Esto es importante porque las participantes no mostraron una predilección por el *deber ser* masculino; es decir, no pretenden luchar por el poder que ostentan y amparan históricamente los hombres, sino que quieren resignificar la cualidad femenina con miras a la igualdad.

El presente libro contribuye, a partir de la historia oral y los testimonios personales, a generar un cambio en el imaginario social; no se trata de un empoderamiento femenino a costa del debilitamiento masculino, sino de una postura neutra que se permite el papel de mediador entre las trabajadoras y los lectores.

Con las historias recogidas aquí, quiere generarse empatía a partir de los ojos de las mujeres entrevistadas. Cuando una mirada es acogida como la posibilidad de ver otro mundo diferente al que se habita todos los días, la conciencia de la igualdad compartida por el humano y las diferencias que hacen a cada persona única e irrepetible son descubiertas. Sólo así se logra valorar algo siempre subestimado por miedo a perder una identidad artificial.

Para lograr la empatía y el consecuente cambio, se realizó una investigación exhaustiva que derivó en este volumen, misma que se basó en un paradigma metodológico cualitativo porque con él es posible alcanzar una comprensión de lo

humano a partir de un análisis de la realidad social desde la construcción de los propios sujetos investigados.

El paradigma cualitativo es más que un conjunto de técnicas para recoger datos: permite comprender los modos de ver el mundo y los fenómenos sociales desprendidos de las distintas conceptualizaciones. Ese modelo también posibilita el entendimiento de los acontecimientos desde sus participantes y facilita un acercamiento a las problemáticas y condiciones laborales de las mujeres en la industria minera. Para lograr una aproximación pertinente al fenómeno de las mujeres en la minería, es fundamental conocer los juicios de valor que ellas hacen sobre su día a día.

La elección del paradigma cualitativo está también sujeta a la propia subjetividad del investigador, al compromiso con la realidad que quiere investigarse y a los medios disponibles (recursos materiales, tiempo, etcétera).

Tomando en cuenta los aspectos anteriores, se utilizó la entrevista enfocada como principal técnica para la obtención de los datos que conforman los capítulos centrales de este libro. Las entrevistas consistieron en 12 preguntas especialmente diseñadas para abarcar los aspectos previstos para la investigación. De acuerdo con los objetivos, algunos de los datos más útiles fueron las condiciones laborales, los obstáculos enfrentados y las inequidades presentes en el trabajo de las mujeres mineras.

Los sujetos investigados fueron mujeres trabajadoras de la industria minera. Las entrevistadas desempeñan varios puestos: gerentes, supervisoras, operativas y administrativas. Cada puesto tiene particularidades; sin embargo, el análisis jerárquico no fue pertinente para este trabajo debido a la naturaleza genérica de los datos buscados.

Las entrevistas se realizaron en cinco de las minas más importantes de México. En cada una de las locaciones escogidas hay una cantidad representativa de mujeres que va de 10 a 20 por ciento del total de trabajadores activos. Las minas seleccionadas están ubicadas en distintos estados del país: Zacatecas, Guanajuato, Hidalgo, Oaxaca y Sonora, con el fin de asegurar que las intervenciones partan de varios contextos sociales, culturales y, por supuesto, geográficos.

Las intervenciones fueron divididas de acuerdo con tres esferas de desarrollo personal en la vida de las trabajadoras: familiar, laboral y social. Así, se abarcan los aspectos más importantes para comprender adversidades, límites y logros de las mujeres mineras. Por cuestiones de ética y privacidad, los nombres reales de las minas y de las participantes fueron sustituidos arbitrariamente.

La presente publicación consta de cinco capítulos y de una sección de conclusiones. En el primero se hace un repaso general y limitado sobre la historia

de la mujer en la minería de México. Este recorrido histórico no es exhaustivo porque su objetivo es enmarcar y dar contexto a las participaciones obtenidas en varias minas mexicanas. Con el contexto es posible situar al lector en la situación histórica y actual de este sector, así como la reacción del sector ante la presencia femenina.

La parte fundamental de este libro consiste en las experiencias de las mujeres mineras. La información que compone los tres capítulos centrales está extraída de las más de sesenta entrevistas realizadas en las minas.

Los testimonios de las participantes están divididos en tres ejes principales: el familiar, el social y el laboral; esta división tripartita obedece a la metodología desarrollada para esta investigación. De acuerdo con ese orden, en el capítulo dos se aborda la esfera familiar y todo lo concerniente a ella; en el tres se hace lo mismo con la esfera social y en el cuatro, con la laboral.

Para comprender la intensión de este libro, debe aclararse algo fundamental: las divisiones entre las tres esferas se hicieron con motivos analíticos y metodológicos. Esto quiere decir que, a riesgo de hacer una exposición fragmentada, se optó por separar algo íntimamente relacionado en la vida de las mujeres entrevistadas. Cuando se habla de la familia también se habla de lo social; cuando se habla de lo social, inevitablemente se habla de lo laboral.

Después de haber expuesto las experiencias de las mujeres entrevistadas, en el capítulo cinco se plantea una discusión sobre el principal conflicto que ellas tienen: la conciliación entre sus logros individuales y la negativa de todo su entorno. Para fundamentar las causas y la búsqueda de soluciones, se echa mano de algunos autores que han contribuido a comprender el fenómeno patriarcal y sus consecuencias.

En la última parte del libro se presentan algunas conclusiones sobre lo expuesto a lo largo de la lectura. Esa sección sirve como escaparate para la particular visión y reflexión de la autora sobre la experiencia que significó realizar este libro. Una mirada femenina adicional se une ahí a las voces mineras para enriquecer el trabajo testimonial, esta vez desde una perspectiva externa pero no menos involucrada en la vida de las trabajadoras.

Antes de iniciar, es importante agradecer a las personas sin las cuales este libro no hubiera sido posible. En primer lugar, debe reconocerse a todas y cada una de las participantes: sin sus valientes contribuciones y arriesgadas afirmaciones no se tendría nada para reflexionar. A pesar de que en un principio hubo muestras de timidez y desconfianza de algunas de ellas, conforme las entrevistas fueron avanzando y se sintieron escuchadas accedieron a externar situaciones personales y muy delicadas.

También se agradece aquí a los propietarios y gerentes de las cinco minas visitadas durante la investigación. Gracias a ellos fue posible encontrar a las protagonistas de este libro y reunir las durante algunos momentos para platicar con ellas. A pesar de las apretadas agendas y del trabajo pendiente, los altos mandos comprendieron la labor implicada en este proyecto y accedieron a contribuir.

## PRÓLOGO

Pocas industrias han moldeado tanto a México como la minería. Si bien el petróleo, las manufacturas o los textiles también han liderado alternadamente la bandera nacional de producción, ninguna rebasa los alcances e implicaciones que ha tenido la minería mexicana.

Para poner en perspectiva tal afirmación, basta con observar un mapa geográfico económico del país y constatar el número de ciudades, vías férreas, puertos y carreteras que la minería ha generado en el país. Desde antes de la Conquista, la extracción y aprovechamiento de los minerales ya marcaba las rutas y asentamientos de nuestros antepasados.

La minería fue durante siglos el sostén económico de la región y, como tal, se convirtió en un elemento contribuyente a la formación de la identidad nacional. Incluso, los movimientos obreros contemporáneos tienen en ella sus orígenes; la primera protesta laboral de la historia de México ocurrió en 1766 y fue llevada a cabo por mineros en contra de su patrón, Pedro Romero de Terreros, además de la famosa huelga en la mina de Cananea en 1906 que sirvió como piedra angular del sector obrero durante la Revolución mexicana.

No hay duda de que la industria minera está íntimamente ligada a la historia de México, no sólo en su línea del tiempo, sino también en el desarrollo de su gente, cultura, economía y geografía. Y la mujer, ¿qué papel ha desempeñado dentro de este gran relato nacional?

El libro de Laura Elena Zárate Negrete no pretende reivindicar a la mujer en la historia de México, que bien podría hacerlo, pero sí parte de la gravedad de su ausencia en ella. Generalmente, la consecuencia de una narrativa patriarcal nos sitúa en un mundo y una industria que no sólo no promovía la inclusión activa de las mujeres, sino que la castigaba y señalaba por intentarlo.

A lo largo de este llamado progreso, se han instituido figuras homogéneas, sólidas y unilaterales que pretenden vincular un sector social con un rol determinado para mantener a flote un sistema dominante, siendo en este caso el del minero mexicano encasillado en la figura del hombre rudo, físicamente exigido y acostumbrado a la dureza.

Quienes despierten su interés por esta lectura, se encontrarán inmersos en un trabajo teórico, emotivo y reflexivo sobre la realidad que a diario enfrentan las mineras mexicanas; dueño de una narrativa brillante, este libro es capaz de conjugar el sustento académico con la sensibilidad necesaria de una investigación que ahonda en temas tan complejos como la dignidad y vulnerabilidad humana.

En primera instancia, se dice que es un trabajo teórico por el fundamento del mismo, en donde Zárate Negrete, para poder analizar la cotidianidad de las mineras mexicanas, retoma postulados feministas, como los planteados por la Dra. Célica Cánovas, quien se enfoca en la construcción del discurso de género, o los trabajos previos realizados por Áurea Valerdi, quien estudió el desarrollo de la mujer en el ámbito laboral.

Gracias a este devenir entre lo teórico y lo empírico, el libro consigue generar y referir conceptos tan significativos como el de multifuncionalidad, el cual nos permite trazar mejor la anatomía con la que viven y se desarrollan las mineras; un rasgo sobresaliente es cómo Zárate Negrete concluye que esta característica no conlleva un concepto de servilismo, sino una acepción práctica, la multifuncionalidad en el sentido más literal de la palabra.

En segundo término, se trata de un trabajo emotivo, altamente emotivo. La elección narrativa para contar la vida de las mineras, mediante entrevistas, termina por volverse parte fundamental del valor de esta investigación. Zárate Negrete nos cuenta que en un inicio existió timidez y desconfianza por parte de las entrevistadas, pero que conforme las palabras avanzan y el texto crece, es posible notar la desenvoltura y confianza de las charlas.

Éste es un mérito extraordinario del trabajo; las entrevistas alcanzan tal grado de intimidad que para el lector es posible percibir la sensación de ser partícipe de la conversación; nos involucramos con la voz de cada minera y nos resulta casi imposible no empatizar con sus historias.

Desde sueños y romances hasta miedos y fracasos, en cada testimonio descubrimos un mundo único, sí, con diferencias en la región en donde las mineras residen, el tipo de familia que tienen, los lazos afectivos que generan, pero enmarcados por un mismo contexto en el cual, lamentablemente, el machismo y la misoginia establecen el tono con el que se mira dicho mundo.

Además, las vivencias aquí descritas son fácilmente replicables en diferentes ámbitos, lugares e industrias de México, como cuando una minera narra que su pareja sentimental partió rumbo a Estados Unidos y una vez ahí se desentendió de apoyarla con el envío de dinero; en verdad estamos ante situaciones que, de manera triste, reconocemos en todos los rincones de este país.

Zárate Negrete crea esa voz conjunta de las mineras mexicanas que va más allá de un reclamo o una victimización; su trabajo alcanza un nivel más profundo en el cual presenciamos una lucha por salir adelante, por anteponerse a su propia realidad y ocupar un lugar en un espacio que nunca las contempló.

Esta carga emocional que brota de forma natural por el carácter humano de su contenido se transforma en la tercera cualidad de este trabajo: lo reflexivo.

El trabajo de Zárate Negrete comienza por hablarnos de la historia de la minería en México, un breve marco histórico que sirve como puerta de entrada para el escenario que estamos por conocer.

Posteriormente, le otorga voz y rostro a sus protagonistas, guiándonos poco a poco por sus vidas, los roles que ocupan en sus núcleos familiares, cómo construyen sus relaciones y por qué optaron por la minería como sustento económico.

Por los capítulos siguientes, la historia de cada una de ellas se entrelaza con el abordaje teórico de Zárate Negrete; la sociedad patriarcal adquiere el aspecto de un gerente de mina que cuestiona las capacidades físicas de una minera; el machismo se observa en parejas que reprimen la voluntad de alguien por liberarse de su estereotipo de género; la falta de inclusión toma la forma de un baño sólo para hombres, que cede por apenas minutos su exclusividad a quienes decidieron estar ahí, como todos los demás, para sacar adelante a sus familias.

Estructura, temas y narrativas parecerían estarnos contando, como el título del libro lo propone, la vida de la mujer en la minería de México; sin embargo, conforme las páginas del texto avanzan y las historias de cada minera se enriquecen, nos damos cuenta de que estamos ante un trabajo mucho más profundo y complejo.

Porque no debemos perder de vista que, como bien ejemplifica y dice Zárate Negrete en su libro, el principal reto de las mineras está en lo social: en la sociedad y en el contexto que habitan.

Ninguno de los problemas que las mineras padecen apunta hacia una cuestión física, de riesgo o de precarias condiciones laborales; no. El mayor obstáculo que ellas tienen está en confrontar su circunstancia, siendo lo más difícil entender que esa misma circunstancia es la que las coloca en esa situación de enfrentamiento; es decir, se trata de un sistema patriarcal aún muy complicado, que al mismo tiempo que coloca a la mujer en una situación de vulnerabilidad, la violenta por intentar salir de ésta.

Zárate Negrete consigue plantearnos esta dura disyuntiva en la que, por un lado, expone los testimonios de las mineras recopilando sus experiencias, mientras que, por otro, los analiza, ofreciendo una lectura más amplia de las vivencias a fin de convertirlas en ejemplos cercanos para cualquier persona.

Así es como los lectores conseguimos estar frente a un trabajo que va más lejos de sus propósitos. Las mineras mexicanas, sus voces y vidas podrían estar en muchas más mexicanas; la historia de una mujer en la minería puede ser también la semblanza de una mujer ganadera, obrera, ingeniera, o de cualquier rama o industria que todavía no haya abierto sus paradigmas a la inclusión de la mujer.

Por lo tanto, con dificultad por el presente y esperanza ante el mañana, encontramos en este libro una mina de realidades, en la que a diario miles de mineras se introducen a las entrañas de la Tierra para afrontar con nada más que su esfuerzo y voluntad el reto que significa partir la roca más dura y pesada del planeta: su paradigma social.

Sergio Almazán Esqueda.

CAPÍTULO UNO

LA MINERÍA

EN EL TIEMPO Y EL ESPACIO

*La minería, desde su origen, estuvo asociada con el comercio y las redes de negocios hasta convertirse en una actividad global imprescindible para la creación de riqueza, las estructuras de poder y para lo que los filósofos franceses llamaron el progreso humano.*

BERGER, 2014: 12

La historia de la minería es extensa y puede ser abordada desde distintas perspectivas multidisciplinarias. El objetivo de este capítulo no es repetir los datos históricos que muchos autores han dado antes, sino dar un amplio contexto sobre la práctica minera para aportar a una mejor lectura y disfrute de los capítulos consecuentes.

Para enmarcar los testimonios de las participantes incluidas en este libro, es necesario comprender qué papel ha tenido la mujer en la minería mexicana y cómo ha repercutido la historia en su rol actual. Sólo siendo conscientes de la importancia que ha tenido la minería en el país, de cómo el pensamiento patriarcal ha influido en la labor femenina dentro de la mina y del predominio masculino en la industria es posible dimensionar las historias relatadas a lo largo de este trabajo.

El presente capítulo está estructurado de una manera piramidal: comienza desde la apreciación de la minería como fenómeno humano e histórico, continúa con algunas consideraciones relevantes de esta actividad en sus perfiles económico, social, cultural y familiar en México, y termina con la valoración del rol femenino en dicha industria. Con este orden se va de lo general a lo particular y se sigue la evolución de los fenómenos mineros pertinentes para este libro.

## LA MINERÍA COMO EVOLUCIÓN HUMANA: EL USO DE METALES

La minería, como actividad del ser humano, está ligada a la evolución. Toda acción humana es muestra del desarrollo individual, cultural y social de esta especie; a partir de esas muestras pueden entenderse los periodos históricos y los mecanismos de supervivencia en cada uno de ellos. La minería, como inicio del aprovechamiento de herramientas, no es la excepción.

De acuerdo con Armengot, Espí y Vázquez (2006), el aprecio que algunos homínidos tenían hacia ciertas rocas y minerales es evidencia clara de que la minería primitiva era practicada desde hace 2.4 millones de años. Tanto en el sur de Etiopía como en Tanzania, se han encontrado vestigios de utensilios de piedra diseñados por el *Homo habilis* y usados para distintos fines.

La minería primitiva no era subterránea ni industrializada. La idea de una industria organizada es moderna y la utilización de cristales, metales y rocas en aquellos años demuestra una práctica que derivó en lo que se conoce actualmente como minería. Resulta interesante, por ejemplo, la búsqueda de materiales importantes y útiles para la fabricación de utensilios; tal es el caso del basalto, el cuarzo cristalino y la sílice amorfa. Con estos materiales era posible producir cierto filo y utilizarlo en la caza.

Tiempo después de estos primeros aprovechamientos materiales, hace 1.5 millones de años, el *Homo erectus* refinó el labrado respecto a la especie anterior e implementó el filo bifacial. Esto lo llevó a buscar otros materiales más versátiles para sus objetivos. Fue así como la minería primitiva se nutrió con nuevos elementos como herramienta: los preferidos fueron las cuarcitas, la obsidiana, el “chert” y el pedernal (2006: 18).

Si se piensa en los objetivos que los primeros homínidos tenían al buscar algunas piedras y minerales, se encontrará que no eran tan diferentes a los actuales. En realidad, la relación del hombre con la tierra siempre ha sido semejante, a pesar de las distintas civilizaciones y etapas en la evolución humana.

La tierra, desde siempre, ha sido la principal proveedora de recursos para el hombre y para las demás especies. Las diferencias entre el pasado y el presente son la técnica y las herramientas utilizadas para sacarle más provecho, pero, en el fondo, las intenciones siempre han sido similares.

No pasaría mucho tiempo desde el *erectus* para que las primeras exploraciones bajo tierra fueran posibles. Hasta la actualidad, la evidencia más antigua de excavaciones como búsqueda de minerales y elementos para nuevas herramientas se encuentra en África. De acuerdo con las investigaciones realizadas por arqueólogos

y antropólogos, alrededor del año 40000 a.C. hubo exploraciones subterráneas en la Cueva del León en Suazilandia, África; este acontecimiento supone el nacimiento de la minería propiamente dicha (Berger, 2014: 12).

Encontrar la primera mina en un lugar remoto y percatarse de que la actividad ahí databa de hace 43 mil años es una muestra de la importancia que los recursos naturales han tenido en el desarrollo del ser humano. En ese tiempo, uno de los elementos relevantes para los grupos que habitaban el lugar fue la hematita. Este mineral, conocido en la actualidad por ser una valiosa mena de hierro, servía entonces como elemento para realizar pigmento de almagre (*idem*).

De esta última información se deduce que, además de herramientas y objetos de supervivencia, los minerales encontrados en distintas zonas de la tierra servían como elementos culturales. Ese uso se generalizó en épocas posteriores, cuando los cristales y metales preciosos sirvieron como accesorios y decorados rituales para ceremonias religiosas, políticas y sociales.

Uno de los acontecimientos centrales relacionados con la minería y el trabajo con la piedra es lo que los antropólogos han llamado “el agotamiento de la caza” (2006: 18). De acuerdo con varias perspectivas, parte de la desaparición de la caza como forma primordial de supervivencia, así como de la desaparición del *Homo neanderthalis* y el surgimiento de la agricultura se debe al perfeccionamiento de los materiales primarios para cazar.

El nomadismo característico de las civilizaciones anteriores a la agricultura posibilitó la búsqueda de materiales cada vez mejores para la cacería. Gracias a esas búsquedas, la utilización de minerales se extendió y originó una riqueza de utensilios que pueden apreciarse aún ahora. El paso a la agricultura estuvo influido por el aprovechamiento de los recursos naturales, pero también por la matanza indiscriminada de animales.

Con el establecimiento de las civilizaciones en zonas específicas del planeta, comenzaron algunas dinámicas distintas respecto a los primeros homínidos. El hallazgo de nuevos minerales y materiales, cada vez más perfectos por su versatilidad, provocó que los sedentarios no se conformaran con las piedras duras y brascas de sus antepasados. Además, el encontrar piedras preciosas supuso un uso ritual y decorativo, más común con el paso de los años.

En el Neolítico, periodo de la historia caracterizado por herramientas más sofisticadas, la excavación y búsqueda subterránea de materiales preciosos para usos diversos fueron prácticas generalizadas. De acuerdo con los historiadores, existen bastantes rastros de minas que datan de hace aproximadamente 5 mil años y que dieron al ser humano más de 150 millones de utensilios. El lugar en donde más entradas subterráneas de exploración hay es en Europa; países como

Alemania, Suiza, Bélgica, Holanda, Dinamarca, Polonia y España son territorios ampliamente investigados debido a los aportes que han hecho a la historia de la minería (2006: 19).

Para los años en los que esas minas europeas fueron realizadas, ya había sido descubierto un metal muy importante que ha mantenido esa importancia hasta la actualidad: el oro. De acuerdo con Berger (2014), desde antes del año 6000 a.C., existía un gran aprecio por el oro, no sólo por su belleza, sino por lo fácil de su manejo y sus propiedades. Aún ahora, es el metal más adaptable y maleable de todos los conocidos, además de que tiene un nivel muy alto de resistencia a la oxidación y a la corrosión.

El periodo neolítico es conocido también por abarcar los años en los que los imperios nubio y egipcio se crearon y consolidaron. En estos dos grandes imperios, el oro tuvo un papel muy importante por el valor comercial y religioso que se le atribuyó: las indumentarias de los líderes imperiales eran confeccionadas con una combinación de piedras preciosas y ese metal.

Un dato interesante, y que contribuye a imaginar la creatividad y sofisticación de las sociedades de entonces, es la apertura de los pozos. Con las investigaciones realizadas en los territorios mineros neolíticos, se ha deducido que los pozos de exploración eran abiertos con herramientas construidas por los mismos exploradores, hechas con sílex; con ellas golpeaban la piedra caliza, ayudándose al mismo tiempo con mazas y astas de ciervo (2006: 19).

Después del periodo neolítico (conocido también como Edad de Piedra Nueva o Edad de Piedra Pulida), comenzó otro, de cambios e innovaciones importantes en la minería. Generalmente, se ha convenido en llamar Calcolítico o Edad del Cobre al lapso comprendido entre la Edad de Piedra y la Edad de Bronce. Fue en esta etapa de la historia cuando se inventó el horno metalúrgico, gran avance en la evolución de los instrumentos para la manipulación de metales y minerales (2006: 21).

Aquí es importante recordar que el cobre, elemento por el que este periodo adquiere el nombre, fue el primer metal manipulado por el hombre, debido, principalmente, a la facilidad para su manejo en distintos entornos:

Todos los arqueólogos e investigadores están de acuerdo en que fue el cobre el primer metal trabajado por el hombre, debido, sin duda, a la enorme facilidad que presenta para ello. Por ejemplo, el “cobre nativo” (metal casi puro que se encuentra en algunas partes superficiales de los yacimientos) se puede trabajar, bien en frío, por simple martillado,

bien calentándolo tan sólo a unos 300° C, lo que aumenta su maleabilidad. Lograr esta temperatura estaba al alcance del hombre del Neolítico (2006: 20).

Con la llegada del horno metalúrgico, muchos metales que antes eran difíciles o imposibles de manipular fueron trabajados por primera vez. Existen rastros de que, con el horno y auxiliándose con varas huecas que soportaban el peso y a las que podía soplarles, además de con fuelles hechos con piel de animal, los metales se trabajaron con temperaturas que alcanzaban 1,100° C.

Las altas temperaturas posibilitaban que algunos elementos como el cobre pudieran ser separados de otros minerales y, por lo tanto, que se aprovechara su pureza para la elaboración de distintos materiales. Esto dio paso a la elaboración de armas y al consecuente inicio del siguiente periodo histórico, que se caracterizó por introducir la mecánica en la minería y sentar las bases de lo que se conoce ahora como industria minera.

La Edad de Bronce tiene como principal característica la creación de armas a partir de aleaciones de cobre y estaño debido a la búsqueda de materiales más duros que el cobre puro. Dichas aleaciones, como el nombre de la edad lo indica, formaban un nuevo metal llamado bronce.

Una vez más es posible ver cómo la minería tiene un papel fundamental en el desarrollo y evolución de civilizaciones importantes. Para la Edad de Bronce, la civilización romana nació y revolucionó la manera de hacer minería, tanto por las excavaciones y exploraciones como por la mecanización de los procedimientos. Sólo a partir de estas innovaciones, Roma pudo llegar a convertirse en imperio y dominar los territorios necesarios para sus objetivos.

Según lo afirmado por Armengot, Espí y Vázquez (2006), hasta hoy la mayoría de los historiadores concuerdan en que Roma, en sus inicios, no era un pueblo minero y que fue en sus conquistas cuando encontraron sociedades que contaban con riquezas mineras. El aporte de Roma, entonces, fue la organización de procesos e inventarios mineros a gran escala.

Al igual que en otros ámbitos, la civilización romana fue pionera en procedimientos que continúan vigentes. No es un secreto que Roma tenía un gran poder tecnológico e industrial, y que con él le fue posible llegar a ser un imperio. En el caso de la minería, los líderes romanos aplicaron avances de otros campos para lograr alcanzar la mayor eficiencia metalúrgica. Innovaciones en áreas como la topografía, la ingeniería hidráulica o la organización del trabajo fueron aplicadas en la minería con resultados extraordinarios; uno de ellos fue la explotación de profundidades mayores a las de sus predecesores.

En el Neolítico, las máximas profundidades alcanzadas fueron de 15 metros; tiempo después, los avances permitieron llegar a 30 metros bajo tierra para extraer cobre. En Cartagena, ya en tiempos de la civilización romana, se tienen registros de excavaciones de hasta 100 metros de profundidad (2006: 22). Esta distancia, aunque ahora parezca normal para cualquier exploración minera, para entonces era una hazaña importante.

Actualmente, hay constancia de que en el Monte Laurión, cerca de Atenas, hay excavaciones de más de 130 metros para extracción de plomo y producción de plata (2014: 13). Estas profundidades implicaron grandes ventajas para los romanos y la construcción de su imperio: la variedad de minerales y metales, además del aprovechamiento de sus características, fueron fundamentales para la fabricación de armas e instrumentos.

Tal fue la importancia de la minería en Roma y en los territorios conquistados, como Hispania, Galia, Bretaña y las regiones alpinas del Danubio, que los historiadores coinciden en que “sin las reservas de plomo, plata mercurio, cobre y hierro [...] el Imperio romano no hubiera durado” (*idem*).

La clave para que el pueblo romano lograra excavaciones tan profundas y revolucionara la minería fue la utilización de herramientas fuertes hechas con hierro. Ellos tenían picos, azadas, cuñas, punteros y mazas. Otra de las claves fue implementar “obras de sostenimiento de los huecos de explotación con madera y muros de piedra, y a veces, cuando el mineral lo justificaba, realizaban obras de mampostería” (2006: 23).

El uso del hierro por los romanos fue discreto; de hecho, al mismo tiempo existían varios pueblos que ya utilizaban el hierro en cantidades moderadas. Con la generalización en el uso de este metal, sobre todo para la creación de armas y otros fuertes instrumentos, comenzó una nueva etapa de la minería: la Edad de Hierro.

La Edad de Hierro fue la consecuencia de un desabasto de estaño en la zona mediterránea (2006: 23). Sin este metal, era imposible lograr la aleación de bronce y el hierro logró protagonismo. Si bien ya había sido utilizado principalmente por los hititas, su uso se adoptó hasta a finales del segundo milenio a.C., debido a la menor manejabilidad con respecto al bronce y al cobre.

La obtención de hierro, en aquel entonces, era sumamente laboriosa. Tanto las temperaturas que debían alcanzarse como el proceso de purificación con carbón vegetal eran difíciles. Ya una vez obtenido, el hierro tenía que forjarse para lograr convertirlo en una herramienta útil a los intereses del herrero. A partir de su uso, los utensilios bélicos, las herramientas de exploración, la maquinaria en general y otros aparatos realizados con metales fueron implementados. El hierro,

por ser más duro y resistente que el bronce, se convirtió en la base mecánica de cualquier objeto que requiriera estabilidad.

Desde el descubrimiento del hierro (que poco a poco sustituyó a los demás metales hasta convertirse en el más usado) hasta la Revolución industrial del siglo XVIII, ese metal coexistió con muchos otros elementos, como el cobre, el estaño y el plomo (2006: 23). Ya con la Revolución industrial, el acero adquirió un protagonismo general y los objetos construidos para la industria, la tecnología, la guerra y la vida doméstica adquirieron una nueva dimensión.

La importancia de los cambios en el uso de metales y las aplicaciones de cada uno radica en su dimensión histórica y social. Con el descubrimiento de cada uno de los minerales hay una serie de circunstancias que tienen valor por lo que implicaron en las civilizaciones. Desde la creatividad primitiva de los primeros usuarios de los metales hasta la creación de grandes maquinarias con elementos más duros, el ser humano se ha relacionado con los recursos que la tierra le ha dado y ha sabido perfeccionarlos para su aplicación.

La minería siempre ha estado relacionada con la evolución del hombre. Hasta la fecha, los minerales más importantes y cotizados en el mundo están relacionados con la creación de tecnología. Tal como lo afirma Berger respecto al impacto social que los metales tuvieron en las tres edades: “El cobre, el bronce y el hierro fueron fundamentales para la factura de armas y para cambiar o mantener estructuras de poder e imperios a partir de la Edad de Bronce” (2014: 12).

La historia de la minería no termina en la Edad de Hierro; en realidad, a partir de entonces hay un desarrollo crucial en los ámbitos social y cultural. El mismo Berger afirma que la importancia de los metales está más allá de la imaginación. El siguiente fragmento enumera, de manera práctica, el impacto del hierro y los demás metales en los años subsecuentes desde el comienzo del uso generalizado de ese metal:

En otros sitios los imperios también han dependido de la minería: el famoso Pilar de Hierro de Delhi está fechado en 310 a.C.; monedas de hierro se acuñaron en China hacia 525 a.C. y las gemas del Oriente fueron extraídas por lo menos a partir de 1000 a.C. A lo largo de la Edad Media, la minería fue de vital importancia en varias regiones del mundo. El antiguo reino de Ghana, por ejemplo, produjo algunos de los metalúrgicos más importantes del mundo durante su era dorada, entre 920 y 1050. Y la minería tuvo un papel crucial para la Revolución industrial y el surgimiento del mundo moderno (2014: 13).

Está lejos de este capítulo repasar la historia completa de la minería; sin embargo, hasta ahora se ha abarcado el inicio de la minería y su impacto en el desarrollo del hombre. Antes de abordar la Revolución industrial, es importante conocer cómo era la minería en México antes de la Conquista y qué consecuencias tuvo la llegada de los españoles al continente americano.

## LA MINERÍA PREHISPÁNICA

México es un país importante en materia de minería: actualmente tiene el primer lugar de extracción de plata en el mundo; además, es el segundo lugar de fluorita y bismuto, el tercero de celestina, el quinto de molibdeno, el octavo de oro, barita y grafito, y el décimo de cobre y manganeso (SE, 2013).

A lo largo del tiempo se ha afirmado que México es un país rico en minerales; de hecho, los historiadores han asegurado que gran parte de la riqueza de este territorio fue robada y aprovechada por los conquistadores.

Muchas veces, cuando se obtiene información sobre minería, los datos más recurrentes son estadísticos: valor monetario, economía del país productor, competencia internacional y otros números importantes en el plano comercial, pero de poco valor antropológico. La pregunta acerca de qué implicaba la minería antes de la Conquista de México implica algo de exotismo y mucho de interés.

Tal como se vio en el apartado anterior, la evolución humana y su relación con los recursos otorgados por la tierra está clasificada de acuerdo con la predominancia del material usado. En una de las etapas evolutivas, el hombre atribuyó un valor ornamental y divino a los minerales; ese uso, más espiritual que material, caracterizó a civilizaciones importantes, entre ellas, las mesoamericanas.

Las sociedades prehispánicas eran complejas y tenían sistemas de organización muy eficaces. No es nueva la idea de que muchas de las estructuras sociales, culturales, religiosas y políticas de Mesoamérica constituían verdaderos mecanismos de orden y coherencia con el entorno.

La llegada de los españoles sigue estando marcada por provocar un desorden en la cosmovisión prehispánica. De ese caos, introducido por un grupo de conquistadores que no entendieron la complejidad de lo que tenían frente a sus ojos, todavía quedan bastantes vestigios: desde la Ciudad de México, inmersa en una identidad oculta, hasta la nostalgia y confusión cotidiana del mexicano que lucha por saber quién es.

La minería fue una de las principales actividades de los pueblos originarios y fue muy importante en todas sus dinámicas como civilización. De acuerdo

con Méndez Vivar (2002), en México los artefactos metálicos y las técnicas metalúrgicas aparecieron por primera vez en la región occidental; desde entonces hubo una expansión hasta llegar a las sociedades que luego conformaron los imperios.

Las técnicas que los pueblos mexicanos desarrollaron durante su crecimiento provenían de Sudamérica. Para el año 650 d.C., que es cuando se tienen los primeros indicios de actividades mineras, las sociedades sudamericanas como la incaica, ya tenían avances importantes en cuanto a minería se refiere.

Los historiadores creen que algunos grupos andinos llegaron, por vía marítima, al occidente de México y ahí compartieron sus técnicas de trabajo sobre minerales (Hosler y McFarlane, 1996). Estos grupos también comenzaron a trabajar el suelo mexicano y los habitantes locales observaron sus mecanismos de exploración para después reproducirlos.

Además de la ruta marítima, se ha concluido que los pueblos de las culturas sudamericanas también entraron por territorios del sureste del país. Fue así como la cultura maya, conformada por varias sociedades de América Central y del sur de México, también pudo aprovechar el conocimiento minero traído por los viajeros venidos de otros lugares importantes del continente (León Portilla, 1984; Langenscheit, 1997).

Hasta ahora, en las investigaciones arqueológicas realizadas a lo largo del país, se han encontrado los primeros usos de metales en zonas prehispánicas de Jalisco y Nayarit. Los metales más importantes para las civilizaciones de Occidente fueron el cobre y la plata; el uso fundamental de estos materiales fue en ornamentos con fines rituales y sagrados (Méndez Vivar, 2002).

Las primeras etapas de la minería prehispánica en México se desarrollaron entre el año 650 y el 800 d.C. Ya para el 900 d.C., los trabajos en metales eran más sofisticados y la exploración para conseguir nuevos materiales se hacía con mucha más complejidad debido a las exigencias de las profundidades. Para entonces, los objetos rituales ya exhibían más ingenio (2002).

Las técnicas de esta época eran “primitivas” pero muy eficaces. Hay evidencia actual de que la fabricación de las campanas y de otros materiales era con martillazos en frío. El material más usado en esos años fue el cobre y ya se hacían trabajos a partir de fundiciones, dependiendo del tipo de objeto que se pretendía fabricar. Tiempo después, las técnicas y la manipulación de otros minerales fue posible.

Conforme los años pasaron, los descubrimientos y el perfeccionamiento de materiales fueron comunes. Existen registros de que, para aproximadamente los años 1200 y 1300, ya se utilizaban aleaciones de distintos minerales, como el cobre, el estaño y plata, destinadas a “no sólo obtener los colores dorado y plateado,

sino también el diseño y funcionalidad de objetos hechos previamente de cobre” (2002: 11).

De acuerdo con León Portilla (1984), a pesar de que el cobre fue el metal más aprovechado por los prehispánicos, el oro fue el primero en trabajarse. La plata fue también ampliamente valorada por las culturas originarias. Los principales objetos creados a partir de estos dos últimos metales preciosos, catalogados hasta la actualidad como algunos de los más valiosos, fueron pectorales, anillos, ornamentos, collares, pinzas para depilar, láminas con diseño de mariposas, orejeras, narigueras, máscaras, brazaletes, coronas, placas con jeroglíficos y mangos de abanicos.

Además de los recién mencionados, existen colecciones de objetos con gran valor social y religioso fabricados exclusivamente de oro. Algunas figuras de dioses; escudos con incrustaciones; imágenes de templos, juegos de pelota, flores o animales; joyas o discos del sol y la luna son algunas de las piezas manufacturadas después del siglo X d.C. (Méndez Vivar, 2002).

Aquí es importante detenerse para considerar un punto muchas veces demeritado. Las personas están actualmente tan inmersas en la cultura del consumismo que muchas cosas sólo son apreciadas por su valor monetario y comercial. Es natural que se piense en riqueza y en dinero cuando se habla de metales preciosos y objetos resultantes de ellos; a eso están acostumbradas las sociedades contemporáneas; sin embargo, el alcance de esos elementos eran otros en los pueblos prehispánicos.

La visión mágica que tenían los nativos mexicanos sobre el mundo ha quedado tan relegada que se ha perdido en el tiempo. Los minerales y objetos fabricados con ellos eran de suma importancia para fundamentar la cosmovisión precolombina y su valor no siempre tenía relación directa con lo económico.

Si bien es cierto que había una importancia económica atribuida a los minerales, su principal uso no era el económico. Hasta ahora sólo se ha distinguido una dinámica comercial con minerales y metales: el pago tributario que se hacía a los líderes del Imperio mexica por parte de los pueblos que lo conformaban. Esta información, de acuerdo con los historiadores, se encuentra en la Matrícula de Tributos y en el Códice Mendocino (Zamora, 2003).

Con esta falta de evidencia sobre posibles fines mercantiles de los elementos pétreos, puede deducirse que no había una ambición utilitaria respecto a los tesoros mesoamericanos. La idea principal era aprovechar dichos elementos para sus necesidades sociales fundamentadas en lo sagrado.

Además del pago tributario, no hay registros sólidos de otro uso económico de los minerales, porque la mayoría de ellos estaba destinada a la manufactura de

objetos rituales para ceremonias y ofrendas divinas. El caso del oro, por ejemplo, es particular. Tomando en cuenta que actualmente su valor comercial es alto, resulta difícil para la sociedad contemporánea imaginarlo de otra manera:

Téngase en cuenta que en realidad el oro no era considerado en sí un elemento comercialmente valioso, sino que este metal tenía una ascendencia divina, por lo que únicamente podían elaborarse objetos del ritual, ornatos distinguidos o amuletos funerarios. En la orfebrería se encuentran símbolos relacionados directamente con la religión, saturada de simbolismo (Servín Palencia, 1988: 399).

Lo mismo ocurre con la plata, elemento fundamental en las ceremonias y rituales mesoamericanos. Según el estudio de Méndez Vivar (2002), las antiguas civilizaciones asociaban el oro al sol y la plata a la luna. Estas asociaciones quedaron registradas en las distintas lenguas que aquellos pueblos utilizaban y obedecen a la estructura arquetípica heredada de culturas más antiguas: “El oro y la plata eran metales muy apreciados por los pueblos mesoamericanos, aunque no por el valor que le adjudicaban los europeos. Ambos eran usados como tributo, sabiendo que se podían elaborar joyas vistosas y elaboradas a partir de ellos” (León—Portilla, 1997).

Los antropólogos, arqueólogos e historiadores han coincidido en que, además de la ornamentación y de objetos representativos, metales como el bronce tenían una función sonora en Mesoamérica. Para Hosler (1994), por ejemplo, los sonidos producidos por cascabeles o campanas eran considerados sagrados porque servían de protección frente a aquellos que tenían influencias maléficas y ayudaban a erradicar esas presencias. También, en la imitación de sonidos de la naturaleza como el trueno, la lluvia o los animales, fortalecían el vínculo con los dioses y recibían sus favores.

Otro de los usos pétreos comunes entre los pueblos prehispánicos está relacionado con la creación de herramientas. El cobre, metal no considerado propiamente sagrado, pero sí muy útil en aquellas sociedades, funcionó como materia prima para la mayoría de utensilios de la época. Entre las cosas más comunes fabricadas con cobre hay hachas, azadas, coas, azuelas, punzones, cinceles, sopletes y alambres (Zamora, 2003).

Aunque los minerales, metales y aleaciones fueron diversos debido a la geología mexicana, vale la pena desarrollar brevemente las técnicas de extracción y aprovechamiento de los recursos disponibles en Mesoamérica.

La organización de los pueblos originarios era tan completa que cualquier rol necesario para su desarrollo estaba desempeñado por alguien especializado. Eso

pasó con los pobladores que tenían experiencia en localizar yacimientos, así como en excavar y trabajar las minas. Estos mineros prehispánicos eran los encargados de realizar todas las actividades relacionadas con las minas (León Portilla, 1984).

Las minas, representadas en los códices como cuevas en la tierra, no siempre fueron tan profundas. De hecho, en un principio, sólo eran necesarios algunos socavones para extraer los minerales esenciales; sin embargo, conforme la necesidad de otros elementos se amplió, tuvieron que desarrollarse pozos, tiros de comunicación y ventilación (Humboldt, 1991).

De acuerdo con Méndez Vivar (2002), las técnicas, aunque primitivas, eran muy eficaces para abrirse camino en la tierra. El uso de la torrefacción para resquebrajar rocas fue esencial desde el principio, así como también fueron básicas las construcciones de pequeñas galerías y, después, grandes salones que servían para continuar con las exploraciones y extraer minerales no metalíferos como el caolín arcilloso, alumbre, cinabrio y calcita.

En el caso de otros minerales, como el oro, el cobre y la plata, casi siempre fueron más fáciles de obtener debido a que se encontraban en la naturaleza y sólo se utilizaba el calor para fusionarlos (Ortiz, 1942). Según Bargalló (1969), minerales como el oro y el estaño eran extraídos de ríos o terrenos pocos profundos con instrumentos con los que se sacaba arena y luego se limpiaba para separar los minerales.

Algo muy similar pasaba con la plata y el cobre, pues no fueron necesarias grandes obras de excavación, sino que podían encontrarse en yacimientos superficiales (Zamora, 2003). Ya cuando los minerales eran ubicados, algunos trabajadores los sacaban con los hombros para luego limpiarlos y separarlos de la roca o de los otros elementos no deseados (Bargalló, 1969).

La separación era realizada con combustión y fundición: “la forma tradicional de purificación de un metal empleada en la época prehispánica era la fusión de la mena en un crisol conteniendo el mineral y el combustible, que era leña” (Méndez Vivar, 2002). De esta forma, se obtenían los resultados deseados y podían aprovecharse los recursos de la mejor manera.

## LA MINERÍA COLONIAL

La llegada de los españoles supuso un cambio significativo en la minería y en toda la organización minera precolombina. Al igual que en muchas estructuras sociales, religiosas y culturales, los españoles derrumbaron las ideas económicas originarias e impusieron unas nuevas, emergidas directamente del pensamiento europeo.

El principal cambio experimentado en la minería prehispánica fue introducir una nueva conceptualización acerca de los minerales, metales y demás productos valiosos extraídos de la tierra. Ya anteriormente se puso énfasis en el poco valor comercial de los minerales y en el gran valor ritual que los pueblos originarios les atribuían. Los españoles invirtieron esta idea y los recursos pétreos se volvieron altamente cotizados por su valor mercantil.

Esto supuso un cambio radical en el pensamiento de los habitantes “salvajes” y facilitó el dominio de los españoles sobre ellos. En primera instancia, al no encontrarles un valor monetario, los indígenas mostraron, sin reserva, todas sus riquezas a los conquistadores; eso sirvió para el posterior allanamiento, una vez que fueron dominados. También sirvió después para aprovechar los ornamentos y simbolismos religiosos primitivos como estrategia de evangelización.

Todas aquellas maravillas minerales que adornaban a las divinidades prehispánicas y que utilizaban los emperadores, sacerdotes o líderes imperiales fueron resignificadas para lograr cambiar el pensamiento de los nativos y convertirlos a la nueva y “verdadera” religión. Muestras de esta estrategia de cambio en la cosmovisión son las diversas iglesias mexicanas cuyo altar está realizado con metales preciosos y mano de obra indígena.

Con los cambios introducidos por los conquistadores en el siglo XVI, comenzó la minería novohispana. La principal característica de este periodo fue la fusión de técnicas y mecanismos para el aprovechamiento óptimo de los recursos minerales. Este sincretismo sucedió en prácticamente todos los ámbitos del “nuevo mundo” y fue a partir de los resultados de esas combinaciones como se cimentó la sociedad posterior a la Conquista.

También en este periodo de la historia mexicana, con la llegada de los conquistadores, nació lo que actualmente se ha dado en llamar “la industria minera”. Este cambio permitió que la minería se estableciera formalmente como actividad económica (González y Campubrí, 2010).

En ese llamado “Nuevo Mundo”, los españoles encontraron una serie de minerales y procedimientos metalúrgicos desconocidos. Todo eso, reforzado por el exotismo general de encontrarse en “el paraíso”, contribuyó a elevar las ambiciones de riqueza y combatir todo lo que se opusiera a lograrla.

Después de todo el proceso de conquista y lo que eso implicó, se logró una estabilización a manos de los gobernantes de la Nueva España y comenzó la explotación de los recursos pétreos del territorio conquistado. La riqueza mineral de México se vio reflejada en el fortalecimiento de la economía colonial a favor del país europeo gobernante.

Actualmente existen diversos datos sobre la evolución de la actividad mineral en México. Se sabe, por ejemplo, que para finales del siglo XVII, la extracción y producción de plata había progresado bastante. Esta inercia se mantuvo hasta principios del siglo XIX, justo antes de la independencia del país.

De acuerdo con Sánchez Santiró (2002), durante ese periodo de tiempo, Nueva España fue el principal productor mundial de plata y para principios del siglo XIX ya había alcanzado 60% de participación internacional. A lo largo del siglo XVIII, la producción de plata había aumentado de 32 a 60% debido a la constante exploración y apertura de nuevos sitios mineros.

En cuestiones económicas, durante ese tiempo la minería adquirió mucha relevancia en el Producto Interno Bruto (PIB) del país. Según los datos analizados por Sánchez Santiró (2002), la participación minera en el PIB era de entre 8 y 12%; es decir, entre 22.8 y 28.4 millones de pesos.

La gran participación minera en la economía de Nueva España se debía, además de a la producción de oro y plata, a la extracción y aprovechamiento de otros elementos pétreos, como el cobre, el plomo y el estaño. El fenómeno también se debió a la explotación de diversos recursos que pertenecen a la minería no metálica, como el azufre, el alumbre, los mármoles, la cantería, la sal común y otros más (2002: 125).

A pesar de las estimaciones realizadas por los historiadores, actualmente se especula un poco acerca de si la aportación minera a la economía del país era mucho mayor de la que se ha registrado. La principal razón para dudar de las cifras es el papel protagónico que el sector minero tenía en el ámbito monetario virreinal, la circulación de capital minero y el desarrollo de los mercados internos del territorio.

Durante el esplendor minero de Nueva España hubo dos territorios cuyas minas fueron las más importantes para el desarrollo económico colonial: Zacatecas y Guanajuato. Según Sánchez Santiró, “entre las décadas de 1690 y 1730, Zacatecas habría ocupado el lugar medular en la minería novohispana, mientras que, a finales de esa década, Guanajuato habría tomado el relevo hasta la década de los años noventa del siglo XVIII” (2002: 127).

Los mejores tiempos de la minería novohispana se interrumpieron cuando se detonó la guerra de independencia. Aunque muchos estudiosos han planteado la intervención insurgente como el principal factor para que la minería de Nueva España colapsara, lo cierto es que las actividades mineras no cesaron, sino que continuaron con una menor capacidad que en tiempos anteriores.

Como es bien sabido, en 1810 comenzó la guerra por la independencia de México y las batallas se extendieron en gran parte del centro del país. Entre los territorios

más importantes para la consumación de la independencia estuvieron Guanajuato y Zacatecas, lugares cruciales para la industria minera y de Nueva España.

Según los registros históricos sobre la época independentista, entre 1810 y 1820 hubo diversas acciones bélicas y financieras que debilitaron la minería. Entre algunas de las más importantes estuvieron destrucción de instalaciones, descapitalización de apoderados virreinales, problemas con el abasto de recursos básicos, aumento de fletes y fiscalidad a la industria en general (Sánchez Santiró, 2002).

Aun con todas esas acciones derivadas de la guerra, la minería en el territorio nacional no se derrumbó; la mayor consecuencia fue el descenso drástico en el volumen de producción y exportación. Incluso algunos historiadores coinciden en que, a pesar de las destrucciones y el quiebre financiero, tanto a insurgentes como a realistas les convenía mantener las minas para seguir aprovechando la infraestructura y la riqueza minera durante y después de la guerra.

## LA MINERÍA EN EL MÉXICO MODERNO

Después de la guerra de Independencia y durante el siglo que se extendió entre ella y la guerra de Revolución, el país luchó para estabilizarse en todos los ámbitos de desarrollo. A pesar de la intención de levantar la minería y recuperar los niveles de producción anteriores al levantamiento insurgente, los números ya no fueron los mismos en el ámbito económico.

Para cuando la Independencia se consumó y las consecuencias eran visibles, la primera Revolución Industrial ya estaba en su apogeo. La mecanización de muchos procesos en los países europeos y el atraso experimentado por el México independiente fueron factor para perder un poco de la presencia mundial.

Ya cuando la Revolución estalló, la minería no era la principal actividad económica del país, aunque seguía siendo puntero internacional. La razón de la baja en el porcentaje del PIB no era un déficit en la producción minera, sino un desarrollo de otras actividades económicas complementarias.

De acuerdo con González y Campubrí (2010), en 1884, cuando Porfirio Díaz llegó al poder por segunda ocasión, hubo una apertura a la inversión extranjera en la minería, que incrementó la industria minera y aumentó bastante la producción en comparación con la época colonial.

También en la época del Porfiriato, se incorporó por primera vez a la mujer en las actividades mineras, un hecho crucial para la minería mexicana que marcó una circunstancia central, parte elemental del presente trabajo. El tema de la mujer en la minería se tratará en el siguiente apartado.

El desarrollo de la industria a lo largo del siglo XX fue notable; sin embargo, no se hará un recorrido detallado de esa época; en su lugar, y por la pertinencia para este libro, es importante conocer la situación minera actual.

El estado de la minería hoy en día es herencia de una serie de reformas que comenzaron y fueron continuadas desde el gobierno de Carlos Salinas de Gortari. Durante ese periodo, específicamente en 1990, se abrió nuevamente la inversión extranjera en la industria minera, después de haberse cerrado esas opciones mediante reformas legislativas a mitad del siglo XX.

Las modificaciones más importantes durante las reformas estructurales en el periodo de Salinas de Gortari fueron al 27 constitucional, referente a la propiedad de la tierra y a la administración de los recursos del subsuelo, y a los contenidos de la Ley de Inversión Extranjera de 1993 y de la Ley Minera. Estas reformas propiciaron la apertura del país a la inversión extranjera (Fuente y Barkin, 2013).

Las siguientes administraciones continuaron el camino abierto por Salinas de Gortari e impulsaron las inversiones extranjeras para continuar con el crecimiento de la minería mexicana. En 2005, por ejemplo, se simplificaron los procesos para obtener el título de una concesión minera y en 2011 el Senado de la República concesionó más de 51 millones de hectáreas al sector privado. Con ese territorio y el que antes ya pertenecía a la iniciativa privada, actualmente una gran cantidad del territorio nacional está concesionado para exploración y explotación minera (López y Eslava, 2011).

Durante el paso de las administraciones gubernamentales, se han creado también algunos organismos que contribuyen con apoyos técnicos y financieros para que los pequeños mineros puedan lograr su expansión. Los órganos involucrados en tales apoyos son el Servicio Geológico Mexicano (SGM) y el Fideicomiso de Fomento Minero (González y Campubrí, 2010).

Estas acciones de desarrollo minero han influido directamente en el crecimiento de la industria pétrea. Según datos de la Cámara Minera de México (Camimex), el valor anual de la producción minera en 2007 era de 6,800 millones de dólares y representaba 1.6% del PIB de México. La generación de empleos en ese momento era de 279,000 directos y de 1.5 millones indirectos (Camimex, 2007).

Para entonces, y de acuerdo con cifras oficiales del gobierno federal, México era una de las áreas de reserva de productos minerales no petroleros más importantes del mundo. En esos años, el país se ubicaba entre los primeros 12 con mayor grado de extracción y producción de metales debido a que trabajaba 18 de los metales y minerales centrales en la demanda internacional (González y Campubrí, 2010).

La minería mexicana obtuvo un gran impulso en 2009, cuando el valor de la producción de los metales más trabajados en el país se elevó a más de 25% y llegó a los 119.6 mil millones de pesos. El SGM desglosó esa cantidad por metales y presentó en su informe los porcentajes correspondientes a cada uno: oro (18.1%), plata (14.5%), cobre (13.1%), arena (7.4%), zinc (7.2%), grava (5.4%) y fierro (4.9%), además de otros elementos con menos porcentaje.

La inercia de este crecimiento continuó y para 2011 ya se afirmaba que durante cuatro años seguidos la extracción de oro se había duplicado. Según las cifras presentadas por Rodríguez (2012), las empresas canadienses lideraron la extracción de ese metal y se pasó de 43.7 a 87 toneladas de 2007 a 2011. Con ese volumen se alcanzó un aumento en el porcentaje de oro, con 25% de la extracción total.

Para 2012, el valor de la producción minera había aumentado 6.7% con respecto a 2011 y se dividía de la siguiente manera: oro (25%), plata (24%), cobre (18%), zinc (6%), arena (3%), fierro (3%), grava (2%), agregados pétreos (2%), plomo (2%) y otros (15%). Estos porcentajes representaron 3,040 unidades económicas, 328,555 empleos directos y el posicionamiento de México como el quinto mejor lugar mundial para invertir en proyectos mineros (SE, 2013).

Los buenos resultados mineros dieron pie a formular nuevas políticas mineras con la finalidad de fomentar aún más el desarrollo de la industria. Para lograrlo, se formuló en 2012 el Plan Nacional de Desarrollo 2013—2018, consistente en lineamientos para incrementar la productividad y competitividad del sector. En el presente año, corresponde evaluar los resultados de dicho plan y darle continuidad.

El dato más reciente que se tiene acerca de la producción minera y su valor dentro del PIB del país son las estadísticas publicadas por el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) en 2015. En la siguiente tabla se presenta la participación de la minería, por entidad, en la economía de México.

TABLA 1  
Proporción del PIB minero en el PIB total de la entidad, 2015

<i>Entidad</i>	<i>PIB</i>	<i>Minería No Petrolera</i>	<i>Proporción Minería</i>
Total nacional	17,126,791	211,896	1.2
Aguascalientes	217,761	2,119	1.0

<i>Entidad</i>	<i>PIB</i>	<i>Minería No Petrolera</i>	<i>Proporción Minería</i>
Baja California	517,006	2,222	0.4
Baja California Sur	133,350	5,395	4.0
Campeche	444,726	159	0.0
Coahuila de Zaragoza	608,255	12,023	2.0
Colima	103,892	727	0.7
Chiapas	293,793	1,485	0.5
Chihuahua	518,190	13,015	2.5
Ciudad de México	2,866,253	424	0.0
Durango	213,694	9,254	4.3
Guanajuato	762,722	3,244	0.4
Guerrero	260,166	648	0.2
Hidalgo	301,181	3,203	1.1
Jalisco	1,168,953	4,387	0.4
México	1,622,190	3,054	0.2
Michoacán de Ocampo	411,735	1,328	0.3
Morelos	201,382	660	0.3
Nayarit	119,719	530	0.4
Nuevo León	1,290,227	6,841	0.5
Oaxaca	274,464	3,090	1.1
Puebla	554,108	2,886	0.5
Querétaro	402,294	2,094	0.5

<i>Entidad</i>	<i>PIB</i>	<i>Minería No Petrolera</i>	<i>Proporción Minería</i>
Quintana Roo	283,498	1,290	0.5
San Luis Potosí	346,221	5,644	1.6
Sinaloa	376,477	1,887	0.5
Sonora	507,066	64,532	12.7
Tabasco	397,845	1,076	0.3
Tamaulipas	523,993	210	0.0
Tlaxcala	98,204	27	0.0
Veracruz de Ignacio de la Llave	854,065	891	0.1
Yucatán	269,305	2,635	1.0
Zacatecas	184,058	54,914	29.8

Fuente: estimaciones propias con información del INEGI.

Nota: PIB en millones de pesos a precios corrientes.

Tal como puede verse, el porcentaje del PIB referente a la minería no es tan alto y, a pesar de los buenos números, constituye en el país una actividad económica terciaria. Aun así, es un sector con altos niveles en la creación de empleos y en el futuro podría incrementar su aporte a la economía nacional.

Hasta ahora, sólo 30% del territorio mexicano ha sido explorado, pero se pretende extender la exploración, lo que podría garantizar un mayor aprovechamiento y desarrollo minero en el país. Con esos alcances y la firma de acuerdos comerciales con más de 40 países, la minería se posiciona como un área de oportunidad para fortalecer la economía mexicana directa e indirectamente.

## LA MUJER EN LA MINERÍA

La hegemonía masculina en la minería ha sido un hecho histórico difícil de negar. Al igual que en muchos ámbitos laborales, en la minería la mujer ha tenido una participación muy discreta o casi nula. Este problema no es exclusivo de México,

país altamente patriarcal, sino que es un problema generalizado en el ámbito mundial.

Ya en la introducción se presentaron algunas consideraciones sobre la mujer en la minería; sin embargo, es importante situar el rol femenino minero en la historia de México para comprender las problemáticas derivadas de su marginación. Comprendiendo estas problemáticas, es posible dimensionar eficazmente los aportes de las mineras entrevistadas para este libro.

El fenómeno de la mujer en la minería no es nuevo; muchos investigadores y teóricos han abordado el tema desde distintas perspectivas, pero con la misma conclusión: la mujer siempre ha estado relegada a labores secundarias y, cuando han estado en labores primarias, no siempre han sido reconocidas.

De acuerdo con Chaparro y Lardé (2009), la participación de la mujer en la minería ha sido permanente, esencial y silenciosa. A pesar de eso, nunca ha sido valorada ni apreciada en su justa medida.

Lo permanente de la aportación femenina se demuestra con la presencia constante de la mujer en las actividades mineras desde su incorporación; de hecho, muchos líderes mineros han afirmado que la confianza que se otorga al personal femenino es mayor que al masculino. Esta confianza se debe a que “el ausentismo de los hombres suele ser mayor que el de las mujeres debido a patrones asociados con la condición machista” (Chaparro y Lardé, 2009: 20).

Lo esencial del papel de las mujeres mineras se relaciona con lo imprescindible de su labor, pues cuando están trabajando son igual de fundamentales en las actividades mineras que los hombres. Finalmente, y desde un punto de vista negativo, la participación silenciosa de la mujer en la mina se refiere a la falta de valoración, contabilización y reconocimiento de la labor femenina (*idem*).

Estos tres aspectos, desde la perspectiva del reconocimiento femenino en la sociedad, son los que marcan a la mujer en el trabajo pétreo. A pesar de que los dos primeros puntos puedan verse favorables, lo cierto es que el silencio opaca lo positivo: es complicado reconocer lo permanente y lo esencial de la mujer en la minería si siempre se están omitiendo los logros.

La primera participación femenina minera de la que se tiene registro fue a principios del siglo XVI. En Guanajuato, por ejemplo, las mujeres locales se empezaron a involucrar en actividades mineras quebrando piedras y menas o cargando los metales para reducirlo a pequeños trozos para facilitar el procesamiento. Como estas labores se desarrollaban en las galeras, a estas mujeres se les llamaron “galereñas” (Bustos, 2015).

Para ese mismo siglo existía un contraste muy importante respecto a la presencia femenina en la naciente industria minera. En Guanajuato, como en otros

lugares del país, hubo mujeres propietarias de minas y tuvieron un papel activo en su administración y en la comercialización.

Existen documentos de propiedades mineras a cargo de mujeres que administraron grandes cantidades de dinero actuando como comerciantes, prestamistas, propietarias de inmuebles o dueñas de tiendas, minas y talleres. De hecho, se tiene registro de más de 110 mujeres propietarias, administradoras, capitalistas, transmisoras, beneficiarias, rescatadoras o de las autollamadas mineras (Caño, 2005).

Quizá el nombre de mujer más conocido en Guanajuato por la administración de una mina sea el de Francisca Pérez Gálvez, hermana de Juan de Dios Pérez Gálvez y heredera de las propiedades mineras de su familia. Con ella se consolidó, en aquel tiempo, la figura de la mujer administradora de minas debido a “su completa dedicación en beneficio de una administración eficiente de sus propiedades” (Macías, 1987: 646).

Una de las principales razones para esta abundante participación femenina en los asuntos importantes de la minería colonial era el parentesco y la herencia de las minas originalmente administradas por hombres. Muchas de las mujeres que figuran con cargos de primer nivel en la industria minera fueron hijas, esposas, viudas o madres de grandes empresarios y propietarios mineros (Caño, 2005).

El hecho de heredar una mina o adquirirla por medio de parentescos no demerita la labor femenina. La mayoría de minas gestionadas por una mujer tuvieron un desarrollo importante durante la administración. Las cosas iban tan bien que, para el siglo XVIII, las mujeres superaban bastante a los hombres en el número de transacciones inmobiliarias y esclavistas de la época (Caño, 2005).

Un factor importante para lograr esa superioridad femenina en el ámbito minero fue el ausentismo masculino relacionado con los grandes negocios nacionales e internacionales, con los conflictos territoriales y políticos, así como con el fallecimiento de muchos de ellos.

Como puede observarse, el papel secundario y accesorio de la mujer en la minería sólo representa parcialmente el fenómeno del papel femenino en este ámbito. Si bien había mujeres mineras en distintas labores diferenciadas, la razón no fue siempre la marginación, sino los niveles socioeconómicos de cada una de ellas. Esto lleva a reflexionar acerca del valor que se le da a la mujer dependiendo del entorno, problema constante también entre los hombres.

Con el paso del tiempo, las mujeres de primer nivel fueron perdiendo presencia en el panorama minero, debido sobre todo a la tradición de heredar obligatoriamente las propiedades a los hijos varones. En cuanto a las mineras de posición obrera, su labor secundaria siguió hasta a finales del siglo XIX y principios del XX.

En el segundo Porfiriato, las maquinarias y las nuevas técnicas establecidas en algunos centros mineros tendieron a modernizar las instalaciones y las prácticas mineras. Como consecuencia de esta renovación, se mejoraron las condiciones generales de trabajo y se incorporó a más mujeres y niños en actividades poco peligrosas, pero muy mal pagadas (Nava, 1972).

En la siguiente tabla se presentan los porcentajes de operarios mineros por sexo y sector; las cantidades corresponden al número de empleados, dependiendo del año considerado.

TABLA 2  
Trabajadores mineros en el Porfiriato

		<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>	<i>Niños</i>
<b>Centro</b>	<b>1895</b> .....	<b>97.94</b>	<b>2.06</b>	<b>—</b>
	<b>1899</b> .....	<b>94.26</b>	<b>1.88</b>	<b>3.85</b>
	<b>1900</b> .....	<b>94.19</b>	<b>1.29</b>	<b>4.52</b>
	<b>1903</b> .....	<b>92.38</b>	<b>0.83</b>	<b>6.79</b>
	<b>1907</b> .....	<b>95.54</b>	<b>0.71</b>	<b>3.75</b>

Fuente: Nava (1972)

Conforme los años pasaron, las innovaciones en la minería se incrementaron; eso favoreció el rendimiento y las condiciones propias del trabajo. Los operarios hombres se beneficiaron de las mejoras, no así las mujeres: al ser cada vez menos “útiles”, se buscaron maneras de apartarlas de la minería. Un mecanismo muy conocido para desacreditar a la mujer fue la invención de mitos, como el presentado en la introducción de este libro.

Después de un tiempo, a finales de los noventa del siglo XX, las mujeres volvieron a las minas. A falta de evidencia que lo corroborara, el mito fue desvaneciéndose y la presencia femenina en la mina se incrementó (Ramos, 2014). Varias razones, como la necesidad económica para comprar alimentos, apoyar en los gastos del hogar y, sobre todo, la falta de hombres en los pueblos debido al fenómeno migratorio, provocaron la incorporación femenina en la minería. En este sentido, Zacatecas fue un estado pionero para matizar el machismo en las minas (Ávila, 2012).

La gran diferencia entre el papel femenino de finales del siglo XIX y el de un siglo después fue la participación de mujeres en otras labores que implicaban más

responsabilidades e importancia en el funcionamiento de la industria. Debido a la profesionalización del ámbito minero, se incrementaron las labores administrativas, de laboratorio y ambientales con mujeres encargadas.

En la actualidad, también es normal ver a mujeres realizando trabajos operativos que antes sólo eran para hombres. Las maniobras con equipo y maquinaria pesada, las exploraciones, la explotación con dinamita de nuevos territorios, la refinación y limpieza de los metales son el día a día de las mineras en distintas partes del país.

La colaboración de la mujer en la minería es algo cada vez más común. El uso de nuevas tecnologías aplicadas a la explotación de minerales sin esfuerzo físico extraordinario ha propiciado la incorporación femenina a las actividades mineras (Camimex, 2010). Esto se relaciona directamente con la inclusión de la mujer debido al cambio tecnológico, pues la fuerza física ya no es primordial en la operación de una mina.

A pesar de la mayor incorporación de las mujeres mineras, las estadísticas no siempre reflejan lo que se busca en materia de inclusión y equidad de género. En 1999, por ejemplo, las mujeres representaban entre 5 y 50% de la fuerza laboral en escala mundial. Estas cifras implican un avance; sin embargo, los números no muestran que las trabajadoras pocas veces obtenían el reparto alícuota de los ingresos y recibían menor cantidad de dinero por su trabajo (OIT, 2007).

En septiembre del 2000, ante un panorama de desigualdad y falta de garantías, la Asamblea General de las Naciones Unidas reconoció, en su Declaración del Milenio, que la equidad de género y la autonomía de las mujeres son derechos fundamentales para posicionar a la mujer como un apoyo para combatir la pobreza, el hambre, las enfermedades y estimular el desarrollo sostenible (Chaparro y Lardé, 2009).

Con esa declaración, la apertura a otros ámbitos laborales fue mayor. Reconocer que la mujer tenía la facultad legal de participar activamente en los procesos económicos de la familia la sacó del aislamiento doméstico y la llenó de fuerza para realizar actividades antes restringidas a los hombres.

Desde el cambio de milenio hasta la actualidad, el progreso ha sido innegable. En el año 2010 las estadísticas reflejaban una realidad distinta a la vivida en décadas anteriores y en el 2012 la Camimex, a través de sus representantes, afirmó que el trabajo de la mujer en la industria minera era algo benéfico.

Los beneficios referidos por la Camimex eran los aumentos de la producción y el mejoramiento del ambiente de trabajo debido a la presencia de las mujeres. Los buenos resultados, según la Cámara, eran consecuencia directa de los aportes femeninos a la minería: la buena productividad, el mayor sentimiento de lealtad,

el menor ausentismo y el trabajo cuidadoso relacionado con el rendimiento óptimo de la maquinaria (Camimex, 2012).

Las cifras más recientes sobre el porcentaje de mujeres que laboran en el ámbito minero son alentadoras debido a su constante evolución positiva. De acuerdo con los datos reportados por el INEGI en su censo de 2014, para ese año 11% del total de trabajadores mineros eran mujeres. Esto quiere decir que había 15,602 mujeres mineras y 126,723 hombres.

En 2015, la Camimex reportó en su informe anual un aumento de 2% de trabajadoras mineras en comparación con 2014 (2015). El 13% de representación femenina en la minería implicó un buen resultado producto de los esfuerzos sociales, políticos, familiares y culturales por incluir a la mujer en actividades antes exclusivas de hombres.

Las estadísticas sobre la situación femenina en la mina son contundentes y reflejan la evolución del rol femenino en la sociedad, así como la lucha efectiva para su inclusión y la equidad de género. No obstante los avances, todavía hay muchos ajustes necesarios para lograr el objetivo planteado durante varios años: la igualdad de condiciones, derechos y reconocimiento entre hombres y mujeres.

Al igual que en México, cada vez hay más países que apuestan por avanzar en materia de inclusión e igualdad. En Canadá y Australia, por ejemplo, los porcentajes de trabajadoras mineras están en 15 y 16%, respectivamente (Salinas y Cordero, 2016). La meta en México es llegar, primero, a los porcentajes que son punteros y, después, seguir acrecentando la representación femenina en la minería y en los demás ámbitos laborales de donde han sido siempre relegadas.

La meta no es fácil de alcanzar; sin embargo, el panorama es más favorable que en otros tiempos. Un país incluyente y equilibrado siempre tendrá más posibilidades de evolucionar hacia un mejor futuro en los ámbitos social, cultural y económico.

## CAPÍTULO DOS

# LA MUJER MULTIFUNCIONAL: FAMILIA Y MINERÍA

*Si me hubieras entrevistado cuando llegué, te hubiera dicho que es muy pesado y mi familia no está conmigo; a lo mejor lloraría porque es muy difícil. Uno se va acoplando y organizando todos los roles, o tratando de organizarlos porque no siempre los tenemos balanceados. Uno va lidiando con eso día a día, se va acostumbrando*

Valeria, mujer minera

La ligereza de la cama despertó a Marina y al abrir los ojos se percató de que todo había terminado. Las peleas con su esposo eran recurrentes y se habían prolongado durante varios años. Las razones de las discusiones y las posteriores agresiones físicas eran las mismas que se leen en los periódicos sensacionalistas: el marido alcohólico gastaba la mayoría del dinero en las cantinas, invitando tragos a mujeres excesivamente maquilladas y con la misma necesidad económica de la mayoría de los mexicanos.

Ante los cuestionamientos de la esposa sobre las evidentes carencias en la economía familiar, el “jefe de familia” respondía con gritos, luego con amenazas y, finalmente, con golpes. Las consecuencias de las frecuentes fiestas eran claras: el refrigerador vacío, los colchones perforados, la tubería del agua parchada, las cubetas de agua amontonadas en el baño a falta de calentador de agua, etcétera.

Después de mucho pensarlo, Marina tomó la decisión de buscar un trabajo para poder ofrecer una mejor vida a sus hijos. Eso detonó la peor parte en la relación con su esposo. Su mamá y las señoras de la colonia ya le habían advertido que no se le ocurriera trabajar: “las mujeres deben de estar en su casa, atendiendo a los hijos, y tener la comida preparada para cuando llegue el marido a comer. No hay nada peor que darle un *sangüich* y no guisar”. Algo debía de estar mal con esas ideas, pero tenían razón.

La cara hinchada y el dolor por el contacto de la ropa con la piel herida fueron los únicos resultados que ella obtuvo por atreverse a pensar en un trabajo.

La amenaza del esposo había sido muy clara: “tú que trabajas y yo que me voy, yo no quiero una esposa facilona que ande ahí en los baños, haciendo cosas con todos sus amigotes del trabajo”. Finalmente, ella se fue. No porque encontrara un trabajo, sino porque “él estaba metido en problemas de deudas con quién sabe qué personas raras”.

Marina es actualmente una de las muchas mujeres mexicanas que han sido violentadas o abandonadas; sin embargo, para ella el abandono fue una bendición. Desde que su esposo se fue, encontró la manera de trabajar y de procurar el bienestar de sus hijos. “No ha sido fácil —dice durante la entrevista—, pero, gracias a Dios, he podido salir adelante. Tenía que salir adelante por ellos”.

### LA MUJER MINERA COMO MADRE

La minería no fue el primer sector laboral en el que Marina se involucró. Antes ya había tenido otros trabajos, pero nunca uno tan satisfactorio como ser minera. “He logrado subir en mi trabajo y en lo personal con mis hijos —dice—. He logrado que ellos tengan su propio espacio, su propia casa y su cuarto cada uno; mirar a mis hijos bien me hace estar bien en mi trabajo”. El único problema que encuentra en su labor es la imposibilidad de estar con su familia.

En la mina de Hidalgo, donde ella trabaja, existen tres turnos, dependiendo del cargo. Los puestos operativos se basan en una dinámica de roles; debido a eso, las trabajadoras deben cubrir cada uno de los tres turnos periódicamente: matutino, vespertino y nocturno.

De acuerdo con Marina, es cómodo estar rolando turnos porque eso le permite convivir con sus hijos de vez en cuando. La principal preocupación que ella tiene como madre de familia es procurar el bienestar de sus hijos y en su tiempo libre se dedica completamente al hogar. Eso, por supuesto, la define como una mujer multifuncional que no sólo trabaja en la mina, sino también en su casa, debido a los roles que le “corresponden como mujer”.

Para ella es fácil decir que, cuando no está trabajando, está dedicándose al hogar. Eso no le representa un problema porque está entregada a su familia; sin embargo, en sus ojos se percibe un cansancio no negado, pero sí subestimado. “En el primero —dice refiriéndose al turno— me voy a trabajar y mis hijos están en la escuela; ya en la tarde convivo con ellos; la abuelita de ellos me ayudaba a cuidarlos. En el segundo no los veo, pero hago de comer, barro, trapeo y me voy a trabajar”. El tercer turno es el mejor para Marina porque le da la posibilidad de estar todo el día con sus hijos y trabajar de noche. La complicación viene cuando,

después de laborar durante la noche, llega a preparar lo necesario para que sus hijos vayan a la escuela.

Dicho en sus palabras, no es fácil tener cuatro hijos, ser trabajadora y atender diariamente todos los asuntos relacionados con ambos roles. A pesar del agotamiento que implica combinar las funciones de trabajadora y de madre de familia, ella no se imagina laborando en otro lugar. La razón central para negarse a cambiar de trabajo en un futuro próximo es el apoyo económico que brinda a su familia. Ella reconoce que en otros sectores se gana mucho menos y, a pesar de sacrificar tiempo con sus hijos, no iría a un lugar en donde disminuyeran sus ingresos.

Como muchas otras mujeres mineras, la principal motivación de Marina para seguir adelante es ver bien a sus hijos. No importa si debe de multiplicarse para cubrir todas las necesidades familiares o si debe de invertir su poco tiempo libre en sus hijos: ella no ve otra opción laboral que le brinde las mismas satisfacciones: “Cuando entré, empecé a ganar poquito más para darle de comer a mis hijos. Ellos son mi motivación para decir que sí puedo. De repente que ya no quiero seguir, pero ellos me motivan y dicen que están conmigo. Siempre han sido mi motivación —dice llorando— para ser fuerte y siempre me dicen que no llore, que están conmigo”.

Ser madre de familia no es fácil: conlleva responsabilidades y sacrificios que sobrepasan la imaginación de aquellas personas que no lo han experimentado. Durante mucho tiempo se ha creído que ser ama de casa no implica esfuerzos significativos para lograr el buen funcionamiento familiar; nada más alejado de la realidad. El rol de madre es mucho más difícil de lo que se piensa y, aunque en muchas ocasiones no implique un esfuerzo claramente observable, se necesita mucha fuerza y persistencia para realizarlo adecuadamente.

Aproximadamente 90% de las mujeres entrevistadas para este libro son madres de familia. De ellas, la mayoría son madres solteras o divorciadas; eso implica un esfuerzo mucho más grande para sobrellevar las responsabilidades familiares; muchas veces la situación las lleva a depender de otras personas para el cuidado de sus hijos e hijas. Ya sean otros familiares o algunas personas ajenas, como niñeras o empleadas de guardería, el desarrollo de los niños está a cargo de alguien ajeno a la madre.

Desde un punto de vista amplio, este problema no debería ser exclusivo de las madres de familia. La misma responsabilidad tienen los padres que trabajan; sin embargo, cultural y socialmente no existe esa equidad. Eso lo tiene muy en cuenta Dafne, una trabajadora que, a pesar de ser soltera y no tener hijos, es testigo del sacrificio y valentía de sus compañeras madres de familia.

De acuerdo con ella, los hombres mineros están mucho más relajados en cuanto a las tareas familiares porque no se les exige lo mismo que a sus esposas: “Desgraciadamente, siento que es más difícil para la mujer cuando ya comparten su vida profesional con la vida personal, es decir, cuando ya se casan o tienen familia”. Este problema no sólo sucede en la minería y es común encontrar a hombres trabajadores que, después de su jornada laboral, utilizan el tiempo libre para dedicarse al esparcimiento porque tienen la garantía de que la esposa se encarga de todo.

“No es igual —recalca Dafne— porque aquí veo que hay hombres que tienen familias e hijos, y pueden estar en otro estado; y para una mujer no es así, no es tan fácil. Nuestra cultura no permite esos permisos de hombres y mujeres”. El problema es complejo porque México se rige por una sociedad patriarcal que tiene como consecuencia la estigmatización de aquellas mujeres cuya prioridad no es la familia, mientras que los hombres son premiados socialmente por no acudir al hogar. “Una mujer fuera de casa es una irresponsable; un hombre en casa es un *mandilón*” —dice la entrevistada—.

Precisamente esa idea sobre la madre de familia es la que pone en predicamentos a muchas mujeres que, aunque quisieran, no entrarían a trabajar en la mina. El principal temor de aquellas que aspiran a laborar o que ya laboran en la mina es abandonar a los hijos. Es claro que todas obedecen a un fuerte instinto maternal; sin embargo, muchas también tienen un gran deseo de superarse y lograr su desarrollo laboral. Saber hasta dónde llega el instinto maternal y hasta dónde la presión social de atender a la familia es difícil; empero, todas tienen a la familia como principal razón para estar y no estar en la mina.

Adela tiene 32 años, es madre soltera de tres hijos y está consciente de que muchas de sus amigas no entrarían a trabajar a la mina, ni siquiera por la mejoría económica que eso representa. La razón más importante de ese rechazo a la mina es la separación familiar: “Tal vez muchas mujeres tienen miedo a dejar a sus hijos o no se ven aquí —dice. Aquí pagan muy bien y muchas mujeres tienen miedo a no estar con sus hijos”.

Al igual que muchas otras trabajadoras, Adela labora en la mina porque le pagan bien. Como madre soltera, ella tiene que proveer a la familia; sus tres hijos dependen de las ganancias de la madre para vivir y ningún otro trabajo podría ofrecerle la estabilidad económica que busca, principalmente porque sólo estudió hasta la secundaria. La escolaridad, por supuesto, influye directamente en el sueldo que percibiría en otros trabajos de menor sacrificio, pero también de menor ganancia.

La problemática económica de México es un factor directamente relacionado con las condiciones sociales y familiares de sus habitantes. Por desgracia, en

México el salario mínimo ofrecido en la mayoría de los trabajos para personas sin educación superior (y en muchos casos también para ellas) es ínfimo. El desequilibrio entre los ingresos y los gastos en productos básicos es notorio; cada vez es más difícil sostener a una familia con lo ofrecido en un trabajo convencional.

Esa situación, preocupante por demás, orilla cada vez más a que las mujeres decidan entre aportar económicamente a la familia o estar con ella. La idea de que la mujer no debe de trabajar ha quedado obsoleta debido a diversos factores, entre ellos el económico: ya no es posible que el soporte familiar recaiga sólo en el padre. La situación se complica cuando la madre es la única responsable del desarrollo de los hijos e hijas.

“Me doy ánimos yo sola porque sí es triste estar sin ellos —confiesa Adela—. Estando en mi casa trato de estar con ellos y estando acá, estoy al pendiente de ellos por teléfono”. El hecho de trabajar en la mina de Zacatecas, en donde las jornadas laborales son distintas a las de Hidalgo, favorece la convivencia entre ella y sus hijos. Cuando trabaja, debe estar 14 días ininterrumpidos en la mina; ahí se alimenta y desarrolla sus actividades diarias; después se va a su casa y aprovecha para pasar tiempo con sus descendientes. “Te vas acostumbrando, tanto tus hijos como tú” —asegura—.

Al salir de la mina, Adela viaja seis horas en camión para llegar a su hogar. Ella es de un municipio de Coahuila que está bastante alejado del lugar en donde trabaja. De sus días de descanso, tiene que destinar doce horas para viajar de un destino a otro. Esta dinámica catorcenal, que podría dejar exhausto a cualquiera, no representa problema para ella porque el fin lo justifica: “Cuando [mis hijos] me ven, me ven con mucho gusto. Soy como su ejemplo; me ven con orgullo”.

La edad de cada trabajadora minera varía y, con ello, su situación como madre también. La mayoría de las mineras son jóvenes y tienen hijos pequeños que necesitan de cuidados acordes con su edad. Como es natural, mientras más chicos sean los hijos, los cuidados deben ser más específicos. Un bebé, por ejemplo, precisa de vigilancia constante que asegure su bienestar; un niño en crecimiento suele ser inquieto y un adolescente comúnmente necesita comprensión y apertura.

Cada etapa de desarrollo implica una problemática específica que debe ser atendida de la mejor manera. Pocas son las madres mineras que tienen hijos adultos e independientes; ellas no tienen mucho de qué preocuparse porque pueden visitarlos de vez en cuando sin necesidad de atenderlos. ¿Qué pasa con aquellas mamás que tienen bebés o hijos de pocos años y cómo los sacan adelante?

“Mi hijo me decía: mamá es que no vas a regresar, es que mamá... Y yo platicando poco a poco con él lo convencía y le decía: es que hijo esto y es que

aquello...” —dice Clara, madre de dos hijos. Cuando ella empezó a trabajar, su hija apenas tenía ocho meses y, mientras trabajaba, nació su hijo más pequeño.

La situación de Clara no es fácil: es soltera y es la única al cargo de sus hijos. Lo más duro para ella ha sido separarse de sus niños pequeños y dejar su formación en manos de otras personas. Ella misma reconoce que sus hijos son inquietos y muchas veces agotan la paciencia de las personas que los cuidan: “No cualquiera me les tiene paciencia. Entonces yo decía: de estar yo a que otra gente me los maltrate, pues mejor yo los cuido... pero, bueno, por la necesidad de trabajar tuve que dejarlos a cargo de alguien más”.

Una de las satisfacciones más grandes de Clara ha sido la oportunidad de compartir los primeros meses de su primogénita; sin embargo, la situación económica de entonces no era tan favorable y tuvo que trabajar. Eso implicó un importante sacrificio porque, de acuerdo con ella, “no hay mejor sentimiento que el de una madre que ve a sus hijos cuando nacen y crecen”. Separarse de su hija cuando sólo tenía ocho meses de edad fue un suceso muy desafortunado.

Cuando su hijo nació, la minera ya conocía la sensación de no estar con él. Para entonces ya trabajaba en la mina y, aunque tuvo el tiempo legal para atender las necesidades de su bebé, después regresó a trabajar. “Ése sí, desde el mes, a guardería —dice con sentimiento—. Sí fue algo complicado porque no hay como que uno esté con los niños pequeños, no hay mejor que la mamá para cuidar a los niños”.

Como todas las demás mineras, Clara cuenta el tiempo para llegar a casa y disfrutar a sus hijos. El problema es que, a pesar de las ganas de estar con ellos para compartir los momentos importantes, el trabajo muchas veces le consume la energía y, al llegar, la actitud no siempre es tan positiva. Ella asegura que los hijos quieren hacer muchas cosas después de no ver a su mamá por tanto tiempo y no siempre se les puede complacer:

A veces, claro, son exigentes y ellos quieren tiempo. Siempre quieren jugar y a veces uno llega cansado. Aunque trate de llegar bien, uno llega fastidiado y a veces unas reacciones no son las más convenientes por lo mismo que uno llega cansado... Uno a veces reacciona mal ante unas situaciones que ellos, como niños inquietos, pues tienen; pero pues ahora sí que con mucha paciencia y tratando de platicar mucho con ellos se pueden hacer las cosas.

Afortunadamente para ella y para las demás trabajadoras mineras, siempre ha existido alguien que les ayude en el cuidado de sus niños. Por supuesto que lo mejor sería estar con ellos; no obstante, las circunstancias no ayudan para que

sea así. La independencia y empoderamiento de la mujer ha tenido como efecto secundario una presencia cada vez menor en las labores domésticas y en la crianza de los hijos.

El vínculo con el bebé es una de las cosas más fuertes que una madre puede tener y, aunque el padre de familia estuviera al tanto de él, la mamá nunca deja de preocuparse. La situación empeora cuando no hay un padre de por medio. Al igual que Clara, Paula tiene un bebé en casa y la mayor preocupación es su salud. La angustia crece cuando no hay alguien que le ayude a cuidarlo o cuando ella tiene que regresar a trabajar, aunque el menor esté enfermo.

De acuerdo con la entrevistada, el trabajo en la mina no es pesado y puede sobrellevar con facilidad las responsabilidades delegadas, pero la situación se complica cuando se trata de la familia. Según su perspectiva, el tiempo es algo que nunca se recupera y el crecimiento de los hijos necesita del tiempo compartido con la madre; sin embargo, entre estar con los hijos y sufrir carencias o darles una vida digna siempre ha optado por lo segundo.

“Lo que más cuesta a veces es convencerse de que esto finalmente es un mérito para lograr una calidad de vida adecuada, dependiendo de lo que sea adecuada para cada quien, justamente porque esto es muy absorbente” —dice—. Lo ideal para Paula sería partirse en dos y cubrir ambas necesidades. La frustración de necesitar el dinero para sus hijos y también el tiempo para estar con ellos llega a rebasar su capacidad de resistencia en muchas ocasiones. A pesar de eso, ella está consciente de que necesita rendir en el trabajo y entregar lo mejor: “de otra manera —asegura—, no habría ni para darles de comer algo rico”.

Quizá una de las mayores desilusiones que algunas mineras tienen al dejar a sus hijos es ver cómo ellos crecen sin ellas y cómo, en muchas ocasiones, las personas que los cuidan se convierten en sus figuras paternas. Eso le pasa, por ejemplo, a Inés. Ella es consciente de que estar fuera de casa es un sacrificio que cuesta caro y que tiene consecuencias irreversibles, aunque también grandes satisfacciones. La mayor de sus satisfacciones es ser capaz de sostener a su familia, pero la consecuencia más grave es no recuperar el tiempo con su hijo.

Ella coincide con Paula en que ser minera no es difícil, hablando en un sentido estrictamente laboral. Todo cambia, sin embargo, cuando se le pregunta lo mismo desde el punto de vista familiar: “Trabajadora no se me hace difícil cumplir porque me gusta mucho, ni se me hace trabajo; es lo que me gusta hacer y lo hago con mucho gusto. Ser madre sí es lo que me ha costado”.

Lo más complicado para Inés ha sido ver cómo, poco a poco, su hijo deja de considerarla una figura de autoridad. Cuando ella llega a casa cada 22 días, después de viajar ocho horas en camión, se percata de que a su hijo le da alegría

verla; sin embargo, cuando se trata de corregirlo por algún comportamiento inadecuado, él no le da importancia a la situación ni a su madre.

La circunstancia cambia cuando la mamá de Inés, quien se encarga del nieto mientras la mamá no está, le llama la atención: la reacción del niño es inmediata porque sabe que debe obedecer. Esa traslación de la figura materna, que va de la madre biológica a la madre—cuidadora, es lo que más preocupa y entristece a la entrevistada porque supone un debilitamiento afectivo del vínculo madre—hijo: “Mi niño me dice que nunca estoy y a veces siento que yo no tengo autoridad con él porque su mamá es mi mamá. Para él su mamá es quien lo cuida y eso se me hace muy duro y duele. Es lo que más me ha costado” —dice llorando—.

Como madres que son, la mayoría de las trabajadoras mineras muestran solidaridad con sus compañeras. El apoyo de las más experimentadas aligera un poco la carga de aquellas que recién comienzan como empleadas, como madres de familia o como ambas. Luciana es divorciada y mamá de dos jóvenes adultos. Ella ha pasado por las dos situaciones y conoce las adversidades que representa ser una mujer independiente, así como también conoce los beneficios que, aunque no llegan de inmediato, siempre terminan apareciendo.

Como madre experimentada que es, conoce el sentir de sus compañeras y trata de ayudarlas para sobrellevar la presión natural de ser mujeres trabajadoras: “es demandante la atención que debes de tener con tus hijos; necesitan de mucha atención y cuidados, sobre todo cuando están chicos” —asegura—.

Uno de los consejos que la experimentada trabajadora encuentra más útil y práctico es informar a las empleadas acerca de los servicios que la mina ofrece a las madres de familia con hijos recién nacidos. En Zacatecas, donde ella labora, la empresa tiene instalaciones especiales para que las mineras con esas condiciones puedan vivir de tiempo completo con su bebé y su esposo.

Este servicio, pensado para mitigar las consecuencias de estar lejos de la familia, es generalmente ofrecido por un tiempo determinado, en lo que el bebé crece y deja de necesitar los cuidados maternos esenciales. Después le corresponde a la madre tomar la decisión de continuar en la mina, ya sin la familia, o dejar el puesto para pasar tiempo con ellos.

“Te traes a tu bebé y vives con tu bebé y tu pareja hasta uno o dos años, pero ya no más porque ellos tienen que ir a la escuela. Entonces es ahí donde yo veo que la gente empieza a emigrar, o emigran los tres o emigra nada más la mamá y el bebé, y se queda el papá aquí” —dice Lourdes—.

Una vez que los hijos crecen y se convierten en niños, la presión cambia, pero no cesa. Ahora los cuidados ya no son tan delicados, aunque siguen siendo

necesarios, sobre todo si se piensa en la importancia que tienen los primeros años de vida para el desarrollo de la personalidad de los individuos.

El tema del desarrollo infantil ha sido ampliamente estudiado por infinidad de psicólogos, sociólogos y antropólogos. Las conclusiones sobre las etapas de desarrollo individual pueden ser variadas y no siempre consensuadas; sin embargo, en lo que sí hay una opinión unificada es en la importancia determinante que tienen esas etapas en las personas. Gran parte de los rasgos personales de un individuo adulto tienen raíz en los primeros años de vida.

Esta situación, que puede sonar técnica y demasiado académica, es comprendida de manera intuitiva por cualquier madre de familia. No es necesario estudiar las teorías sobre el desarrollo de la personalidad para percatarse de lo crucial que resulta la infancia en cualquier individuo, así como las consecuencias derivadas de la sobreprotección o de la ausencia materna.

Las madres de niños en pleno crecimiento lidian también con tensiones y constantes presiones debido a la ausencia familiar que su trabajo conlleva. Contrario a lo que podría pensarse, el crecimiento del niño no implica necesariamente un cambio radical en las necesidades, pues sigue siendo crucial la presencia de la madre en el hogar, ahora ya no para amamantar o cambiar al bebé sucio, pero sí para preparar a sus hijos para la escuela o para realizar labores domésticas básicas.

Entre las trabajadoras, hay las que tienen la oportunidad de encargarse de sus hijos y de que todo esté bien para cuando partan a su plantel. Clarissa, por ejemplo, trabaja durante el turno diurno y eso le permite encargarse de su hijo muy temprano por la mañana; sin embargo, durante el día no lo ve y es hasta en la noche cuando puede volver con él.

A pesar de la flexibilidad que le permiten sus horarios, volver a casa no es para Clarissa un descanso de la jornada laboral porque no llega a sentarse tranquilamente en un sillón y a disfrutar de su tiempo. Como muchas otras madres mineras, ella no tiene quien la apoye con las tareas de la casa y siempre tiene algo que hacer en el hogar. El hecho de que trabaje no la exenta de otras actividades inherentes a su rol como madre de familia, “pues en la mañana tengo que pararme muy tempranito, arreglar al niño, ver que desayune y llevarlo a la escuela; luego venirme a trabajar. Ahorita se los dejo encargados a mi mamá; ella me los cuida y tengo que regresar ahorita a seguir trabajando ahí con ellos: tareas, lavar ropa, limpiar ropa...”.

La opinión es compartida por Maite, quien por voluntad dedica completamente su tiempo libre a estar con sus hijos y su mamá. Consciente de su propio desgaste entre trabajo y familia, ella confiesa que en ocasiones es imposible mantener un ritmo de vida tan acelerado, pero siempre intenta hacer todo de la mejor

manera: “Es muy difícil. Cuando yo voy de descanso, trato de estar con mis hijos al cien y con mi mamá porque te pierdes de muchos eventos importantes de la vida de tus hijos”.

Pamela vive algo distinto, pero íntimamente relacionado. Ella deja en su casa a su hijo de cinco años y eso siempre representa una preocupación. Tal como lo expresa, hay sentimientos encontrados cuando se deja a los hijos para continuar con el trabajo normal; sin embargo, ese conflicto se resuelve en el instante mismo en que recuerda las necesidades de su hijo y las consecuencias si son descuidadas: “No es fácil; dejas a tu cachorro y vienes con el corazón a mil... pero después dices: ‘no va a comer rebanadas de aire’ y te empiezas a ubicar, a reponer. Es como una manera que tienes para también demostrarle seguridad a tu hijo. Para él no hay como la madre, soy de él 100% y todo el día lo checo”.

Pamela se las ha ingeniado durante el tiempo que lleva en la mina para poder comunicarse constantemente con su hijo. Con las bondades tecnológicas actuales, es mucho más fácil mantener contacto y monitorear su comportamiento. Esto no significa que haya una obsesión por estar siempre en contacto con él, sino que es posible atender cualquier situación urgente que le competa.

En el caso de todas las madres mineras entrevistadas, hay un aspecto muy importante respecto a lo que se espera de ellas en sus roles maternos: no hay ninguna que se haya deslindado de él, independientemente del agotamiento natural de trabajar en un sector tan exigente como la minería. La razón de esto es el profundo compromiso que sienten con su familia y, específicamente, con sus hijos.

Incluso hay mujeres, como Martina, que son abuelas y sienten el mismo compromiso que tenían cuando sus hijos estaban pequeños. En el caso de ella, cuando trabaja los turnos nocturnos llega a casa desvelada y agotada del trabajo; sin embargo, su arribo coincide con la de sus nietos.

A esa hora, los niños llegan a su casa y quieren jugar con la abuela. La respuesta de ella, por más increíble que parezca, siempre es positiva. Aun cansada, los atiende y les dedica el tiempo que sus nietos necesitan: “Llego a mi casa bien desvelada, pero también llegan mis nietos del kínder y empiezan a pedirme que hagamos esto o que hagamos aquello y, bueno..., les cumplo el capricho. Disfruto a mis nietos porque sé que ellos me necesitan”.

De acuerdo con las entrevistas realizadas, la mayoría de las trabajadoras reciben ayuda de sus padres, de sus hermanos o, en el caso de que lo haya, del esposo. El papel de los abuelos se vuelve crucial cuando se trata del cuidado de los nietos. Todas las mineras coinciden en sentirse más tranquilas que en cualquiera de los demás casos, principalmente porque la confianza en sus padres es mayor que en los demás.

El gran problema derivado del cuidado por parte de los abuelos es su natural cansancio. En varios testimonios es posible percatarse del inconsciente rechazo de los abuelos a cuidar a los nietos durante prolongados lapsos de tiempo. Esto pasa, sobre todo, en aquellas familias en donde la madre trabaja jornadas quincenales y el hogar es lejano. Hay, incluso, jornadas de 22 días y durante ese tiempo no es posible el traslado hacia la ciudad de origen.

Esta diferencia de jornadas laborales es central para entender la situación familiar de las mineras. Los tipos de jornada y, por consiguiente, la dinámica familiar— depende de varios factores; uno de ellos es el puesto desempeñado, otro es la empresa en donde se labora y el último es la distancia entre el lugar de trabajo y aquél en donde se ubica la casa de la trabajadora.

Para evitar posibles malentendidos o cualquier efecto negativo respecto a las condiciones de trabajo de las diferentes empleadas, aquí no se darán detalles sobre cuáles son las características específicas de cada una de las variables mencionadas en el párrafo anterior. En lugar de eso, simplemente se mencionarán algunos contrastes útiles para establecer las diferencias contextuales y enriquecer la interpretación del fenómeno familiar de la mujer minera.

El total de entrevistas realizadas puede dividirse de ciertas maneras; en esta parte es pertinente tener en cuenta que la mayoría de la información proviene de trabajadoras operativas; sin embargo, en la investigación también se incluyó a algunas empleadas administrativas y a otras cuantas de rango mayor.

Esto implica que las situaciones varían entre unas y otras; por lo tanto, la dimensión del fenómeno familiar puede ser relativa en la medida en que depende de las perspectivas particulares de las trabajadoras y de su jerarquía laboral en la mina.

En el caso de las operativas, hay ciertos factores que influyen directamente en su problemática familiar. El más importante radica en las largas ausencias que algunas tienen debido al tipo de trabajo desempeñado. Entre las entrevistadas hay, por ejemplo, operativas que deben estar en la mina por un periodo de 14 o 22 días, luego descansar una semana y regresar a cumplir con el tiempo que les corresponde.

En algunas empresas mineras en donde se realizó la investigación hay un plan laboral de roles. Esto implica que las empleadas no tienen que estar durante largos periodos en la mina; sin embargo, también implica la adaptación al horario que les corresponde. En estas empresas hay roles de primero, segundo y tercer turnos, es decir, temprano por la mañana, durante la tarde o en la noche.

Algo distinto sucede con algunas empleadas administrativas. En su caso, muchas de ellas tienen un horario fijo que les permite tener mayor estabilidad en el

manejo de sus responsabilidades. Si bien hay algunas que están ausentes durante momentos de especial atención familiar como la preparación para la escuela o el recibimiento de los niños en el hogar para comer, la mayoría ve el horario fijo como una oportunidad de realizar actividades cotidianas y estables con su familia.

Con un horario fijo se tiene la certeza de que se van a perder algunos momentos familiares, pero que es posible compensarlos con otra parte del día. Muchas no pueden hacer de comer, pero pueden compartir la tarde con sus hijos para después cenar en su compañía. Esta certeza temporal representa estabilidad en varios niveles: los hijos comprenden con mayor facilidad la ausencia de la madre porque saben en qué momento sí estará para ellos, mientras que la madre sabe que siempre podrá estar con su familia y su organismo no experimenta desbalances ocasionados por la constante irregularidad.

Las trabajadoras de altos rangos tienen mayor garantía de recurrencia debido a la regularidad de su jornada laboral. En este caso, la inconformidad respecto a la interacción trabajo—familia es un poco menor. Ellas están conscientes de que siempre habrá tiempo para su familia debido a la rutina establecida que tienen en sus trabajos. Esta afirmación sobre la tranquilidad de este tipo de empleadas no es absoluta: existen, por supuesto, casos en los que el tiempo es insuficiente para atender a la familia, independientemente de si hay o no mayor regularidad laboral.

Otra variable que determina la relación de las trabajadoras con su familia es la empresa en donde desempeñan su labor. Como en cualquier institución comercial, las compañías mineras tienen sus lineamientos propios; eso implica que ellas son las únicas que se rigen y establecen sus mecanismos laborales dependiendo de sus necesidades de producción y desarrollo.

De acuerdo con ese criterio de autonomía, las empresas deciden qué tipo de jornada establecen y cuáles son los servicios prestados para posibilitar el desarrollo de sus empleados. En ese sentido, aquellas corporaciones que necesitan a sus empleadas operativas durante periodos largos de tiempo construyen estancias o “campamentos” cerca del lugar de trabajo. Los “campamentos” son pequeñas habitaciones en donde las empleadas pueden descansar y tener su espacio propio mientras cubren su estancia laboral.

En todos los casos, sean horario fijos, dinámicos o periodos de tiempo prolongado, las empresas mineras cuentan con un transporte que facilita la conexión entre la mina y las poblaciones cercanas. Ya sea que las empleadas vivan en alguna de esas poblaciones o que de ellas partan hacia su lugar de origen, el transporte minero funciona como un recurso de accesibilidad muy importante.

Finalmente, el tercer factor que determina la relación trabajadora—familia es la distancia entre la mina y el lugar en donde se encuentra el núcleo familiar. En

este sentido, hay bastantes empleadas que tienen que recorrer grandes distancias para llegar a su destino. Es común que muchas de ellas gasten gran parte de su tiempo libre para trasladarse de un lugar a otro, lo cual conlleva un desgaste extra que merma la calidad de su relación con los demás.

No es difícil encontrarse entre las trabajadoras a algunas que prefieren, debido al tiempo de traslado, quedarse en el “campamento” antes que viajar hasta su casa. En ese caso, ellas deciden esperar su día de descanso para realmente disfrutar de su familia. Hay, sin embargo, otras que se trasladan a su casa, aunque eso signifique un desgaste extraordinario.

Es lógico deducir que las condiciones laborales y familiares más difíciles las tienen aquellas que deben lidiar con las adversidades de las tres circunstancias antes mencionadas. No son pocas las entrevistadas que, además de trabajar largos periodos de tiempo, tienen que vivir solas cerca de la mina y viajar mucho tiempo en sus descansos para encontrarse con sus seres queridos. En esos casos, la ausencia es más marcada y suele tener importantes consecuencias.

Por otro lado, tener la posibilidad de acudir diariamente al hogar tampoco es tarea fácil. Si se tiene a niños pequeños, debe de estarse al pendiente de ellos y, una vez terminado el trabajo, seguir desempeñando el rol de madre, siempre con la mejor disposición y la mayor cantidad posible de energía. Eso le pasa a Georgina, quien cumple con todas sus funciones sin parar, aunque necesite un poco de tiempo para ella misma: “La verdad que sí es difícil porque mis tiempos están medidos. Me levanto, me vengo a trabajar, en la tarde llego, agarro el carro y me voy por mi hija. Llego a la casa, la baño, juego con ella, atiendo mi casa, preparo mi lonche, atiendo a mi marido y me baño. Lo último de mi tiempo es para mí, primero están todos antes que yo”.

La situación se aligera un poco cuando hay hijos adolescentes que tienen la capacidad de cuidar a sus hermanos más pequeños. En esos casos, las madres de familia reparten responsabilidades y confían en que las cosas marchan bien sin necesidad de preocuparse tanto mientras laboran en la mina. Dependiendo de las edades de los hijos, hay mineras que pueden dejar el funcionamiento de la casa a sus hijos mayores y hay otras que necesitan ayudar un poco a que las cosas marchen bien.

Independientemente del grado de intervención materna, el hecho de tener el apoyo de un hijo capaz de liderar las actividades domésticas diarias sirve como catalizador de tranquilidad y confianza. Con una ayuda tan grande, las mujeres trabajadoras disfrutaban mucho más de su trabajo y pasan de un ritmo de vida acelerado a uno un poco más relajado respecto a sus responsabilidades como madre.

Un ejemplo claro de ese estado de tranquilidad es el de Mariela. Sus hijos ya son mayores de edad, pero cuando ella comenzó a trabajar en la mina eran un

poco más chicos. Desde entonces, ella ha tenido una jornada de 14 días seguidos de trabajo; debido a eso, se preocupaba mucho por la alimentación de sus hijos. Desde su perspectiva de madre, no era posible dejar a sus hijos sin comida preparada y se las arregló para evitar tal situación:

Yo, antes de venirme me preocupaba mucho la comida para dejarles a mis hijos, así que una vez que tuve dinero compré un refrigerador más grande para dejarles comida hecha para 14 días. Solamente comida, ya ellos tenían que arreglárselas para desayunar y cenar. Me ponía a cocinar dos días de mi descanso. Ya después no les dejaba comida hecha, pero compraba el mandado para que ellos se la prepararan.

Tiempo después, conforme sus hijos crecieron un poco más, Mariela dejó de comprar productos para cocinar y ya no se preocupó por la situación alimenticia de ellos. La independencia lograda con el paso de los años derivó en una tranquilidad y despreocupación necesaria para ella y sus descendientes. Ahora, cuando viaja a la casa familiar se dedica a disfrutar a su familia y a disfrutarse a ella misma sin problemas.

## LA MUJER MINERA COMO ESPOSA

La expresión de “mujer multifuncional” puede sonar, en un principio, como algo espontáneo o incluso despectivo. Nada más lejos de la realidad. Es suficiente con mirar un poco más a fondo para darse cuenta de que la multifuncionalidad es real y no tiene nada que ver con una perspectiva patriarcal o de servilismo. Las mujeres que, además de ser trabajadoras, cumplen con distintas funciones dentro del núcleo familiar, social y cultural son mujeres multifuncionales.

A lo largo del tiempo, la multifuncionalidad de la mujer ha sido demeritada y reducida al servilismo con la que se relaciona. Esto ha provocado que no se reconozca el gran valor y esfuerzo que las mujeres realizan para satisfacer las exigencias de sus distintos contextos de desarrollo. El resultado natural de esa falta de reconocimiento es el pensamiento utilitario que muchos hombres y mujeres tienen respecto al papel de la mujer en este mundo.

En el apartado anterior se presentaron testimonios que dan cuenta de sólo una pequeña parte del papel materno de las trabajadoras. En la información compartida por las entrevistadas, es posible visualizar metonímicamente todo eso que implica ser madre minera. Para comprenderlo por completo sería necesario

reproducir literalmente la participación de cada una de ellas, algo que está lejos del objetivo de este libro.

Si alguien dijera que el rol de madre es el único con el que debe de cumplir una minera, sería bastante difícil dimensionar las implicaciones de eso. ¿Qué pasa, entonces, si además de madre debe de cumplirse con el rol de esposa? Naturalmente, se necesitaría el doble de esfuerzo imaginativo para alcanzar a comprender qué significa tener que atender a los hijos y, además, al esposo.

Al principio del presente capítulo se presentó el caso de Mariana, una minera cuyo esposo se fue debido a la presión que representaba tener a su lado a una mujer con carácter y ganas de superarse, tanto para el bien propio como para el de los hijos. La situación de abandono experimentada por ella no es la única; de hecho, es más común de lo que se podría pensar.

Si bien la mayoría de las participantes para este libro son madres solteras, también la mayoría tiene hijos y han tenido un vínculo con una pareja sentimental masculina. Esto significa que, en un punto u otro y en un nivel u otro, han tenido que cumplir con el rol de esposa o pareja de alguien. Más allá de una clasificación simplista para ubicar contextualmente a las mujeres mineras entrevistadas, lo que aquí se afirma sirve para dimensionar la complejidad de un rol familiar crucial en su desarrollo.

En el total de entrevistas realizadas, no son pocos los casos en donde la combinación de roles de esposa—pareja y minera ha causado conflictos significativos. Esto no quiere decir que dichos roles sean irreconciliables, sino que el pensamiento patriarcal que rige el juicio de la sociedad contemporánea es más común que la visión amplia de cooperación y apoyo a la mujer trabajadora.

Mariana no es la única que ha experimentado el abandono del cónyuge. Algo parecido le sucedió a Lorena, quien tenía a su esposo cuando sus hijos eran pequeños, pero que después se quedó sola al cargo de ellos. Actualmente, como ella dice, es papá y mamá. Eso no le preocupa porque ha aprendido a sobrellevar sus responsabilidades de la misma manera en que muchas mineras lo han hecho.

La situación comenzó como muchas: ella era ama de casa y su esposo era el único que trabajaba. Desgraciadamente, el sueldo del esposo era bajo y sólo alcanzaba para lo básico. Por decisión casi obligada, él tuvo que salir a trabajar fuera de la ciudad y esa situación provocó su alejamiento progresivo, hasta que un día ya no volvieron a establecer contacto: “Cuando tenía yo al papá de mis hijos, él se fue a trabajar fuera y mis niños estaban muy chiquitos; el más chico tenía 5 meses cuando él se fue. Ya de ahí pues ya no regresó, al inicio sí mandaba algo de dinero, ya de ahí se fue olvidando y ya me quedé sola a cargo de los niños”.

Para ese entonces, la familia de Lorena era una más que vivía en situación de pobreza; por eso tuvo la necesidad urgente de conseguir trabajo en donde fuera posible. Según el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) y el Consejo Nacional de Evaluación de la Política del Desarrollo Social (Coneval), desde el 2010 el promedio de mexicanos en pobreza ha sido de entre 52.8 y 55.3 millones. Esto representa aproximadamente entre 43.6 y 46.1% del total de habitantes en el país (*El Economista*, 2017).

La problemática económica en México no es un tema menor ni puede omitirse en el momento de buscar razones por las cuales existe una fragmentación familiar. Lorena fue parte de esa condición y la consecuencia directa fue la pérdida de su matrimonio. Desde entonces tuvo que entrar a trabajar a la mina y, después de varios esfuerzos, logró su cometido.

Ella, al igual que muchas de sus compañeras, tuvo que dejar a sus niños pequeños al cuidado de alguien más para poder sacarlos adelante. La gran diferencia que nota es que, cuando el padre de sus hijos se fue, no hubo ningún reproche por parte de los familiares, colegas o amigos; sin embargo, cuando ella se fue, muchas personas lo vieron como un acto cruel de abandono.

A pesar de todo, Lorena continuó adelante con el apoyo de su mamá, quien cuidó a sus hijos. Actualmente, ya no es un problema la ausencia de su esposo; ella lo ve como uno de muchos sucesos de la vida que al principio pueden ser dolorosos, pero que después se entienden como algo benéfico para todos: “estoy orgullosa de sacar adelante a mis hijos; ahora que ya están más grandes, entienden por qué tuve que irme cuando estaban chicos —asegura—. Ahora sé que soy capaz de hacer muchas cosas como mujer”.

La separación de la pareja y la violencia pueden ir de la mano en algunas ocasiones y son varias las trabajadoras que sufren esa situación. Durante mucho tiempo, Luisa tuvo que soportar la violencia física y verbal de parte de uno de sus esposos. Hoy en día, está separada de él y de otro cónyuge que tuvo; las razones para la separación fueron prácticamente las mismas.

En un principio, ella vivía en Estados Unidos con su esposo y sus hijos; la búsqueda de una vida mejor los había llevado a emigrar al país vecino y a radicar ahí. La supuesta superioridad masculina, que muchos hombres todavía creen poseer, llevó al esposo de Luisa a cometer actos de violencia que terminarían con su paciencia. Después de tanto pensarlo, ella decidió irse de la casa y llevarse a sus hijos con ella.

La decisión de irse fue, al principio, tranquilizadora; sin embargo, después de un tiempo hubo consecuencias que resultaron en una caída anímica que casi provoca un desenlace grave: “Cuando llegué de Estados Unidos, estuvieron ocho

meses mis hijos aquí, pero no les gusto y se regresaron para allá. Entonces fue cuando caí en depresión completa; entonces me invitaron a trabajar de asistente de una compañía de Zacatecas y fue cuando me empezó a gustar la minería”.

De acuerdo con ella, la minería le regresó la confianza y el ánimo que había perdido después de su conflicto marital y la pérdida parcial de sus hijos. Una vez que entró a trabajar, estableció relaciones con sus compañeros y poco a poco fue aprendiendo sobre el oficio minero; algo nada fácil, según su testimonio.

Lo lamentable desde el punto de vista de la violencia y el maltrato a la mujer es que, a pesar de haberse levantado de su fuerte caída anímica y de haber construido un nuevo camino desde el principio, los actos violentos por parte de su antiguo esposo no cesaron. Hasta hace no mucho tiempo, el padre de sus hijos volvió a agredirla verbalmente por ser minera, trabajo digno que requiere de mucha disciplina:

Tengo un hijo que tiene 15 años; él es que vio los maltratos que me daba su papá. Hace poco tuve comunicación con su papá y me dijo que yo le daba pena, que pensaba que iba a regresar a mi país y no a estar como una mujer mugrosa. Mi hijo me apoya, dice que su papá quisiera ser como yo por el valor que tengo ahora, y la verdad tiene razón: su papá quería que le rogara y le pidiera. Su coraje es que sí pude salir adelante, aun siendo una minera mugrosa, y que soy independiente.

De acuerdo con Luisa, las agresiones que recibe ya no le afectan porque ahora es consciente de las posibilidades de desarrollo en la mina. La mayor satisfacción que ha tenido hasta ahora es haber podido sobrellevar la separación de la mejor manera y tener un contacto constante con sus hijos. Actualmente, ella disfruta de su independencia y está convencida de su valor como mujer, madre y trabajadora minera.

En la introducción de este libro se proporcionó un dato crucial para comprender la cada vez mayor inclusión de la mujer en el sector minero: la migración masculina. Hasta hace no mucho tiempo, la mejor oportunidad laboral que tenían los “jefes de familia” era dejar sus trabajos en México y conseguir uno en Estados Unidos. Esto implicaba, por supuesto, la fragmentación de la familia y sus consecuentes problemáticas.

A lo largo de la historia, los hombres han sido excusados del abandono familiar porque el pensamiento social y cultural permite que ellos, como proveedores, hagan lo necesario para cumplir su función. Eso conlleva a que muchos problemas derivados de la falta de padre sean subestimados y poco ponderados. Para

la mujer resulta todo lo contrario: es inevitable la crítica negativa cuando ella es quien trabaja.

Antes de entrar a trabajar en la mina, Leonor ya llevaba bastante tiempo sin la compañía de su esposo. Él se había ido tiempo atrás porque la economía familiar no estaba bien, sino todo lo contrario: el sueldo ya no alcanzaba para casi nada y los hijos eran los principales afectados por las evidentes carencias. La decisión fue inapelable, lo mejor era irse al país vecino para buscar un mejor ingreso. Así tuviera que lavar platos, el sueldo era mejor y tenía que marchar.

Al principio estuvo bien; poco a poco las condiciones de la familia mejoraron, pero el gusto duró poco. En la última crisis económica de México, la situación empeoró y no hubo más remedio para Leonor que buscar un trabajo para evitar una catástrofe. La mejor opción fue la minería, sobre todo porque el sueldo es bueno y pudo conseguir un crédito para evitar la pérdida de su patrimonio: “En ese entonces yo estaba sola; mi esposo estaba en Estados Unidos. Estaba sola y empezó la crisis económica; teníamos una deuda grande, estábamos muy al día y no podía pagarla; también me iban a quitar la casa. Arreglé con la mina para ver cómo iba a ser el asunto de los pagos de la casa”.

Gracias a su nuevo trabajo y a los convenios crediticios que pudo lograr a través de sus prestaciones como empleada, la economía de la familia mejoró. Los nuevos problemas aparecieron poco tiempo después: en un gesto de urgencia y para evitar represiones, para mejorar una situación que no tenía otro remedio ella no había consultado con su esposo acerca de su nueva vida laboral.

Los reclamos no se hicieron esperar en cuanto él se enteró de eso: “Mi esposo se molestó cuando se enteró; me dijo que qué andaba haciendo tan lejos. Yo le contesté que nos hacía falta y que teníamos el apoyo de mis papás. Luego me preguntó si sabía que la mujer tenía muy mala reputación en la mina”.

Los comentarios del esposo no afectaron la voluntad de Leonor para seguir trabajando en la mina. Según lo compartido por ella, no había otra opción para mejorar la calidad de vida de la familia; además, estaba muy contenta de laborar en un lugar tan apasionante. Finalmente, él se convenció de que la mejor opción era aceptar y apoyar el trabajo que desempeñaba su esposa; de cualquier manera, la mejor manera de solucionar la difícil situación era el trabajo conjunto entre ambos.

Además de los hijos, otra de las principales razones para que una mujer no quiera trabajar en la mina es el esposo o la pareja. La situación conflictiva para las empleadas mineras respecto a sus hijos se reproduce en cuanto a la pareja sentimental. Básicamente, al no tener el tiempo suficiente o pasar largos periodos en las minas, las mujeres trabajadoras encuentran difícil desarrollar su vida personal de manera regular.

La inestabilidad familiar es un hecho en el que concuerdan todas. Es casi imposible llevar una “vida normal” con la familia porque no están trabajando en un sector común, sino en uno que exige tiempo y constancia. “Yo creo que sería muy complicado llevar un rol familiar tradicional” —dice Paula, quien ha luchado por salir adelante a pesar de todas las adversidades—.

Al igual que con los hijos, cuando se trata de la pareja el tiempo es fundamental para llevar una buena relación. No obstante la similitud, hay situaciones específicas que pueden mermar la convivencia entre esposo y esposa. Una de las principales son los celos que genera la idea de tener a una mujer trabajando en un lugar rodeada de hombres.

Muchas veces los celos de los esposos pueden llegar a ser el único argumento para que les prohíban a ellas el trabajo. En muchas ocasiones, la prohibición se ha consumado y las mujeres no entran a trabajar ni en la mina ni en ningún otro lugar. Eso lo ha notado Natalia, pues ella tiene conocidas que han deseado entrar a trabajar en la mina debido a las experiencias de mujeres que ya están dentro y que les apasiona el trabajo. Según lo compartido por ella, “no entran por dejar a los hijos o porque, si están casadas, los maridos no las dejan trabajar. Yo creo que es más bien por lo maridos: no quieren encargarse de los hijos ni de la casa; quieren que nosotras hagamos todo y no nos dejan trabajar”.

Paula concuerda con Natalia, principalmente porque ella ha sido testigo de cómo las mujeres son reprimidas cuando quieren entrar a trabajar en la mina y, peor aún, cuando ya están dentro y renuncian contra su voluntad porque el esposo ya no quiere apoyarlas. Para ella, el principal problema es la falta de confianza que tienen las parejas de las trabajadoras. “Para que el esposo las deje trabajar aquí, tiene que haber una confianza extraordinaria en él” —asegura—.

El argumento de Paula se apoya en la información estadística que tiene respecto al lugar de la mujer en la minería. Ella sabe que, en promedio, sólo 10% de los trabajadores mineros son mujeres, eso implica que alrededor de cada una de las empleadas hay nueve hombres. Esta innegable mayoría masculina no es intimidante para las trabajadoras mineras; sin embargo, ella asegura que sí lo puede llegar a ser para sus maridos.

Muchas de las entrevistadas coincidieron en que este pensamiento no sólo es propio de los esposos. También hay un gran número de mujeres casadas que prefieren no contradecir la opinión de sus cónyuges y se conforman con ganar mucho menos para evitarse problemas con ellos. “El problema no es tanto que se gane poco afirma la mayoría—, el problema es que no estén dispuestas a superarse y a luchar por lo que ellas quieren”.

Los celos a los que se refieren varias de las mineras son por la alta concentración de hombres en el sector minero; sin embargo, existe otro tipo de celos que obedece más a lo profesional. Tanto ha sido el arraigo del pensamiento patriarcal, que muchas veces es inconcebible para el hombre que una mujer tenga mayores logros profesionales, económicos o sociales que él.

Elvira es un claro ejemplo de esta circunstancia. Tiempo después de haber fracasado en un matrimonio, conoció a otra persona y comenzó una nueva relación. Posteriormente, debido a la situación económica, ella decidió buscar trabajo y lo encontró en la mina; esto representó un cambio radical en su dinámica familiar y varios conflictos al principio de su nueva labor. La adversidad más importante que enfrentó en ese momento fue convencer al esposo de que todo estaría bien y de que no había por qué sentirse inseguro con lo que ella haría:

Es como si fuera un temblorcillo en una casa porque pues a veces el esposo piensa en que... creo que de repente puede sentir celos. A veces pueden sentir que por qué nosotras nos vamos a superar más o de que por qué estamos con hombres. De repente él decía que no le gustaba verme con hombres. Sentí feo en ese momento, pero él lo fue entendiendo poco a poco porque fue viendo que soy centrada en lo que quiero.

De acuerdo con Elvira, desde que su esposo vio que el objetivo de trabajar era el apoyo a la economía familiar y que podía confiar en ella, las discusiones cesaron. Finalmente, logró que la respaldara y, después de pasar momentos de constante conflicto, las cosas se resolvieron. Hoy en día, ella sigue trabajando en la mina y tiene la comprensión de su familia respecto a las ausencias y la falta de tiempo.

Algo muy similar le pasó a Victoria porque su marido nunca la dejó trabajar. “A mí me gustan los retos —dice tajante—; entonces, cuando empezaron a ocupar mujeres en la mina, le dije a mi esposo que me dejara trabajar ahí, pero no quiso”. Durante la entrevista, la participante confiesa que desde hace mucho tiempo había tenido el sueño de trabajar en la mina porque sabía que era apasionante; sin embargo, las restricciones de su marido le impidieron hacerlo.

Después de un tiempo de la negativa, ella se enteró de que inaugurarían una mina cerca del lugar en donde vivía. En ese momento, con mucha emoción, pensó que iba a tener la oportunidad que había esperado. En cuanto fue a compartir con su esposo las ganas de entrar y trabajar ahí sin tener que sacrificar mucho debido a la cercanía del lugar, la respuesta de él fue un nuevo y tajante “no”.

“Si le hubiera hecho caso no estaría aquí y no hubiera cumplido mi sueño —dice Victoria, no sin cierto orgullo—; al año de que empezó a funcionar la mina,

como era mi sueño entrar a trabajar, metí mi solicitud a escondidas”. Después de un tiempo y tras la insistencia de laborar en la mina, la entrevistada fue contratada y avisó a sus hijos, quienes con sorpresa aceptaron la nueva vida de su mamá y la apoyaron en lo necesario. Actualmente, ella está separada de su esposo, pero todos los días son disfrutables porque hace lo que le gusta y que siempre deseó.

No todas las historias sobre las relaciones maritales son malas; existen casos en los que el esposo apoya por completo a la minera y, en lugar de dificultar el desarrollo laboral y personal de la trabajadora, le hace saber que dispone de todo su apoyo para continuar adelante.

Una historia muy particular es la de Rosalba. Hace tiempo, ella y su esposo comenzaron a notar que el dinero ya no era suficiente y que se necesitaba hacer algo para evitar futuros problemas económicos. Después de mucho meditarlo, consensuaron que trabajara para “ganar un dinero extra”. De entre las ofertas de trabajo, ella encontró una oportunidad en la mina y fue contratada.

“Entonces fue cuando empecé a trabajar —dice—; él al principio no estaba muy convencido porque había muchos hombres”. Después de sobrellevar y solucionar los primeros conflictos derivados de su nuevo trabajo, Rosalba y su esposo continuaron con el acuerdo. Al paso del tiempo, ella se embarazó y, cuando su hija nació, se la tuvo que encargar a su madre.

Desgraciadamente, las tareas diarias y el cansancio natural de la edad no permitieron que su madre siguiera cuidando a la niña. Tras los intentos fallidos de encontrar a alguien que pudiera ayudarles con la bebé, ambos acordaron que no había otra opción que la de que uno se quedara en casa para realizar tal tarea. La decisión de quién lo haría dependió del ingreso que percibía cada uno: “Pusimos las cosas en una balanza y yo ganaba más; entonces él se salió de trabajar y él los cuida hasta la fecha. Al principio nos costó adaptarnos; duré un día o dos y él me decía que me regresara, pero ya cuando empiezas a ver los frutos a largo plazo, es difícil cambiar la situación. Él sigue cuidando a los niños porque nos conviene más que yo trabaje”.

Rosalba es, de cierta manera, una de las pocas mujeres que han logrado el respeto de su esposo cuando de trabajar se trata. Aunque en un inicio parecía que las cosas no iban a funcionar, su perseverancia y profesionalismo premió no sólo el esfuerzo de ella, sino también el de su esposo y sus hijos. No es fácil, con acuerdo, que el esposo sea el que sacrifique su trabajo para quedarse en casa a realizar las labores domésticas; sólo un hombre maduro y respetuoso, sin prejuicios ni complejos, es capaz de aceptar una situación así.

Como ella, existen otras mineras que tienen la fortuna de tener el apoyo de su pareja. La mayoría, como Rosalía, Laila o Sara, tienen una relación afectiva con

trabajadores de la misma mina en la que ellas laboran. El hecho de que sus novios o esposos laboren en el mismo sector les garantiza que recibirán un punto de vista distinto al de aquellos que no conocen el contexto en donde se desenvuelven.

Las empleadas con esta ventaja concuerdan en que la comprensión mutua sobre el lugar de trabajo y las condiciones que impone la mina implica un paso importante para progresar en su relación. Esto no significa que las demás no puedan lograr el mismo nivel de entendimiento entre uno y otro; sólo hace falta tener la disposición de ponerse en el lugar de la pareja y ser empáticos.

## LA MUJER MINERA COMO HIJA, HERMANA Y AMIGA

¿Cómo de que te ibas a suicidar?

—Sí. Lo que pasa es que la mina es exigente, exige mucho tiempo y hay que sacrificar muchas cosas, como tiempo con la familia. Yo soy soltera y no tengo hijos, la única familia que tengo es la nuclear. Aunque no tenga hijos, es necesaria la compañía de los seres queridos para continuar adelante.

—Pero... ¿cuándo pensaste eso?

—Mientras estuve en una mina de Durango sí fue muy difícil para mí; sólo regresaba dos veces al año a la casa, y aunque una se quiera hacer la fuerte y diga que no le pega, es mentira. Claro que sí te pega. Después de seis años en la mina yo decía: “o vienen a visitarme o me suicido”.

—¿Y qué pasó?

—Pues vino uno de mis hermanos y ya me tranquilicé. Como que no se siente, pero después del tiempo es inevitable. Yo, como soltera, sí me costó mucho trabajo porque mi familia son mi madre, mis hermanos y mis sobrinos.

Liliana no estaba bromeando cuando aseguró que su estado de ánimo se vino abajo mientras trabajaba en Durango, muy lejos de la Ciudad de México, en donde vive su familia. En aquel entonces, a pesar de que ocupaba un puesto importante en la administración de la mina, sólo tenía oportunidad de visitar un par de veces a su familia durante todo el año. Algo nada fácil si se piensa en lo importante que es la compañía familiar para las personas.

Desde hace mucho tiempo, ella ha estado involucrada en la industria minera y actualmente desempeña el cargo de gerente, una labor compleja porque de ella dependen muchos procesos esenciales en la mina. A diferencia de la mayoría de las trabajadoras, Liliana no es madre ni tiene esposo; sin embargo, eso no la excluye de un tema abordado en este capítulo: la distancia familiar.

Contrario a lo que podría pensarse, el hecho de ser una mujer soltera y sin hijos no necesariamente implica un mayor desapego familiar. Las mujeres, además de ser madres o esposas, también son hijas, hermanas, tías y amigas. Al igual que el rol de madre o esposa, los demás roles familiares son centrales en el desarrollo personal y social de cualquier mujer trabajadora.

El testimonio de Liliana sirve como ejemplo para comprender la complejidad implícita en los vínculos afectivos de las mujeres trabajadoras y su importancia en el equilibrio integral de cada una. Si bien los hijos y el esposo representan el lazo más fuerte para aquellas mineras casadas, ante la ausencia de estas figuras la importancia se desplaza a los demás familiares. Esto quiere decir que el núcleo familiar de las mujeres solteras y sin hijos sigue siendo el mismo que ha sido siempre.

El hecho de que los vínculos afectivos familiares no hayan sido matizados por la creación de otra familia nuclear los refuerza. La sensación que experimenta una mujer cuando se separa de su núcleo familiar es muy similar en cualquiera de los dos casos; sin embargo, cada una de las separaciones tiene características distintas, sobre todo respecto a las responsabilidades que cada trabajadora tiene con su familia y del rol desempeñado en ella.

La principal diferencia entre las mineras que son madres o esposas y aquellas que son hijas o hermanas es la responsabilidad que recae entre unas y otras. Mientras que la madre debe encargarse de sus hijos y la esposa de su marido (sobre todo del que tiene un pensamiento machista), la hija y hermana no necesariamente deben encargarse de sus padres o hermanos.

Esa diferencia es significativa desde una perspectiva de roles. La principal angustia de la madre es que sus hijos se formen adecuadamente y tengan lo necesario para desarrollarse; igualmente, la principal angustia de la esposa es cubrir las diversas necesidades del cónyuge. Cuando se trata de mineras hijas y hermanas, la situación no es tan angustiante en cuanto a responsabilidades: en la mayoría de los casos los padres no necesitan cuidados especiales y los hermanos tienen una familia propia de la que ellos mismos se encargan.

El que no siempre haya una responsabilidad directamente relacionada con la manutención, desarrollo y salud del familiar no significa que la distancia y el desapego familiar no afecten a las mujeres trabajadoras: tan importante es un tipo de familia como lo es la otra.

El caso de Liliana es uno de varios más con circunstancias similares. Aunque la mayoría de las entrevistadas son madres y otras también tienen esposo o pareja, algunas no están casadas ni han tenido hijos. De ellas, la mayoría son mujeres jóvenes que salieron hace poco de casa para buscar oportunidades laborales en distintos sectores y, por elección propia, comenzaron a trabajar en la minería.

Consuelo es otra de las mineras sin compromisos de hijos o esposo y su principal impulso es su desarrollo personal y profesional. Además de pensar en su futuro y en lo que puede lograr con su perseverancia, ella adquiere una gran fuerza cuando piensa en la satisfacción que ha dado a sus familiares y en el orgullo que ellos le han demostrado cuando les comparte un logro más.

Una de las mejores sensaciones que Consuelo ha experimentado en su vida es el día que su familia visitó las instalaciones de la mina. Ese día, dice, ellos se sintieron muy orgullosos y se fascinaron con el lugar en donde trabaja. Después de la visita de sus padres, su motivación aumentó y obtuvo más resistencia al distanciamiento, pues ellos la instaron a continuar adelante: “Cuando mi familia vino, porque ya conoce la mina, me dio mucho gusto. Me dio mucho gusto que vinieran y que mis papás se sintieran orgullosos de mí. Es satisfactorio saber que mi familia me diga que está muy bonito todo, que está muy padre mi trabajo y que lo que hago es muy apasionante. Eso es lo que me motivó más”.

Desde un principio, la ausencia de la familia no fue mucho problema. Afortunadamente, sus familiares no viven lejos de donde ella trabaja y, debido a sus horarios, tiene la oportunidad de verlos durante la semana. Cada vez que sale de trabajar, Consuelo aprovecha para visitar a su hermana, a su mamá o a cualquiera de los otros miembros de la familia.

El privilegio de estar cerca de sus familiares permite que la minera pueda visitarlos contantemente; de hecho, ella tiene como objetivo verlos a todos una vez a la semana, ya sea en una fiesta o en una pequeña reunión. Ese tipo de convivencia la dota de energía renovada para continuar con su labor diaria en la mina: “Cada vez que salgo trato de aprovechar a mi familia y de reunirlos al menos un día a la semana. A veces visito a mi mamá o a mi hermana para aprovechar cada momento; luego llego a la mina con muchas ganas”.

La situación de Consuelo no es una constante; la mayoría de las trabajadoras no pueden pasar tanto tiempo con la familia y se han acostumbrado a la distancia. Muchas de ellas saben que los seres queridos son importantes y que no hay que descuidar los vínculos con ellos; por eso, muchas aprovechan la primera oportunidad para poder visitarlos. Cuando no hay opciones de descanso, la estrategia es el aprovechamiento de los avances tecnológicos en comunicación digital para estar cerca de ellos.

El factor distancia es crucial para definir el tipo de contacto que las trabajadoras mantienen con sus padres, hermanos y amigos. Mientras más larga es la distancia entre la mina y la casa familiar, menos oportunidad hay de convivir. A pesar de esto, hay mineras que procuran la visita familiar, aunque gran parte del tiempo se vaya en transportarse de un lugar a otro.

“Todo es cuestión de organizarse; así sí se puede estar en contacto con la familiar” —asegura Lucila, quien tiene que viajar bastante para visitar a sus padres y hermanos—. De acuerdo con lo dicho en la entrevista, la distancia no es impedimento cuando se quiere estar cerca de los seres queridos. Para ella, siempre puede sacrificarse un poco de tiempo para procurar a los familiares y para no dejar que los lazos entre ellos se desgasten.

En su caso, sus horarios le permiten tener una semana de descanso cada cierto tiempo; esa semana es la que aprovecha para viajar a su casa, aun cuando haga dos días en el viaje redondo: “a veces, cuando unas llegan a casa no están mucho tiempo; yo me tengo que echar dos días de viaje, pero son días que ya cuentan como descanso. Puedo pasar cinco días en mi casa y los aprovecho y disfruto lo más que puedo”.

Por más que pueda parecerlo, cumplir con el rol de hija no es sencillo. Lucila es un ejemplo de que el papel que le corresponde con sus padres y con sus hermanos es igual de complejo que otros. Al estar ausente tanto tiempo, sus familiares quieren aprovechar cada momento con ella e inconscientemente se disputan su presencia en las distintas actividades del día.

En cada visita, ella misma ha advertido que esta situación es una constante y que, aunque en ocasiones es una actitud que halaga, en otras puede llegar a instalar una disyuntiva con consecuencias no siempre favorables: “De repente los papás dicen ‘quiero que hagas esto conmigo’. Quiero cumplir el gusto a todos, pero muchas veces no es tan sencillo y ahí se vuelve difícil, pero ahí empiezo a organizarme con ellos”.

Para este punto llegan a ser notorias las diferencias entre ser hija o hermana y ser madre o esposa. La necesidad que los familiares tienen de la trabajadora difiere sustancialmente entre unos roles y otros: generalmente, la necesidad de la hija y de la hermana es una cuestión de compañía y de recuperación de momentos perdidos durante la jornada laboral; sin embargo, no hay una dependencia. La ausencia de la mujer no implica un riesgo en el desarrollo de los demás integrantes del núcleo familiar.

El hecho de que no siempre haya una dependencia directa de los familiares no significa que las consecuencias de la ausencia sean menores que cuando sí la hay. Estar inmerso constantemente en el trabajo y no poner atención a los lazos familiares puede desatar el debilitamiento de los vínculos. Algo que no siempre termina bien, sino todo lo contrario.

Una trabajadora que experimentó las consecuencias de la desvinculación familiar fue Sara. Actualmente, ella ha comprendido que tiene una responsabilidad como hija y que es necesario encontrar un equilibrio entre trabajo y familia. En su

momento, la minera pasaba mucho tiempo en el trabajo y, no conforme con eso, estando en casa se mantenía al pendiente de que todo marchara bien en la mina.

Con el tiempo, los familiares se percataron de que ella no pasaba tiempo con ellos cuando “descansaba” porque seguía trabajando en casa. Las consecuencias fueron las correspondientes: cuando ella llegaba a la casa familiar, todos continuaban realizando sus actividades como si ella no estuviera.

Como ya era parte de la rutina, ni Sara ni su familia se percataban que las relaciones entre ellos estaban desgastadas y de que no aprovechaban el tiempo para estar juntos. No se dio cuenta de ello hasta que compartió con otras compañeras su experiencia y ellas, impresionadas por el tiempo desperdiciado, le hicieron entender que debería de poner atención a su familia y compartir los momentos: “Como hija yo creo que siempre he tenido la misma responsabilidad de siempre. Apoyar cuando se debe y no descuidar esa parte importante que es la familia porque muchas veces te enfocas tanto en tu trabajo y se te va el tiempo. Muchas veces ni siquiera te das cuenta de lo que dejas atrás, entonces sí tienes que tener como un equilibrio”.

El debilitamiento de los vínculos familiares puede ser una consecuencia desafortunada del exceso de trabajo y del ausentismo provocado por las distancias; sin embargo, es difícil que la situación empeore. Ninguna de las trabajadoras entrevistadas ha experimentado un abandono familiar ni ha cortado la comunicación con padres o hermanos por estar trabajando constantemente.

Hay casos, como el de Raquel, que llaman la atención por la fortaleza que tienen las mineras cuando de ausentismo se trata. Después de haber pasado una vida con la familia, celebrando las fechas importantes y siendo parte de las festividades tradicionales, entrar a trabajar en la mina significa reducir las posibilidades de seguir compartiendo esos momentos.

De acuerdo con ella, al principio es muy difícil acostumbrarse a no estar con la familia en esos momentos. Hay fechas, como Navidad o el cumpleaños de los padres y hermanos, que siempre son festejados con reuniones a las que todos los integrantes asisten. Esas reuniones, que son periódicas y por eso mismo deben de ser aprovechadas, son las primeras razones de nostalgia.

“Son muchos días los que se están aquí; no convives tanto con tu familia y te pierdes fechas importantes. Eso es lo que cuesta mucho trabajo porque las mujeres somos un poco más apegadas a la familia, tenemos un instinto familiar muy arraigado” —dice Raquel con tristeza. Para tratar de compensar esas ausencias, ella trata de acudir a la casa familiar cada vez que tiene la oportunidad. Con el tiempo, según dice, es posible adaptarse y no darle tanta importancia al ausentismo. Cada vez que realiza una visita a sus padres y hermanos, se percata de que todo consiste en aprovechar el tiempo con ellos.

Entre las historias y experiencias de cada entrevistada, hay situaciones particulares que suponen condiciones especiales de dependencia. En esos casos, la importancia de la trabajadora minera en el núcleo familiar es mayor. Ya sea que la trabajadora aporte económicamente a los padres o que su presencia represente la estabilidad de algunos miembros, aquellas mineras que tienen una función esencial en la familia suelen presentar mayores dificultades para cumplir con los roles correspondientes.

Uno de esos casos es el de Yolanda. Aunque la dependencia que los familiares tienen de ella es sólo moderada, el compromiso de ayudar a su madre viuda es algo que determina la manera en la que la trabajadora pondera su ausencia, tanto física como económicamente.

La minera es consciente de que su ausencia en casa es notoria. Hace no muchos años falleció su papá y eso significó un golpe anímico para su mamá. En ese entonces ella ya trabajaba y estudiaba: desde chica se había encargado de buscar su independencia y de apoyar directamente a sus padres para salir adelante.

Después de la muerte de su papá, la mamá de Yolanda se quedó sola y, a pesar de que le pidió que regresara a casa, la trabajadora no aceptó la opción: “no era que no quisiera estar con mi mamá: ella sí necesitaba quién la acompañara. La cosa es que la situación no estaba tan bien y si me iba con ella no íbamos a poder estar bien económicamente”. Al igual que muchas de sus compañeras, Yolanda prefirió ganar bien y asegurar la estabilidad monetaria antes que aceptar la comodidad y arriesgar el bienestar económico de la familia.

Aunque en la actualidad no se arrepiente de no haber estado en el duelo de su madre y a pesar de que ella salió adelante después de la pérdida para continuar con su vida, la entrevistada reconoce que en ese momento fue una decisión muy difícil de tomar: “duele no estar con la familia. Este trabajo absorbe mucho y a veces eso sale caro; siempre es difícil decidir entre estar con la familia o apoyarlos de la mejor manera con dinero: no se pueden las dos”.

La mayoría de las mineras están de acuerdo con ella en cuanto a la imposibilidad de tener cubiertas ambas cosas: o se gana bien y se apoya a la familia o se está con ellos mientras se gana mucho menos en un trabajo convencional. Las únicas que no lidian con ese predicamento son las trabajadoras que no tienen hijos ni familiares que dependan de ellas.

Aun así, aunque no haya una dependencia, todas las mineras están conscientes de que el trabajo que les apasiona implica ausencias: “trabajar en otro lugar te puede dar la oportunidad de estar ahí con la familia todos los días en su casa, pero aquí pues ya cambia la situación. Aquí no es posible ver a la familia y tienes que esperar a volver a casa” —dice Gema, una de las que se ha sabido adaptar a esa circunstancia—.

Emma, otra trabajadora, es soltera y vive algo distinto porque se encarga de sus padres. Ellos dependen de su presencia y de los cuidados que puede ofrecerles. Si bien no es el mismo grado de responsabilidad que con los hijos, mientras más avanzada es la edad de los padres más esencial se vuelve el cuidado hacia ellos. La ausencia de Emma no es prolongada debido a sus horarios, pero aun así es palpable en los momentos necesarios: “Somos cinco de familia; todos están casados excepto yo; yo soy la que me hago responsable de mis padres. Actualmente todo está muy bien, tengo buena comunicación con ellos. Cuando es mi día de descanso, trato de juntar a todos mis hermanos en un día y a mis sobrinos junto con mis papás”.

En situaciones como éstas es cuando más se comprende la complejidad del rol de hija en el seno familiar. Tradicionalmente, y debido al pensamiento patriarcal de la cultura mexicana, el papel de la hija está asociado al cuidado de los padres. Ese papel se acentúa cuando la hija en cuestión es soltera y, aún más, cuando no tiene hijos o alguna otra persona de la cual hacerse cargo. Hasta la fecha, sigue siendo difícil encontrar a un hombre que se encargue de que los padres en plenitud tengan una buena calidad de vida.

El hecho de que las mujeres adopten el rol de hijas cuidadoras por un dicamen cultural no implica que lo hagan de manera obligada; en muchos de los casos la tarea es bien recibida por ellas. El problema, más bien, radica en la imposibilidad cultural de delegar ese rol a un hijo varón bajo el argumento de que él necesita trabajar y ser independiente, algo que cualquier mujer necesita también.

Para Emma, como para Sabina, no es complicado encargarse de los padres; eso también conlleva algunos beneficios, como pasar tiempo de calidad con ellos y tener un impulso más para crecer profesionalmente. El único conflicto es cuando las necesidades de tiempo tienen que ser puestas sobre una báscula. En ocasiones, no es posible sobrellevar ambas tareas y las trabajadoras tienen que decantarse por una.

Eso le pasó a Sabina cuando entró a trabajar en la mina en la que actualmente desempeña su cargo. Antes de llegar, ella se encargaba por completo de sus padres; sin embargo, aceptó la oportunidad de estar en la mina y de desarrollarse profesionalmente. Eso significó estar mucho tiempo fuera de casa y ya no poder hacerse cargo de ellos. Al principio, según cuenta, no fue nada fácil porque estaban acostumbrados a su presencia.

Las jornadas laborales de la entrevistada son complicadas por el tiempo que debe estar en la mina. Actualmente, ella trabaja durante un mes y medio; después tiene diez días de descanso. Ausentarse tanto tiempo de la casa de sus padres es difícil para ambas partes, pero quienes más lo padecían eran sus padres, acostumbrados a la compañía y ayuda incondicional de su hija.

Cumplir con el rol de hija adquirió mucha más complejidad cuando todos valoraron lo que Sabina aportaba día a día. Tanto es necesaria la presencia de una madre y de una esposa como la de una hija o hermana cuando hay personas cuyo bienestar está directamente relacionado con la mujer que desempeña esos roles: “Son diez días que tengo de descanso y ya no estoy tanto tiempo en la casa como antes. Antes me encargaba de mis papás y cuando me vine tuve que apoyarlos para que alguien fuera a hacer lo que yo hacía. Cuando yo voy me dedico a estar con ellos todo el tiempo. Acá me dedico completamente a mi trabajo y después ya le doy tiempo a mi familia”.

Hasta ahora se han visto situaciones de mujeres solteras y sin hijos que llevan el rol de hija, pero ¿qué pasa con aquellas trabajadoras que, además de ser hijas, también son madres? La respuesta es, naturalmente, más complicada de lo que parece.

En los apartados anteriores se abordaron historias de mineras que sobrellevan, con mucha dificultad, las obligaciones de ser madres y esposas trabajadoras. Si a eso se le añade que algunas de las trabajadoras tienen, además de las responsabilidades con su propia familia nuclear, compromisos con sus padres, la complejidad de fenómeno es inimaginable.

Para entender un poco más sobre el porqué de esa situación es necesario regresar un poco a pensar el papel de la mujer en la familia. La idea de que la mujer, a pesar de tener su propio núcleo familiar, debe encargarse de los padres es herencia de una tradición patriarcal que justifica a los hombres y los exime de cualquier responsabilidad que ellos no acepten como propia.

En este capítulo ya se reprodujo la opinión certera que dio una de las entrevistadas cuando se refirió a la inequidad que existe entre los roles del hombre y los de las mujeres. Básicamente, a lo que ella se refería es a que la vida del hombre consiste en proveer económicamente a la familia, mientras que todas las demás funciones pertenecen tradicionalmente a la mujer. Lo único que pasa con la mujer trabajadora es que, además de ser trabajadora, debe seguir ocupándose de los roles que “naturalmente” le pertenecen: madre, esposa, hija, hermana, tía y proveedora.

La ausencia del hombre en la familia es vista como algo normal y completamente justificable. El hombre debe trabajar, y si para ello tiene que ausentarse dos años, no hay problema mayor porque es el papel que le corresponde; sin embargo, la mujer que se ausenta dos años es considerada irresponsable y es acusada de abandono familiar. Una ausencia así es inconcebible aun en tiempos modernos.

Ese tipo de desigualdades ha hecho mucho daño, social y familiarmente hablando. Los modelos que dictan los roles correspondientes a cada sexo son lastimosamente heredados de una generación a otra. Mientras se siga disculpando,

justificando y celebrando la ausencia del padre, la ausencia de la madre será cada vez más acusada, sentenciada y castigada. En este contexto, día a día es normal ver cómo la mujer debe dividirse para atender todas las responsabilidades, mientras que el hombre se compacta para escabullirse de ellas.

Tamara es una de esas trabajadoras que debe atender todos sus roles dentro y fuera de la mina. Adentro, está en comunicación constante con su madre y sus hijos; éstas son las responsabilidades que les corresponden porque se encarga directamente de ellos. Fuera de la mina, debe ir a su casa para atender esas mismas responsabilidades, pero de manera presencial.

Su madre, ya grande y con necesidades específicas, ayuda a Tamara con el cuidado de sus hijos y vive en su casa. Ésa es la manera más práctica que la minera ha encontrado para concentrar sus obligaciones en un solo lugar y poder atenderlas todas al mismo tiempo. Aunque ella tenga hermanos que podrían encargarse de la madre cuando no tiene tiempo, ellos se han deslindado de esa responsabilidad argumentando que tienen a sus propias familias: “como si yo no la tuviera” —dice ligeramente consternada—.

La idea de inequidad es compartida por varias de las mineras entrevistadas, entre ellas Valeria, quien además de hijos también debe cuidar a su padre. Aquí la situación cambia respecto a la de Tamara y confirma lo dicho en las páginas anteriores sobre el histórico paternalismo; Valeria visita a sus hijos cuando tiene tiempo libre y, después, debe ir a cuidar también a su padre porque él no quiere cuidar a los nietos; ¿el argumento?: es hombre y no le corresponde:

Tienes que aprender a balancear todos esos roles;, tienes que aprender a partirte en pedacitos para poder atender todo lo que tienes que atender. Yo tengo que partirme para mis hijos y para mi papá porque él no los quiere cuidar. Yo siento que para uno que es mujer es más difícil hacer todo; tenemos que trabajar pero también tenemos que hacer el aseo, hacer de comer, llevar a los hijos a la escuela, prepararles lo que se van a llevar, ver por los papás... son muchas cosas y siempre terminas muy cansada.

Afortunadamente, para la mayoría de las entrevistadas existe la posibilidad de conjuntar sus roles y cumplirlos debido a esa estrategia. Casi todas las mineras que son madres cuentan con el apoyo de sus mamás, de sus papás o de ambos para cuidar a sus hijos. Eso facilita la tarea para la trabajadora y la dota de tranquilidad al saber que los miembros de su familia se apoyan entre ellos para evitarle complicaciones.

En cuanto al rol de hermana, la mayoría de entrevistadas concordaron en que sus hermanos tienen una vida independiente y han formado sus propias familias.

Hay sólo un caso, el de Raquel, en el que ella apoya directamente a su hermana para que concluya sus estudios. En el resto de las historias se menciona a los hermanos, pero como integrantes secundarios de las familias y no como responsabilidades directas de las trabajadoras. El rol de hermana, por lo tanto, no es tan complejo como los demás vistos a lo largo del capítulo.

## LA FAMILIA COMO MOTIVO Y OBSTÁCULO

Para finalizar este capítulo, es importante valorar el papel de la familia en las decisiones tomadas por las trabajadoras mineras para desempeñar su trabajo. Tal como se dijo en la introducción de este libro, existe una ambivalencia en la función que tiene la familia respecto a la situación laboral de la mujer minera. Esa ambivalencia es el origen de un fuerte conflicto interno con el que la trabajadora debe lidiar constantemente. La tensión que representa estar sobrellevando y conciliando dos polos contrarios deriva en un cansancio en varios ámbitos y en el respectivo desgaste de la mujer trabajadora. ¿Cuáles son esos polos que recurrentemente ponen en predicamentos a las mineras? Uno es la familia como principal motivación y el otro es la familia como principal obstáculo para el desarrollo laboral.

Indudablemente, el desarrollo profesional y el personal son importantes para las mujeres mineras. De acuerdo con lo compartido por ellas, con cada logro se experimenta una gran satisfacción y eso sirve como motivación para seguir superándose laboralmente. A pesar de esa afirmación común en las entrevistadas, la motivación más importante y la mayor satisfacción recibida están relacionadas con la familia antes que con otra cosa.

De entre las más de sesenta entrevistas realizadas, sólo hay tres mujeres jóvenes que no tienen una responsabilidad directa con alguno de sus familiares. Ya sea que los apoyen económicamente o de alguna otra manera en el sentido presencial, más de 90% de las mujeres entrevistadas tienen un compromiso importante con sus familiares y, por eso mismo, su principal motivación son ellos.

Lo mismo ocurre con las grandes satisfacciones recibidas con el cumplimiento cabal de su trabajo: todas están relacionadas, principalmente, con la efectiva cobertura de las necesidades familiares y con la felicidad que eso representa para todos. Esto no significa que no obtengan satisfacción por los logros personales, sino que, en primera instancia, siempre está la familia.

Adela es una de las entrevistadas cuya principal motivación fue la economía. Antes que el desarrollo profesional (que sí está logrando) y de su reivindicación como mujer trabajadora, ella pensó en las necesidades de sus hijos para animarse

a trabajar en un sector tan complicado como el minero: “yo entré aquí también por la economía, aquí pagan muy bien y fue lo que más me llamó la atención para entrar” —dice convencida—.

En ese sentido, la minera confiesa que los sacrificios hechos durante el tiempo que tiene en la mina han valido la pena. La mayor satisfacción lograda es no sólo haber cubierto las necesidades de sus hijos, sino ofrecerles más de lo que necesitaban, lo cual significa que de vez en cuando puede cumplirles gustos. Darles a sus hijos algunos regalos y sorprenderlos con gustos, algo que era inimaginable tiempo atrás, es su principal impulso: “Tal vez muchas mujeres tienen miedo de dejar a sus hijos, de no estar con ellos y de que les vaya a pasar algo. Yo creo que eso termina valiendo la pena. Yo veo feliz a mis hijos porque les doy un poco más de lo que necesitan; además, cuando me ven, me ven con mucho gusto. Soy como su ejemplo, me ven con orgullo”.

Recibir una muestra tan significativa de orgullo y felicidad por parte de sus hijos ha servido para que Adela continúe realizando sus actividades laborales con éxito. Algo muy similar sucede con Emma, pero, en lugar de venir por parte de sus hijos, es por parte de sus padres; ella es una de las trabajadoras que no tiene esposo ni hijos y que se encarga de sus progenitores.

De acuerdo con lo que compartió en la entrevista, el hecho de que ella sea la proveedora de sus padres la llena de satisfacción. La situación económica en su casa no siempre ha sido favorable y ser la responsable de la comodidad y bienestar de sus padres, además del amor por lo que hace, son sus principales razones para seguir trabajando, independientemente de los sacrificios que implica eso:

Lo que más me llena de satisfacción, primero, es el poder ver bien a mis padres; bien con salud y que el pan que ellos se llevan a la boca yo se los estoy dando. A veces hay gastos de medicamentos o cosas que necesitan para estar bien y yo les ayudo en lo que puedo. Si no fuera así, quizá no estaría trabajando aquí y no me daría la misma alegría mi trabajo. En sí, eso es lo que me motiva más y el amor a mi trabajo.

Como en estos dos casos, es posible encontrar razones similares en cada una de las entrevistas. Bárbara, por ejemplo, reconoce que tiene una familia de bajos recursos y que la solución fue entrar a trabajar en la mina, aunque siempre fue consciente de que sacrificaría mucho a cambio. Martina no cambiaría nada con tal de seguir dando la comodidad y tranquilidad que actualmente siente su familia gracias a ella. Rosalba prefiere cansarse y tener que dar su máximo esfuerzo día a día con tal de que sus hijas puedan pasear con ella y disfrutar de su propia casa.

Los ejemplos anteriores son sólo una pequeña representación de millones de historias de mujeres trabajadoras que luchan día a día para apoyar a sus familias. En ese sentido, muchas han recibido todo el apoyo de sus seres queridos desde que decidieron incursionar en la minería.

Los apoyos de la familia han sido diversos y, afortunadamente, abundantes. Desde el apoyo que implica cuidar a los nietos hasta el hecho de visitar a las trabajadoras en la mina, los padres muchas veces facilitan la labor de las mujeres para que cumplan con sus obligaciones. Hay incluso algunas, como Elvira, que tienen hijos mineros y eso contribuye a la comprensión mutua sobre ausencias, compromisos y agotamiento.

Mónica es una de las afortunadas mineras que siempre han recibido el apoyo incondicional de su madre. Antes de la muerte de su padre, ambos la impulsaban a lograr su desarrollo profesional y a cumplir sus objetivos. Recientemente, su mamá le ha facilitado las cosas al encargarse de su hija, una bebé que requiere de la atención constante de un adulto.

Paloma también recibió el apoyo incondicional de su familia; en su caso no hay bebés que cuidar, pero sí metas personales y profesionales que cumplir. Desde chica, siendo estudiante, ella siempre quiso lograr cosas y su mejor manera de obtener el apoyo de su familia fue haberse ganado la confianza. Eso y la complicidad de su familia han derivado en la satisfacción de lograr lo que ella se propone:

Yo vengo de lejos. Soy de Tampico, Tamaulipas. En mi casa tengo otro gran equipo; les he hecho un *coco wash* y el apoyo de mi madre siempre es incondicional. Siempre les digo: “hoy voy a hacer esto o voy a tener algo que hacer”, y ellos siempre me dicen que está bien; la verdad, nunca me dicen que no. Se trata de confianza; yo creo que eso es la base de todo. Ellos me dijeron “vete, si ésa es tu meta está bien”. Así es como he salido adelante.

La misma confianza que Paloma ha recibido de su familia la recibe Salma cuando se trata de desarrollo individual y familiar. A pesar de la preocupación que en un inicio provocó el trabajo en la minería, pronto las dudas se disiparon cuando los familiares de la trabajadora comprendieron que era una meta personal que ella quería lograr. La confianza fue esencial para que todo marchara bien:

A mí, mi familia sí me apoyó; siempre ha sido así. El apoyo de ellos siempre ha estado y confían mucho en mí. Yo prefiero entrar al trabajo en el que ellos sí me apoyen. Lo bueno es que sí me apoyaron en mi decisión de venir a la mina. Cuando ya me hablaron para

que viniera a trabajar sí estaban preocupados por lo que es la minería y porque antes una mujer no era aceptada. De todos modos, ellos me apoyaron siempre y por eso sigo aquí.

Como estos ejemplos hay muchos y todos son similares en cuanto a la confianza. Las dificultades implícitas de la minería se minimizan cuando el apoyo de los familiares es incondicional. Esas mismas complicaciones son las que, en un inicio, podrían hacer que los padres y la familia duden respecto a cómo actuar. Según los testimonios de las participantes, los familiares temen que si las apoyan por completo, ellos puedan sentirse culpables en caso de que les suceda algo.

Los peligros naturales de estar bajo tierra, tratando con materiales peligrosos y nocivos, además del ausentismo tantas veces mencionado en este capítulo, la presencia constante de hombres, la incomunicación y las posibilidades de un derrumbe son factores que no favorecen el apoyo inmediato.

Aunque siempre hay preocupaciones iniciales que retrasan la aceptación del trabajo minero, conforme pasa el tiempo éstas van desapareciendo y son superadas con hechos. De acuerdo con algunas mineras, las preocupaciones laborales siempre están presentes cuando hay una oportunidad de trabajo, independientemente de si es peligroso o no. Ellas concuerdan en que este fenómeno está más ligado al hecho de ser mujeres que a una cuestión laboral.

El apoyo familiar, ya se vio, puede llegar a ser un excelente aliado cuando se tiene; sin embargo, cuando no se tiene pasa lo contrario: se convierte en un complicado obstáculo que impide cualquier comodidad y detiene el desarrollo personal y familiar. Desgraciadamente, existen varias historias de mineras que, a pesar de no recibir el apoyo de su familia, decidieron entrar al sector minero y afrontar las consecuencias de su decisión.

Uno de los casos radicales de impedimento para trabajar como minera fue el que experimentó Mar. Desde que ella expresó su deseo de laborar en la mina, fue juzgada por su familia y, además de no recibir apoyo, le prohibieron cualquier intento de entrar en ella: “Me dijeron que estaba loca, que yo me iba a morir acá. No me apoyaron, pero no pedí permiso para venirme, simplemente tomé la decisión y lo hice”.

Actualmente Mar sigue laborando en la mina y reconoce que su trabajo le apasiona, independientemente de lo que piensen sus padres y familiares. De acuerdo con ella, al principio la situación fue muy complicada por la falta de aceptación familiar. Con lo complicado que es la minería, la falta de apoyo se transforma en un peso más que no ayuda para sobrellevar las presiones cotidianas de un sector tan desafiante.

Quizá la razón más común del desacuerdo familiar es la presencia de hombres. Ya sea de parte de los padres, esposos o incluso hijos, hay ocasiones en que los familiares temen que a las mujeres mineras les pase algo derivado de trabajar en un sector masculinizado. Eso fue lo que le pasó a Hilda, quien incluso se contagió del temor y dudó en aceptar la oferta de trabajar en la mina.

Con el paso del tiempo, ella misma fue quien se dio cuenta de que trabajar con hombres no representa peligro y que, construyendo relaciones respetuosas con ellos, no hay de qué preocuparse: “Al principio no estaban de acuerdo porque casi eran puros hombres. Cuando yo entré éramos seis o siete mujeres y la mayoría eran hombres, y como aquí también hay que rolar los turnos día, tarde y noche, pues como que no estaban muy de acuerdo porque ellos creían que los hombres le faltan el respeto a uno y en realidad no es así”.

Otra de las afectadas por ese rumor fue Dolores, a quien no sólo la querían convencer de que iba a tener problemas por la presencia de tantos hombres sino también de que la mina es el lugar más peligroso para trabajar. Al principio, como todas aquellas que no fueron apoyadas, hubo una lucha por lograr el reconocimiento de su familia respecto a sus labores.

La clave, según lo que ella comparte, es informar a los familiares acerca de lo que realmente se hace en una mina y del papel que tiene la mujer dentro del funcionamiento organizacional. Una vez que los familiares comprenden que las ideas preconcebidas sobre la mina no necesariamente concuerdan con la realidad, amplían su criterio y aceptan más fácilmente la labor femenina bajo tierra:

Pues tienen el tabú de que una mujer no debe de trabajar en la mina porque son puros hombres. También tienen el tabú de que es el trabajo más peligroso. Yo poco a poco les he ido platicando las actividades que hago, también que no soy la única mujer y que no es tan peligroso como dicen. Yo digo que cualquier trabajo es peligroso, así estemos en oficinas, es peligroso. Nada más es cuestión de informarlos un poquito más para que sepan qué es lo que realmente hacemos.

Aunque los casos de obstaculización familiar son variados, todos coinciden en un punto: el temor de los padres, hijos y esposos están relacionados con todo lo que se dice sobre la minería; sin embargo, pocos conocen las actividades desarrolladas en una industria tan compleja y diversa.

Afortunadamente, y a pesar de estos casos de falta de apoyo, no hay ninguna minera entrevistada que haya desistido de su cargo por no tener la ayuda familiar. Todas las participantes de este libro afirmaron que, después de haber estado un

tiempo en la mina y compartir sus experiencias con los familiares, estos últimos terminan convenciéndose de que habían exagerado sobre los peligros que implica ese sector.

Una vez informados, tal como lo afirmaba Dolores, los familiares entienden que sus juicios no estaban cimentados en la realidad minera y que partían de prejuicios sociales y culturales sobre lo que pasa en esa industria. Con esa información y con la comprensión de lo difícil que es trabajar de minera, las ideas cambian para el bien de las trabajadoras y ellos comienzan a apoyarlas de la mejor manera posible.

¿Qué es, entonces, eso que llena de pasión a las mineras cuando llegan a su trabajo y que muy pocos de sus familiares conocen? En el siguiente capítulo se abordará el tema laboral; a partir de eso se conocerá qué papel desempeña la mujer en la mina y por qué ninguna de las mineras entrevistadas se queja sobre su trabajo, a pesar de las dificultades que encuentran día a día en varios niveles de su desarrollo profesional, familiar y social.

## CAPÍTULO TRES

# LA MUJER MINERA: PASIÓN BAJO TIERRA

*La mina me fascina. Me fascina entrar, olerla, salir y oler todo al final. Es algo muy bonito. Hay veces que encuentro una piedra, la veo, la analizo y les hago ver a mis compañeros lo hermosa que es. Amo la mina, me fascina la mina.*

Elvira, mujer minera

**E**nterar a una mina significa enfrentarse a varias incertidumbres, derivadas, principalmente, de lo extraño que puede resultar un entorno minero al ojo común. No son pocos los lugares de México en donde las minas son parte de un atractivo turístico debido al exotismo que representan; sin embargo, eso que para muchas personas es un corto paseo por los oscuros túneles mineros, para otras es el lugar diario de trabajo.

Sobre las minas se tienen diversas ideas, algunas buenas y otras no tanto. La minería ha sido tema de notas periodísticas, películas de terror, novelas, cuentos y hasta mitos urbanos asociados a criaturas gigantes que aguardan la oportunidad de salir. No es extraño que la imaginería popular tienda a la creación de historias oscuras acerca de la minería y del entorno minero: el humano teme a lo desconocido.

Es muy probable que la mayoría de las personas asocien la minería con lugares oscuros, cerrados, peligrosos y con poco oxígeno. No es raro encontrar en la gente un temor generalizado a los derrumbes o a perderse para siempre; tampoco lo es encontrar una negativa a involucrarse en actividades que tengan relación con bajar a las profundidades de la tierra para explorar o disfrutar de un paseo supervisado.

Por otro lado, hay algunos que disfrutan estar en túneles oscuros o aislados de las cada vez más ruidosas ciudades. Así como hay personas que prefieren lugares luminosos, llenos de sonidos y de compañía, las hay que necesitan los ambientes

solitarios para realizar sus actividades con comodidad. Independientemente de cuáles sean las preferencias de las trabajadoras mineras, ellas deben transitar todos los días por esas instalaciones.

En la introducción de este libro se demostró que la incorporación femenina en los ámbitos laborales es cada vez mayor. Esto provoca que el estereotipo de la mujer sumisa que debe atender la casa y la familia como actividades exclusivas esté perdiendo vigencia. La mujer actual es capaz de desarrollarse profesionalmente y de ser autosuficiente en varios niveles; esa posición la ha ganado ella misma con base en esfuerzo.

A pesar de los avances logrados en materia de equidad y de la creciente presencia femenina en distintos ambientes laborales del país, todavía no hay una inclusión total. Algunos trabajos son más excluyentes respecto a la participación de las mujeres, sobre todo por estar asociados a una masculinidad inflexible y omnipotente. Entre esos sectores cerrados e intolerantes se encuentra la minería.

Ya se ha dicho anteriormente que hasta hace poco tiempo la mujer no era aceptada en la minería y que incluso había mitos para bloquear su acceso. Hoy en día, la participación femenina no es absoluta, pero sí representativa, sobre todo si se toma en cuenta que las trabajadoras actuales son parte de los cimientos sobre los que se construye la futura inclusión de mineras.

Las preguntas más importantes sobre el trabajo que desarrollan las mujeres mineras toman forma de inmediato: ¿Qué significa ser mujer en una mina? ¿No les da miedo, por ser mujeres, estar en un lugar tan peligroso como la mina? ¿Cómo son valoradas las mineras en un trabajo que implica esfuerzo físico, generalmente asociado a lo masculino? ¿Qué implica que una mujer trabaje rodeada de hombres en un lugar cerrado e incomunicado?

En este capítulo se responden esas preguntas y las autoras de esas respuestas son aquellas trabajadoras cuya labor diaria es recorrer caminos bajo tierra, crear nuevos túneles, manejar camiones gigantes, perforar la superficie terrestre, construir caminos inquebrantables, evitar derrumbes, rescatar a víctimas de terribles accidentes y una serie de labores inimaginables para las personas ajenas a la minería. Las voces de estas mujeres son portadoras de una visión distinta sobre aquellos lugares oscuros, húmedos y peligrosos de la imaginación común.

## EL PRIVILEGIO DE TENER DOS FAMILIAS

En el capítulo anterior se abordó la esfera familiar como parte del desarrollo de la mujer minera. Con esa revisión fue posible comprender la complejidad que

implica para las entrevistadas cumplir con los roles familiares y, al mismo tiempo, ser una mujer trabajadora. Finalmente, la familia es el principal empuje para para que la mayoría de ellas continúe en un trabajo tan demandante como la minería.

La familia representa dos cosas importantes para las mineras: es impulso, pero también barrera. La parte negativa respecto a la esfera familiar es la distancia y la falta de contacto con los seres queridos con la que cada una debe lidiar. Es natural, entonces, encontrarse con un fenómeno interesante de socialización dentro de la mina: las mujeres establecen lazos familiares con sus compañeros y compañeras mineras.

Es interesante observar que las dinámicas y tipos de vínculos afectivos de las trabajadoras en la mina son, en muchos casos, similares a los establecidos con la familia. Es imposible hablar de una igualdad entre la familia y el compañerismo laboral; sin embargo, sí pueden notarse ciertas similitudes a partir de lo que ellas mismas sienten y expresan sobre las relaciones dentro de la mina.

Así como es imposible poner en el mismo nivel las relaciones familiares y laborales, también es inadecuado hablar de la sustitución de unas por las otras. Las mujeres que comparan las relaciones familiares con las laborales muestran una lógica compensación afectiva debido a la distancia con la que deben lidiar. Para muchas de las trabajadoras hay una familia personal y una familia laboral, ambas, centrales en su desarrollo social y afectivo.

Luciana es una de las trabajadoras más afectivas de entre todas las entrevistadas. Ella es madre de dos hijos y sabe lo que es cumplir con las exigencias de tener roles familiares y roles laborales. Para ella, llegar al trabajo no es sólo registrar su hora de llegada, establecerse en su área y realizar sus actividades; también es importante saludar a los compañeros, preguntarles sobre su estado de ánimo y conversar con ellos en caso de que sea necesario.

Ella es consciente de que el ámbito minero suele ser frío y despersonalizado, sobre todo por el supuesto carácter fuerte que deben poseer los trabajadores de la mina. Ella no comparte la idea de que la trabajadora minera no pueda mostrar emociones dentro de la mina porque implicaría el riesgo de exponer sus debilidades y facilitaría el abuso por parte de los demás. Desgraciadamente, varias de sus compañeras sí piensan así y prefieren no arriesgarse.

“Dicen por ahí ciertas personas: ‘yo no vengo a hacer amigos; yo vengo a trabajar’ y no, yo no digo eso” —asegura—. Según ella, las personas que se limitan a trabajar sin establecer relaciones afectivas con los compañeros se están perdiendo de una parte importante del trabajo. Luciana ha comprobado que no tener vínculos sólidos con los demás trabajadores complica el desempeño en la mina y duplica la carga de no tener cerca a la familia personal.

De acuerdo con sus palabras, ayuda mucho tener a algún compañero o compañera con quien platicar sobre asuntos personales, sobre todo cuando esos asuntos no son tan positivos. “Yo siempre me desahogo con mis amigos aquí en la mina; ayuda mucho porque platicar te levanta al mil el ánimo y no te deja caerte tanto. Yo, cuando estoy mal por algo, sí saco todo lo que tengo y salgo más animada después de platicar con alguien aquí”.

Si se piensa en la función social de los compañeros de trabajo, independientemente del sector del que se hable, es fácil percatarse de la gran importancia que tienen. No hay que olvidar que, particularmente en la minería, se tienen jornadas de trabajo prolongadas. Dependiendo de la mina, hay casos en los que las jornadas constan de 22 días continuos de estancia laboral; en esos momentos es cuando el papel del compañero o compañera se vuelve más crucial.

Quizá en un trabajo convencional sea más fácil evitar vínculos afectivos con los demás trabajadores; sin embargo, las condiciones de la mina exigen más cercanía entre trabajadores y trabajadoras. En el caso de aquellas minas en donde no se tienen jornadas de extensos periodos temporales, la situación es similar a las otras: el tiempo no es factor de vinculación afectiva, pero el espacio sí, debido principalmente al aislamiento implícito en la labor minera.

En varias ocasiones, como en el caso de Luciana, las relaciones entre trabajadores son tan constantes y enriquecedoras que derivan en grandes amistades. La mayoría de esas amistades trascienden lo laboral y se convierten en vínculos permanentes, independientemente de si se sigue compartiendo o no el lugar de trabajo. Esas amistades son, según la entrevistada, las que valen la pena mantener en la vida.

Cuando se alcanza ese nivel de interacción entre los compañeros, se logra un amor filial muy cercano al experimentado entre los miembros de una familia. Por eso, tanto Luciana como otras empleadas consideran que en su trabajo tienen otra familia, una familia laboral por la que vale la pena estar en la mina y que también sirve de motivación para continuar: “Yo también vengo a hacer amigos, vengo a trabajar y vengo a brindar todo el apoyo que pueda dar por mi parte. Todas las personas que yo veo aquí son como mis hijos o como mis hermanos; yo no veo a compañeros de trabajo, veo a mi segunda familia”.

Tanto ha sido el acercamiento con lo que ella considera su segunda familia, que las penas causadas por el poco contacto con su familia real encuentran un equilibrio y un alivio en el trabajo. La motivación de tener relaciones familiares en el trabajo es tal que ella volvería a trabajar en donde mismo y con las mismas personas si pudiera escoger nuevamente: “Si Dios me diera la oportunidad de volver a nacer y de volver a tener la oportunidad de trabajar en una mina, por supuesto que regresaría con todo gusto”.

Algo muy parecido le sucede a Marina, quien también reconoce que ella y muchas de las trabajadoras tienen dos familias: la que está en la casa y la que está en la mina. Ante la natural curiosidad y la pregunta sobre aquellos aspectos que hacen de los compañeros una segunda familia, ella respondió que las similitudes están principalmente en el parecido de los caracteres, reacciones y dinámicas encontradas entre los seres queridos y los compañeros de trabajo.

Así como hay desacuerdos, discusiones y mentiras, también hay celebraciones y alegrías. El modelo de interacción de una familia es muy parecido al compartido por los compañeros de trabajo que no se limitan a realizar sus actividades laborales diarias. De ahí proviene la valoración e identificación como segunda familia por parte de las entrevistadas: “uno tiene una familia en casa y uno tiene su familia aquí” —afirma Marina—.

Han sido muchas las ocasiones en que tuvo que conciliar una situación problemática entre compañeros, algo nada ajeno a ella. Como madre de cinco hijos, las peleas son cosa de todos los días y la asociación entre la situación en casa y la del trabajo es casi natural. También ha sido partícipe de inmensas alegrías que se asemejan a las compartidas con sus hijos y demás seres queridos.

La solidaridad entre hermanos, padres e hijos es uno de los rasgos centrales que Marina identifica en toda organización familiar. Según ella, es algo normal que haya peleas recurrentes entre los seres queridos; esas peleas se deben a la diferencia de caracteres propias de la individualidad. Lo importante y lo que es inherente a toda familia, dice, es la solidaridad y la reconciliación: no importa cuánto se peleen, los familiares siempre se reconcilian y ayudan a los demás en los momentos necesarios.

La solidaridad y la reconciliación son precisamente las características familiares que la entrevistada ve en sus compañeros y compañeras de trabajo. Esas características son tan evidentes que no duda en denominar “familia” a todos aquellos trabajadores implicados en la dinámica familiar—laboral. Para ella, incluso, hay distintos núcleos familiares dentro de la gran familia que representa la mina; dichos núcleos están determinados principalmente por los turnos de cada trabajador:

Cada uno tiene su carácter diferente y puede llegar a haber pleitos, pero cuando tienen problemas o algo, todos ayudan. Por ejemplo, en la mina a unos les falta el agua o el aire, a otros hay que cambiarles el equipo; todos necesitan ayuda y hacer favores. Somos familia más que compañeros; cada turno tiene su familia de trabajar. Cuando llega el momento de trabajar, todos trabajan; cuando llega el momento de convivir, todos

conviven; y cuando llega el momento de comer, pues todos a comer... uno que otro se relaja un rato y así. Es una familia que se acostumbra y luego se encariña uno con los compañeros. Es muy bonito conocer a las personas y tratarlas como si fueran de la familia: ya sé quién es el corajudo, el que le gusta el relajo, el gritón y de todo; ya los conoces y eso es bonito.

La solidaridad identificada por Marina como una de las características centrales para hablar de los compañeros de trabajo como miembros de una familia es también un factor de cohesión entre los trabajadores. Con la solidaridad se desdibujan las jerarquías y se pone en igualdad la situación laboral de los empleados: tanto en el trabajo como en la familia, hay jerarquías distinguidas por la cultura del poder; sin embargo, la unión entre los miembros puede trasladar esas diferencias jerárquicas a un plano secundario.

Las perspectivas actuales sobre emprendimiento y ambiente laboral defienden la equidad en las empresas. Los modelos verticales no son funcionales en una sociedad que busca igualdad en todos los sentidos; ante eso, los empresarios buscan establecer relaciones horizontales entre sus empleados. Con la horizontalidad se busca evitar abusos de poder y mejorar la comunicación organizacional para incrementar el rendimiento.

En algunos casos, los vínculos establecidos entre los trabajadores son los principales causantes de horizontalidad y equidad, siempre tratando de respetar la organización fundamental de la empresa. Inés es una de las trabajadoras que ha notado un efecto positivo como consecuencia de las relaciones familiares establecidas entre ella y sus compañeros o compañeras.

De acuerdo con su experiencia, la mejor manera de sobrellevar las cargas de trabajo es con el apoyo de las personas cercanas a ella. Inés es una de las mujeres que pasan bastante tiempo en la mina y para ella es crucial la creación de excelentes relaciones con aquellas personas que comparten sus condiciones. “Muchas veces el trabajo es como tu segunda casa. Aquí pasamos mucho tiempo y no podemos estar peleándonos con los demás porque sería mucho más pesado. Hay que estar bien para sacar el trabajo sin problemas”.

Las buenas relaciones con los compañeros, dice la minera, conllevan bastantes beneficios. Algunos de los principales es la igualdad entre los trabajadores, la implementación de ambientes laborales óptimos y la búsqueda de bienestar comunitario. La armonía lograda entre aquellos que procuran vínculos de calidad es difícilmente reproducible entre los que se dedican exclusivamente al trabajo y evitan cualquier contacto externo con los demás.

Desde el momento en que el equipo de trabajo se transforma en una segunda familia, los límites negativos entre los empleados se difuminan. Al asociar el ambiente laboral con el ambiente familiar, establecer semejanzas entre los compañeros de trabajo y los miembros de la familia, así como encontrar funciones parecidas entre unos y otros, la mina se convierte en un lugar apacible y de confianza para la mayoría. Según Inés, esa confianza deriva en apoyos invaluable y en beneficios de toda clase:

Yo siempre me acerco a mis compañeros y les pregunto cómo andan, qué tienen, qué les hace falta, cómo va su familia en sus casas o si tienen problemas. Es una armonía la que se crea, al final todos nos vemos al mismo nivel. Hasta bromeamos con cosas como de la familia; nos decimos hermanito, tío o abuelo. Es una armonía muy padre cuando te llevas así con los compañeros.

Desde una perspectiva organizacional, fomentar la buena relación en la empresa es central para obtener resultados favorables; sin embargo, el buen trato entre empleados va más allá de eso. Ellos mismos son los principales beneficiados cuando el lugar de trabajo es transformado en una segunda casa. Inés, incluso, es una de las que extraña regresar a trabajar cada vez que hay un periodo vacacional o de descanso.

“Nos extrañamos, salimos de descanso y cuando llegamos siempre nos saludamos de beso y abrazo; nos preguntamos cómo nos fue, cómo está la familia y nos contamos todo” —dice—. El hecho de extrañar a los compañeros de trabajo y, al reencontrarse, de compartir con entusiasmo los acontecimientos durante la ausencia es una ventaja inimaginable para las mujeres mineras.

Si se tiene en cuenta que ellas deben cumplir con todos los roles presentados en el capítulo anterior y acarrear las consecuencias negativas de no satisfacerlos a cabalidad, el apoyo de los compañeros y compañeras adquiere un valor no siempre bien dimensionado. El acto de hablar y escuchar se vuelve, en los casos como el de Inés, algo que trasciende las barreras del simple acto comunicativo. En esos momentos, compartir las experiencias conlleva el consuelo o la celebración de un hecho que, de ser ignorado o almacenado en la conciencia, podría ser peligroso.

La mina, en la mayoría de las ocasiones, es el espacio para que las trabajadoras encuentren las carencias sociales que son resultado de sus ocupaciones no laborales. Ahí se consiguen amigos, compadres, familiares e, incluso, hay quienes han descubierto a su pareja de vida entre los túneles. Paula es una de las mineras que considera su trabajo como una segunda casa, tanto por el tiempo que pasa en él como por los vínculos que ha hecho.

En la entrevista, ella destaca un rasgo de entre todos los que forman parte de una familia laboral: la ayuda en momentos críticos. Según su experiencia, muchas veces no es posible intimar con algunas personas del trabajo; sin embargo, cuando es necesaria la contribución, todos se unen como una familia y funcionan como tal.

De acuerdo con el testimonio de Pamela, la mina es un lugar que transforma a las personas. Lo imponente de las instalaciones y los riesgos que conlleva estar trabajando ahí sensibilizan a todos los empleados, hombres y mujeres sin distinción. Esa sensibilización tiene como resultado la empatía y, por lo tanto, acerca a las personas: “aunque afuera nos reconozcamos de vista y probablemente no nos saludemos, si adentro sucede algo todos van a estar ahí tratando de ayudar de la manera que sea” —asegura—.

Tanto en las familias como en los demás tipos de relación social, los momentos críticos sirven para unir. Si bien no son las únicas situaciones de unificación social y también existe cohesión en circunstancias favorables, los momentos críticos son catalizadores de solidaridad y vínculos perdurables. Ante la desgracia, se despiertan instintos de sobrevivencia y solidaridad que provocan la unidad. Las personas, ante las circunstancias negativas, se vuelven una sola entidad.

Liliana es una de las trabajadoras que ha lidiado con el dolor de perder a un compañero de su segunda familia y, a partir de eso, ha entablado vínculos importantes con otras personas del mismo entorno. Con su testimonio es posible comprender la ambivalencia de tener relaciones familiares dentro de la mina: la familia laboral, como la personal, pueden aliviar pero también doler.

“Adentro de la mina todos son familia. No son compañeros, son familia —dice tajante; te encariñas con las personas, les agarras un cariño muy especial porque pasas mucho tiempo con ellos”. Ese cariño al que se refiere la entrevistada es muy parecido al que se tiene por un familiar de nacimiento; por eso mismo se comparten tan intensamente las cosas buenas y se sufren solidariamente las malas.

Quizá la peor experiencia que ella ha tenido en la mina fue presenciar y darle seguimiento a la muerte de un amigo. Debido a un accidente, la trabajadora perdió a una de las personas más cercanas a ella; eso la marcó para siempre y la llevó a valorar, aún más, la presencia de los compañeros y compañeras del trabajo. “Lo peor de todo es perder compañeros adentro de la mina. Sí me tocó darle seguimiento completo a uno. No te recuperas de una pérdida así, nunca te levantas” —dice llorando—.

Las situaciones negativas que afectan a personas con quienes se han establecido lazos afectivos estrechos en la mina se sufren en el mismo nivel que el familiar. Desde que Liliana sufrió la pérdida, las cosas no fueron las mismas. En un sentido negativo, tardó tiempo para recuperarse del impacto y sufrió con la

muerte de su amigo; en lo positivo, aprendió a valorar mucho más a las personas y los momentos en la mina.

En un nivel más amplio, las personas involucradas en el accidente (directa o indirectamente) también se percataron de que las relaciones afectivas en el trabajo son importantes y representan un apoyo central. Sin la ayuda de los demás, las situaciones difíciles en la mina podrían complicarse.

Independientemente de los posibles enojos, reclamos y peleas que forman parte de cualquier familia personal y laboral, lo más importante para las empleadas mineras es tener alguien en quien confiar. Pamela, por ejemplo, está consciente de que en muchas ocasiones puede haber “roces” entre los miembros de la familia laboral. Ella dice que es normal porque esa también es una forma de demostrar cariño; sin embargo, al final del día todos se reconcilian y el ambiente vuelve al equilibrio:

Pues somos una familia y en la familia de todo hay. Nos enojamos y al siguiente día nos contentamos, no tienes de otra. Como quiera que sea, siempre sabes que vas a tener que lidiar con todos durante las 12 horas. Yo a veces les pregunto a mis compañeros si están enojados conmigo por algo que hice. Si sí lo están, yo pido disculpas y acepto que me equivoqué; también les prometo que no lo vuelvo a hacer y las cosas regresan a la normalidad.

Para Pamela, reconocer los errores y pedir disculpas es esencial en todo tipo de relación, sea familiar o no. Según ella, cuando se tiene una familia es fácil identificar cuándo uno de los miembros está enojado o triste y lo que debe hacerse para lograr un ambiente de bienestar. Ese mismo conocimiento es necesario para llevar y mantener buenas relaciones con la familia laboral.

Ella, como muchas otras trabajadoras mineras, considera que tener dos familias es un privilegio que no todos tienen: “Ya de por sí con una familia se le batalla y por eso se aprende mucho sobre las personas; con dos es el doble de batalladera, pero también el doble de aprendizaje. Yo me siento muy contenta de tener una familia aquí en la mina” —asegura—.

## UN MONSTRUO BAJO TIERRA

Entre compañeros y compañeras de la mina existen, la mayoría de las veces, relaciones sanas y de buena calidad. Esto se ha logrado con base en perseverancia y

de una ampliación de consciencia cada vez más generalizada; sin embargo, no en todas las minas sucede lo mismo y no todo el personal masculino comparte las ideas de respeto y cortesía.

En la minería, como en todos los trabajos en donde hay mujeres involucradas, existe el acoso. En el sector minero, específicamente, los casos de acoso son comunes debido a la naturaleza del trabajo: tomando en cuenta la cantidad de empleados hombres que hay en la minería, además de los tipos de lugares en donde se desarrollan las actividades de esta industria, es fácil suponer el riesgo al que están expuestas las empleadas.

Aunque muchas de las relaciones establecidas entre trabajadores son respetuosas y hasta de familia, hay otras más que están marcadas por el acoso. Ya sea para pedir favores sexuales a cambio de algún beneficio o el “inofensivo” chiflido cuando una de las trabajadoras pasa, el acoso ejercido por la fracción masculina de la mina es un foco rojo respecto a la dinámica laboral de este sector.

A lo largo del tiempo, desde que la mujer fue integrada en el ámbito laboral para alcanzar la equidad y revalorar el papel femenino en la sociedad, el acoso ha sido un problema sistemático cuyas consecuencias no son todavía justamente dimensionadas. Han pasado décadas desde que mujeres y hombres comparten lugares de trabajo y hasta ahora el acoso no ha podido erradicarse por completo.

El fenómeno del acoso no es nuevo, pero sí más complejo que antes. La apertura de la privacidad y la facilidad de contacto a través de las nuevas tecnologías de comunicación permiten una mutación constante de la problemática. La verdadera complicación sobre el asunto proviene de la adopción masiva de esta práctica, muchas veces ignorada y demeritada por los sistemas de justicia.

Judith, una de las entrevistadas para este libro, sufrió una situación de acoso antes de entrar a la mina. De acuerdo con lo relatado por ella, cuando recién egresó de su carrera y comenzó a pedir trabajo, se enfrentó a la realidad laboral: “Yo tuve una mala experiencia buscando trabajo; sí trataron de abusar porque era recién egresada. Me ofrecieron un puesto bueno, pero a cambio me pidieron otra cosa y luego siguieron acosos más fuertes”.

El acoso hacia ella continuó hasta que ya no pudo más y el efecto de esas acciones por parte de sus acosadores tuvo repercusiones en el futuro. Antes de llegar a la mina, la ahora empleada dudó acerca del trabajo que tendría: “Ése era mi temor. Yo decía que esa no sería la primera vez que me harían esa propuesta y tenía miedo de que me volviera a pasar. Ya después, al poco tiempo, me di cuenta de que aquí es muy diferente”.

Una de las consecuencias más graves después de un acoso es el temor permanente y la predisposición negativa ante cualquier situación similar. Cuando una

mujer que ha sido acosada identifica un contexto favorable para el abuso de poder, inmediatamente despliega una serie de mecanismos de defensa que terminan por desgastar su armonía.

De acuerdo con lo compartido por Judith, en su trabajo actual se siente segura porque sabe que hay una serie de medidas para evitar el acoso. Durante el tiempo que lleva laborando en la mina, no ha sido víctima ni ha atestiguado hostigamientos de ningún tipo y las relaciones con sus compañeros se basan en el respeto y la integridad. Como consecuencia, sus temores han quedado atrás y su rendimiento ya no está mermado:

A mí lo que me gustó de aquí es que sí tienen mucho énfasis contra el acoso y todo eso. Aquí el trato no es como en otros lugares donde te hacen propuestas. No, es muy diferente el respeto. Los mecánicos, los eléctricos y los demás me hablan de usted y, por ejemplo, también en la hora de la comida son amables conmigo y todo es muy diferente. Aquí sí existe el respeto, tanto de mí para ellos como de ellos para mí.

A pesar de que ella ya fue víctima en una ocasión anterior, hay otras mineras entrevistadas que no han sido acosadas ni han experimentado algún abuso de poder. Del total de trabajadores mexicanos que ejercen en este país, ellas son parte del poco porcentaje que no han sufrido acoso laboral, pero que probablemente han sido testigos o, por lo menos, se han enterado de algún caso de esta naturaleza.

Según Griselda Zúñiga Ruiz, investigadora de la Universidad Nacional Autónoma de México, hasta el año 2014 había un alto porcentaje de víctimas de acoso laboral en México y las cifras han ido aumentando (Notimex, 2014). De acuerdo con los números presentados por la investigadora, 51% de los mexicanos han sido acosados en su trabajo y, de esa cifra, más de la mitad han sido mujeres.

Con los números presentados por Zúñiga Ruiz, es posible dimensionar la problemática en el país. Si más de la mitad de los trabajadores y trabajadoras mexicanas ha sufrido acoso, la situación es más crítica de lo que parece a primera vista. Esto se debe a la variedad de modalidades de acoso laboral.

Afortunadamente, la mayoría de las mineras entrevistadas para este libro no han sido acosadas en su trabajo actual. La base para mantener un ambiente fuera de acosos y hostigamientos es, de acuerdo con ellas, el respeto. Una mujer minera que trata a los demás con respeto y posee el carácter para reaccionar ante cualquier circunstancia dañina para ella tiene menos posibilidades de ser violentada.

Dafne es una de las mineras que nunca ha tenido problemas para relacionarse con sus compañeros. Hasta ahora, ella no ha sido violentada de ninguna manera

y mantiene la armonía en su lugar de trabajo, un privilegio si se piensa en las decenas de casos mensuales registrados en el país: “A mí me ha ido bien, no he tenido ningún problema; me han recibido bien. A mí siempre me había tocado trabajar con puras chicas, pero después me tocó con puros hombres. Hasta ahorita no he tenido ningún problema, ni de acoso, ni tampoco un problema para poder liderarlos”.

Cuando se le pregunta acerca de cómo hacerle para no ser parte de los números negativos por acosos reportados mensualmente, ella asegura que a la mujer también le corresponde cooperar para evitar alguna situación de ese tipo. ¿Cooperar con qué o cómo? “En poner límites y saber cómo llevarte con ellos; depende mucho de cómo te lleves con ellos” —asegura—.

Según el pensamiento patriarcal dominante en México, cuando una mujer es violentada de alguna manera, se tiende a pensar que ella misma ha provocado la agresión o que es la principal responsable de la reacción masculina. En la vida diaria no es raro encontrar a personas que atribuyen a las mujeres la provocación sexual del hombre y, por lo tanto, son culpadas por vivir su sexualidad con libertad. Tampoco es extraño escuchar que las mujeres, más que víctimas, son culpables de las agresiones recibidas debido a cualquier comportamiento no “recatado” que provoque la lujuria masculina.

La consecuencia lógica de un pensamiento así es la inmunidad social de los hombres, muchas veces respaldada por la visión estrecha de las mismas mujeres. Quizá legalmente sea más equitativa la situación de acoso debido a los lineamientos jurídicos que se siguen en un caso de ese tipo; sin embargo, socialmente los hombres son exculpados y suelen ser considerados víctimas de su propia agresión.

Así como Dafne, hay otras trabajadoras que conocen la desigualdad entre hombres y mujeres en una situación de acoso. Por ello, la manera más práctica que ellas encuentran para evitarlo es fomentar la buena relación, pero siempre dejando en claro que hay límites específicos en las relaciones afectivas.

Lorena se autodefine como una mujer tranquila a la que le gusta llevarse bien con todos; de hecho, ella es una de las mineras que no tiene problemas de acoso con sus compañeros. Al igual que Dafne, está convencida de que la mujer tiene un papel importante para evitar problemas de violencia sexual o de otro tipo en la mina. El respeto es fundamental en cualquier relación humana, sobre todo con los hombres cuando se es una mujer trabajadora.

Afortunadamente para ella, hasta ahora no ha sufrido ningún acoso y asegura que gran parte de ese beneficio es haber sido respetuosa con sus compañeros desde el principio: “No he tenido problemas porque desde un inicio pusimos

las cosas muy claras. El respeto se gana: si yo quiero que me respeten, tengo que respetar primero”.

Además del respeto fomentado inicialmente, ella también afirma que tuvo la fortuna de ser parte de un equipo de compañeros que son tranquilos y no buscan problemas. Desgraciadamente, dice, no todas las mujeres mineras tienen la misma suerte y les toca trabajar con hombres violentos y agresivos. Cuando se tiene un equipo con esas características, muchas veces el respeto no es suficiente y la mujer fracasa en su intento de establecer relaciones pasivas y armónicas.

Consuelo es otra de las mineras que ha tenido la fortuna de no ser acosada en el trabajo, en gran parte por su carácter. Ella no se define como una mujer de carácter fuerte, pero sí determinante; la clave, dice, es saber reconocer cuándo se debe ser de una manera y cuándo de otra.

Según comparte, un error grave que cometen las mujeres trabajadoras es ser siempre iguales con los demás, independientemente de las circunstancias en las que se da la convivencia con los compañeros del trabajo. “Si soy muy rígida o gruñona, no me van a tratar bien y podría tener problemas con algunos; si soy muy abierta, pueden tomarlo diferente y tomarme a la ligera” —dice—.

El carácter determinante de Consuelo es flexible en determinados contextos, pero rígido cuando es necesario. Ella es una de las mineras que disfruta mucho de la compañía de sus compañeros y hasta es parte de la dinámica festiva necesaria en cualquier trabajo. Cuando el ambiente es favorable para la picardía y el juego, ella participa; sin embargo, si las cosas pasan los límites que no está dispuesta a sacrificar, ella misma es la que impide la continuación: “No soy muy amante de darme a llevar; hasta cierto punto nos respetan. Yo digo que, marcando la línea, es fácil convivir con ellos. A mí en lo personal me han respetado; yo cotorreo mucho con ellos, pero no me paso de la línea. Cuando veo que ya están más pesados, yo ya no me llevo”.

Hilda es otra minera que ha logrado una dinámica de respeto, pero también de juego con sus compañeros. Para ella, ésta es la mejor manera de lidiar con los hombres mineros. De acuerdo con lo que piensa, es imposible pedirles a los mineros que no sean bromistas o que estén completamente serios durante el trabajo, pues va en contra de la cultura laboral en ese sector; sin embargo, eso no implica que ellos tengan permitido violar los límites marcados por las mujeres.

Hilda reconoce haber sido ligeramente acosada por algunos de sus compañeros. La palabra “ligeramente” es enfatizada por ella durante la entrevista porque confiesa no haberse sentido realmente violentada y tampoco cree que su integridad haya estado expuesta. Aunque no hay un sistema exacto para medir cuánto es mucho acoso y cuánto no lo es, ella asegura que se califica como “acoso” a ciertas miradas

indiscretas y algunas bromas que reflejan una insinuación indirecta de temas sexuales: “Pues de repente me ha tocado un acoso ligero, pero no algo fuerte. Igual, si uno se da a respetar, ellos entienden que no, que uno viene a trabajar y no a otras cosas. Amistades tenemos todos; somos compañeros y todo eso puede confundirse. Por eso, cuando tuve algún problema de éstos, lo solucioné hablando y ya”.

La minería es un sector que durante muchos años estuvo dominado por hombres y es una realidad que el entorno está masculinizado. Tal como Hilda aseguró durante la entrevista, la picardía, el albur y el ambiente sexualizado es inherente al trabajador minero, pues es difícil erradicar una cultura laboral heredada durante varios siglos. Ese ambiente, aunque muchas veces controlable, resulta complicado para las empleadas.

Mariela, por ejemplo, no tiene reparos en decir directamente que no es fácil trabajar con hombres. De acuerdo con ella, aun cuando una mujer intente poner límites para evitar agresiones o acosos, el entorno sigue siendo difícil. Esto es así porque, cuando una mujer es determinante, la relación hombre—mujer cambia para bien; sin embargo, entre los mineros continúa la pesadez de las relaciones.

Las relaciones entre mineros, pesada como es, influye para que el entorno dentro de la mina no sea siempre favorable para las mujeres. Hay veces en las que la convivencia masculina durante el trabajo deriva en acosos indirectos. Ante esa situación, dice Mariela, lo mejor es mantenerse al margen y tener siempre definidas las distancias cuando es necesario: “La verdad, no es fácil trabajar aquí, pero depende de cada mujer el que te mantengas en tu espacio. Para darse a respetar no hay que llevarse con los demás porque el ambiente del trabajo sí es difícil. Aquí sí te puedes mantener al margen; eso es lo que hago yo y me ha funcionado muy bien”.

La herencia cultural de la mina como trabajo masculinizado ha permeado en distintos sectores de la sociedad y predispone a cualquier persona, sobre todo a las mujeres que ingresan a trabajar en la mina. Ya se ha dicho al principio de este libro que las empleadas mineras entran a trabajar en la mina con prejuicios, generalmente contruidos por la familia, los amigos y la sociedad en general.

Uno de ellos por excelencia es el acoso y la agresión sexual durante el trabajo en la mina, principalmente porque alrededor de 87% de los empleados son hombres y estar bajo tierra podría ser un factor de riesgo para cualquier mujer. Aunque la mayoría de las mujeres que optan por convertirse en mineras demuestran valentía y determinación para integrarse a un sector tan complicado, ninguna de ellas está exenta de temer por algún posible abuso.

Sabina, de hecho, es una de las trabajadoras que ingresó con ese temor. A pesar de venir de una familia minera y de conocer indirectamente el entorno, ella

llegó a la mina con una preocupación latente y un nerviosismo que al principio le impidió desarrollarse tranquilamente.

Como parte de la cultura minera que recibió de su familia, ella ingresó a la mina consciente de que antes las mujeres no eran bien recibidas y de que, incluso, se les culpaba por la falta de producción. También conocía, por voz de sus familiares, que los mineros son mayoría y muchas veces es difícil lidiar con ellos, sobre todo por lo masculinizado del ambiente.

Actualmente, Sabina ya no tiene esas preocupaciones y se ha podido adaptar a la mina sin problemas; sin embargo, los primeros meses todo fue muy difícil. Al ser cuestionada sobre esa situación inicial, ella reconoce que gran parte de la problemática fue su predisposición negativa, motivada sobre todo por ideas populares sobre la mina y los trabajadores:

Me cohibía mucho, no podía hablar, se me hacía muy difícil, me sentía acosada y no dejaba que nadie se me acercara. Poco a poco entendí que las cosas no eran así; mis compañeros me dijeron que querían acercarse a convivir conmigo. Yo antes no se los permitía, me encerraba y no quería salir. Poco a poco fui platicando con los supervisores y eso de cohibirme se me quitó.

Después de un tiempo comprendió que, si bien el ambiente suele ser pesado para una mujer, la mayoría de los mineros no tiene intenciones de acoso ni de violencia. Conforme más se involucraba con los trabajadores, ella vio que gran parte del temor respecto al trato que recibiría era infundado; sin embargo, también se percató de que existen otros empleados con los que sí deben tenerse ciertas precauciones.

Tal como ella lo reconoce, antes de trabajar en la mina no tenía un carácter sólido; pero después de convivir con los mineros supo ser determinante. La construcción del carácter dentro de la mina es algo que todas las mujeres trabajadoras han experimentado. Tanto en la familia como en la sociedad en general, el papel femenino siempre ha estado relegado a la sumisión y la debilidad; esa idea es una de las más nocivas e influyentes en todos los niveles.

Cuando se piensa en la mujer, raramente se habla de fortaleza, determinación, carácter o solidez. No es raro, entonces, que la predisposición masculina esté fundada en características asociadas a lo femenino. Cuando un hombre minero (rodeado de otros más y amparado por un ambiente masculinizado) identifica a una mujer nueva, los prejuicios comienzan a funcionar. Incluso algunas empleadas han sido víctimas o testigos de “novatadas” encaminadas a intimidarlas ante la presencia masculina.

Ante esa predisposición y la idea errónea de la feminidad como sumisión, la mejor arma es mostrarse distinta con los mineros y causarles un extrañamiento. Esa actitud es defendida por varias entrevistadas, entre ellas Victoria, quien ha sabido encontrar en su rudeza la clave para lograr la igualdad.

De acuerdo con ella, lo menos recomendable para una mujer minera es presentarse ante sus compañeros con una imagen de sumisión por el simple hecho de la feminidad. Lo mejor es igualarse con los hombres y saber controlarlos con una imagen de fortaleza que no corresponda con lo que ellos esperan de una mujer. “Si buscamos equidad de género, no vamos a llegar al trabajo sintiéndonos unas princesitas, ¿verdad?”.

Mientras declara su estrategia para lograr igualdad y respeto, aclara que igualarse con los hombres no significa perder la feminidad, sino tener la capacidad de ser una mujer más sólida. Siguiendo con sus respuestas, también asegura que el principal enemigo de las mineras es la creencia de que una mujer tiene que ser débil o sumisa y, por lo tanto, protegida por los hombres.

Para Victoria, cuando una mujer se muestra indefensa ante el hombre para buscar su protección, también abre la posibilidad de ser violentada debido a su vulnerabilidad. En cambio, cuando es capaz de demostrar su fortaleza, carácter y determinación, no da oportunidad de invasiones o abusos. ¿Cómo demostrar la fortaleza? Ella encontró la respuesta en la interacción con sus compañeros. “Tienes que lidiar con tanto hombre, que llega el momento en el que tienes que ponerte al nivel de ellos. Dicen por ahí que si no puedes contra el enemigo que te le unas. Yo cuando entré no echaba ninguna maldición y ahora soy experta; eso fue parte de mi adaptación y ahorita me la llevo muy bien con todos porque me ven como otro trabajador más”.

Quizá ante los ojos externos, esta estrategia puede llegar a ser agresiva, pero es todo lo contrario. Demostrar que la imagen femenina de debilidad y sumisión no corresponde con la realidad es tarea de todas las empleadas mineras. Esto no quiere decir que la mujer deba demostrar una rudeza permanente, sino que, a través de pequeñas acciones, puede reivindicarse el papel femenino en la mina.

Delia es una de las mineras que aprovecha varias oportunidades para demostrar que tiene carácter y que es una mujer fuerte. Ella, específicamente, es una trabajadora cuyo físico es más bien pequeño y, por lo tanto, puede estar sujeta a juicios equivocados sobre su fortaleza y determinación. Dichos juicios, aunque simples a primera vista, podrían derivar en una predisposición al acoso debido a la aparente debilidad.

Ella misma reconoce que su estructura física predispone a los demás y los lleva a querer cuidarla; sin embargo, no está dispuesta a ser considerada una mujer

débil y en cada situación que se le presenta demuestra su firmeza: “En cierta forma me he ganado a la gente por la manera en que los trato. Por ejemplo, cuando estaba en mina a veces me iba en camión con los hombres, me iba en el camión de personal o me metía en el camión de mina; algunos me decían que me fuera en la camioneta o adelante en la cabina, pero yo les decía que no, que no pasaba nada”.

Esa idea de ser protegida y, por lo tanto, de debilidad es la que Delia no quiere proyectar. No se trata, de acuerdo con ella, de ser feminista o inaccesible, sino de evitar una imagen de debilidad que pueda malinterpretarse y provocar una situación de acoso. Con base en esas demostraciones de fortaleza y determinación es como ella ha puesto límites con los mineros y se ha ganado el respeto: “Sí, entre ellos sí se llevan mucho, pero a mí siempre me han respetado demasiado; saben cómo soy y creo que es porque se los he demostrado” —asegura—.

Así como Delia, la mayoría de mineras han sabido adaptarse y han adquirido el respeto de los trabajadores. Desgraciadamente, el esfuerzo que muchas de ellas han realizado para evitar el acoso es desprestigiado por otras compañeras que hacen lo contrario: motivar una imagen femenina que no corresponde necesariamente a la realidad y que, por lo tanto, no debería de generalizarse.

De acuerdo con varias entrevistadas, así como hay mujeres que dentro de la mina luchan para ser respetadas y valoradas, hay otras cuantas que están interesadas en otras cosas que podrían ser contraproducentes. Dania es una de las mineras que está consciente de la desfavorable situación y ha sido testigo de cómo algunas de sus compañeras permiten abusos de todo tipo.

Según lo que dice durante la entrevista, ella respeta lo que cada una de las trabajadoras hace dentro y fuera de la mina; sin embargo, sabe que el hecho de que una mujer demuestre apertura hacia una situación de acoso podría ser motivo para que los mineros generalicen esa conducta: “Nosotras a veces pagamos por otras mujeres que no se han dado a respetar en la mina; a veces por esas acciones a las mujeres nos toman como que todas somos iguales. Los hombres luego piensan que, así como fue una, vamos a ser todas. La verdad, yo hasta ahorita creo que me he dado a respetar con mis compañeros de trabajo; muchos me han dicho que soy diferente”.

Durante su trayectoria minera, Diana siempre ha dejado en claro las cosas. En la entrevista, asegura que no son pocas las trabajadoras que se involucran de forma inadecuada con los mineros y que, si bien nunca ha sido acosada, sí ha comprobado que algunos hombres se le acercan con la intención de repetir lo hecho con algunas otras.

El mayor reto que ella tuvo para exigir respeto fue cuando la trasladaron al área de báscula, lugar en donde la presencia masculina es imponente y que tiene mala fama debido al entorno. Cuando sus compañeras se percataron de que

trabajaría en la báscula, al lado de camioneros y cargadores, la advertencia no se hizo esperar: “Ten cuidado porque ahí todos son groseros y se llevan mucho con las mujeres; además, están acostumbrados a que las mujeres les hagan caso y a tenerlas con ellos si quieren”. Los nervios de Diana se activaron y llegó a la defensiva.

Afortunadamente, y gracias a su firmeza inicial, nunca tuvo problemas con sus compañeros en la báscula y desde el principio todos la respetaron. En retrospectiva, ella asegura que quizá las advertencias fueron exageradas y que ni los camioneros ni los cargadores son tan malos como todo mundo piensa; además, asegura que no hay riesgos futuros si se dejan las cosas claras:

Me gusta, por ejemplo, que siempre hay un relajo limpio entre los compañeros. Es bonito cuando va uno en el camión y ve uno a la gente, a los compañeros que, a pesar de que ellos tienen a sus familias y tienen problemas en sus casas, siempre ponen una muy buena cara. En el trabajo no demuestran que tienen problemas, siempre hacen reír a los demás compañeros, dicen bromas y así. La verdad que uno vive muchas experiencias muy bonitas con ellos.

Una estrategia más para mantener el respeto y la tranquilidad entre los compañeros es la discreción acerca de la vida privada. Como en cualquier otro lugar, dentro de la minería existen distintos tipos de personas. Las hay en quienes puede confiarse, pero también están las que son todo lo contrario. Entre estas últimas hay hombres y mujeres por igual; de hecho, muchas de las entrevistadas acusan a otras mujeres mineras de ser las causantes de algunas situaciones de acoso.

“Otra de las cosas que entorpece el trabajo o que puede exponer a una mujer en la minería es toda esta parte de chismes, de cosas que no tiene nada que ver con lo laboral” —asegura Paula—. De acuerdo con ella, algo muy común dentro de la mina es el “chisme”. Esta modalidad de comunicación organizacional tiene una influencia importante sobre el comportamiento de trabajadores y trabajadoras. Un rumor no confirmado sobre algo puede transformarse en el principal argumento para considerar una supuesta debilidad:

En una ocasión yo me di cuenta de que alguien había dicho que una de las mujeres de aquí era bien suelta, bien facilita, pues. Yo sabía que no era cierto porque la conocía de hace tiempo, pero todo mundo empezó a chismear que ella se metía con todos y así. Nunca supe de dónde vino el rumor, pero sí vi que muchos de aquí se le empezaron a acercar después de que se regó el chisme, como si por ser así les fuera a dar entrada a todos.

Para Paula, lo más lamentable de una situación así es que algunas compañeras sean tan inconscientes como para afectar a las demás. Por mucho que una trabajadora se esfuerce en demostrar una imagen de respeto para recibir lo mismo a cambio, muchas veces sólo hace falta una afirmación infundada para derrumbar el trabajo realizado. Lastimar la imagen de una mujer tiene repercusiones graves que están más allá del pensamiento común.

Por eso, la precaución es muy importante en la mina; tanto para saber con quién puede platicarse y cuáles cosas no deben platicarse. Para evitar una situación negativa, la entrevistada tiene una regla de oro: “Tienes que mantener tu vida personal muy alejada de la laboral; no hay que traerse las cosas personales a la mina porque pueden agarrarse de ahí para dañarte como mujer”.

Incluso con las personas de confianza, la trabajadora tiene muchas reservas para no comprometer su vida personal de ninguna manera. La razón principal es que, aunque alguien sea de confianza, las personas suelen agregar cosas a las historias que escuchan y la versión original se va perdiendo. “Si no dices mucho sobre tu vida personal, no dejas que las cosas se desvíen y no tienes problemas después. Lo mejor es ser precavido. Eso no significa que no hay que confiar en los demás, sino que hay cosas que no se cuentan a nadie” —declara determinante—.

Aunque son pocos los casos, la realidad es que en algunas de las minas consideradas para este libro sí ha habido distintos tipos de acoso. Algunos han sido sexuales y otros han llegado a la intimidación debido al desacuerdo con ciertas decisiones y procedimientos de las mujeres. Respecto al acoso sexual, todos los compartidos en las entrevistas han sido de un hombre hacia una mujer; las intimidaciones laborales y conflictos no sexuales han sido de parte de ambos.

Según lo relatado por un par de entrevistadas, los acosos sexuales sufridos en la mina no han sido graves porque han terminado en un momento adecuado; sin embargo, de haber continuado sin control, las situaciones pudieron haber concluido en agresiones más fuertes e invasiones a la integridad.

Una de las afectadas fue Luisa, quien incluso tuvo que recurrir a una estrategia poco ortodoxa para terminar con los acosos por parte de sus compañeros. Desde hace varios años, ella ha trabajado en varias minas y en todas se ha encontrado con situaciones similares: debido a su atractivo físico, los mineros con los que convive diariamente suelen insinuarle y proponerle cosas inadecuadas.

De acuerdo con ella, cuando una mujer recién llega a la mina, es común que todos los hombres se sigan expresando como normalmente lo hacen. Son normales, entonces, las palabras altisonantes, los albures y las “carrillas”. Si la trabajadora no hace nada en ese momento, entonces la situación continúa y luego evoluciona desfavorablemente porque no reciben queja alguna:

Antes hablaban mucho y me decían groserías; yo me ponía audífonos para no escuchar. Un día les dije que a mí no me gustaban las groserías, pero que si querían hablar así tuvieran cuidado porque me los barrería a todos. Después de ahí se calmaron, pero no se trata de eso, se trata de respeto. Para mí es difícil. Cuando entramos estamos en riesgo, pero ya después se calma; yo ahorita sí he logrado un respeto, aunque son muy llevados a veces.

En una de las minas en las que ella trabajó fue muy cortejada y muchos se animaron a pedirle que saliera con ellos. Cuando respondía negativamente, algunos se molestaban o insistían con un poco más de agresividad: “En esa mina, cuando llegué todos querían conmigo y me tiraban la onda. Cuando yo les decía que estaba casada, ellos me decían que no eran celosos y seguían diciéndome cosas”.

Cuando cambió de mina, y ya con más experiencia en cómo relacionarse con los mineros, adoptó una estrategia distinta, pero más útil. Al llegar, y ante los primeros indicios de insinuaciones, se declaró homosexual y manifestó abiertamente su gusto por las mujeres y su desprecio por los hombres. Fue tanta la insistencia y tan buena la actuación de la minera, que los trabajadores creyeron su homosexualidad ficticia y el acoso cesó por completo:

Ahí sí adopté una imagen muy de hombre, les dije que me gustaban las mujeres porque todos me coqueteaban. Me mandaron un mecánico y le dije que me gustaban las mujeres para que me respetaran. Le dije que tenía una mujer a la que le gustaba el dinero y que por eso estaba ahí. Con ese cambio de imagen me hice más amiga de ellos, ya hasta algunos me decían “mi chavo”.

A pesar de la risa que le causa recordar el apodo que le pusieron sus amigos y cómplices masculinos, es más fuerte el recuerdo de los tiempos difíciles que pasó actuando como hombre. Lo más duro para ella al recordar aquella situación es percatarse hasta dónde debe llegar una mujer para adquirir el respeto de los demás, cuando lo ideal es recibirlo por el simple hecho de ser trabajadora, mujer y compañera.

El otro caso de acoso sexual compartido por una de las entrevistadas es más “ligero”, pero no menos grave que el anterior. Por la naturaleza de su trabajo, a Lucila le corresponde asistir a distintas reuniones en donde ella es la única mujer. Durante esas reuniones, llenas de hombres mineros, el ambiente suele tornarse pesado y agresivo debido a la complicidad que unos encuentran en otros.

Durante una reunión, ella sugirió algunas reformas y mejoras en los procesos mineros. Independientemente de la pertinencia de su participación, varios de los

presentes aprovecharon las palabras pronunciadas por ella para comenzar un juego de dobles sentidos. Las palabras, en ese momento, pasaron a ser materia prima del albur y de la agresión sexual disimulada:

Muchas veces pueden confundir el que tengas una buena relación como compañeros y se agarran de ahí para agredir. En lo personal, a mí no me gusta hablarles a mis compañeros con groserías y menos que me hablen así. Sí he llegado a tener situaciones en que se han pasado conmigo. En ocasiones soy la única en reuniones en donde hay puros hombres y me doy cuenta de que hablan en doble sentido o que han querido hacerlo conmigo.

Como mujer minera y gracias a la experiencia que ha adquirido a lo largo el tiempo, en una ocasión la exponente de la junta confrontó verbalmente a los participantes del juego de doble sentido y les pidió que dejaran de agredirla. A partir de ese momento, las agresiones cesaron y la relación entre compañeros cambió para bien; ahora es respetada en las juntas y fuera de ellas: “Esa vez yo sí levanté la voz y les dije que si sabían que yo no les hablaba así era porque tampoco quería que ellos me hablaran así. Desde entonces he notado que cuando les marcas un límite ellos mismo se alinean. No fue ni ha sido fácil pero una vez que ya te respetan, vale la pena alzar la voz y expresar las inconformidades”.

Además del acoso sexual, en algunas de las minas incluidas en este libro también ha habido intimidaciones laborales desprendidas de desacuerdos y negligencias por parte de algunos empleados y empleadas. A diferencia del acoso sexual, el acoso (o intimidación) laboral ha sido ejercido por ambos sexos y, en ocasiones, las mujeres son las principales responsables de la intimidación a sus colegas.

El acoso laboral está generalmente asociado al abuso del poder, a la presión para que alguien haga algo contra su voluntad y satisfaga las órdenes de un superior, a la intimidación para no denunciar abusos en materia laboral y a muchas acciones más. En la actualidad, un gran porcentaje de personas laboralmente activas sufren este tipo de acoso y son pocos los casos denunciados.

Mara ha sido una de las víctimas de acoso laboral y ha tenido conflictos debido a esa situación. El puesto de esta trabajadora no es operativo y más bien está encargada de procesos de análisis en un laboratorio minero; eso implica que hay personas a su cargo y muchas veces ella debe dar instrucciones a sus subordinados, estén o no de acuerdo con ciertas decisiones.

En varias ocasiones esta minera ha sido cuestionada e incluso violentada verbalmente por aquellos que no están de acuerdo con las instrucciones recibidas. En el momento en que la ven vulnerable, algunas de las personas a su cargo la atacan

e intentan evidenciarla para afectarla laboralmente. Los conflictos de intereses o la guerra sucia para ocupar su puesto son factores que desatan el acoso laboral: “Como que anteriormente la mayoría sí me veía mal porque pensaban que yo iba a mandarlos sin saber lo que es hacer el trabajo o algo así. Hubo muchos que como que siempre me han tratado de tirar, como hiriendo con palabras y así; también ha habido diferencias o conflictos con algunos compañeros y compañeras”.

Lo más lamentable para ella es encontrarse con una situación impensable: la mayoría de las personas de quienes ha recibido agresiones a nivel laboral son mujeres: “Se supone que entre mujeres nos tenemos que proteger y apoyar, pero me di cuenta de que no siempre es así. Es muy triste ver que entre nosotras mismas nos atacamos y no nos respetamos; por eso los hombres tampoco nos respetan”.

Por fortuna, Mara ha logrado mejorar las relaciones con sus compañeros y, ahora que ha demostrado tener la capacidad de ser líder y de tomar las mejores decisiones para su equipo de trabajo, ya no es atacada.

Otra de las mineras que son líderes en su área y tienen personal a su cargo es Inés; sin embargo, ella no ha sido víctima de intimidaciones laborales, sino todo lo contrario. Su caso es particular porque trasciende el concepto de mujer minera y sirve de ejemplo para comprender cómo puede evitarse el acoso laboral.

Desde que ella fue nombrada responsable del área de soporte, también le fueron asignadas varias personas como apoyo. El primer objetivo que se puso al saber que comandaría a un equipo grande fue generar empatía y ganarse la confianza. Para hacerlo, empezó un programa de acompañamiento y apoyo a nivel laboral, pero también personal.

Si Inés detectaba algún problema de desánimo entre sus compañeros, trataba de contribuir al mejoramiento de la situación. Si alguien tenía temor sobre el trabajo por realizar, ella les inspiraba seguridad para que tuvieran más confianza en las actividades que les correspondían. A lo largo del tiempo, el equipo de la entrevistada se fortaleció y ella se ganó el respeto de todos:

El mayor número que he traído a mi cargo fueron 60 personas; traía todo el personal, supervisores y departamento de seguridad. Yo siempre les decía que todo estaría bien o siempre trataba de que estuvieran bien; les daba palmadas al viento, pláticas de seguridad, me acercaba con ellos, tenía que ser empática, tenía que ganármelos, tenía que hacer que todos se sintieran en un ambiente bien y tranquilo, cálido y familiar.

Hasta la fecha, esta minera nunca ha recibido muestras de agresividad ni ha sido intimidada laboral o sexualmente. A ella, afortunadamente, se le asignó un equipo

de trabajo que tenía la capacidad de respetarla; sin embargo, no siempre es así y hay otras mujeres que deben lidiar con más obstáculos para lograr una posición segura y recibir el respeto de sus compañeros.

Gracias a las experiencias de las mineras, es posible afirmar que el respeto y la amabilidad es consecuencia de dos factores muy importantes: la mujer debe proyectar una imagen de fortaleza, certeza, determinación y respeto para poder recibir lo mismo a cambio; al mismo tiempo, los compañeros y compañeras tienen que hacer lo propio para no afectarse a ellos ni a los demás.

El mito de que los trabajadores mineros son salvajes y de que toda mujer que entre a la mina está arriesgando su integridad es falso. En una relación laboral intervienen diversos agentes y todos tienen la misma responsabilidad. Así como hay mujeres que han sido víctimas de acoso por parte de un hombre, también las hay que han sido víctimas de mujeres o las que no han experimentado esa lamentable situación.

El acoso no es exclusivo de las mujeres. En la actualidad, el hombre también es víctima de distintos tipos de acoso y cada vez existen mayores mecanismos legales para sancionar a los responsables. Este fenómeno como problema social es complejo y sólo queda el autoconocimiento y la determinación como poderosas armas para combatirlo.

No se crea, entonces, que la minería representa un peligro sexual y laboral para las mujeres. La experiencia de Bibiana es una de las que deberían tomarse más en cuenta respecto a estos temas. Desde que llegó, ella está encantada con su trabajo en la mina y asegura que “hay mucha convivencia con los compañeros, son muy amables. Creo que hasta la fecha se habla mal de los mineros porque faltan al respeto o no sé; a mí jamás nadie me ha faltado al respeto y todo ha sido muy padre desde que llegué”.

## EL RECONOCIMIENTO COMO MOTIVACIÓN PARA CONTINUAR

A cualquier persona le gusta ser reconocida por sus logros. Ya sea a nivel personal, académico, profesional o laboral, el reconocimiento siempre funciona como incentivo para continuar haciendo las cosas de la mejor manera. Ser reconocido también sirve como una manera de aceptar que algo está siendo bien realizado y que debe continuarse así para lograr objetivos concretos.

El reconocimiento en el ámbito laboral es gratificante para cualquier trabajador, independientemente del sexo y jerarquía que tenga en la empresa o institución.

En la actualidad, existen muchas maneras de reconocer el esfuerzo de los trabajadores; algunas de ellas son los incentivos económicos, la premiación pública o ciertas recompensas, como viajes o regalos diversos.

También existen reconocimientos más discretos pero, a la vez, más gratificantes que cualquier otro. Muchas veces, las mejores recompensas al trabajo bien realizado son las palabras de aprobación o de ánimo por parte de algún superior o encargado del área. Saber que el trabajo se está realizando satisfactoriamente y que el principal evaluador del rendimiento reconozca esa labor resultan más gratificantes que muchas otras cosas.

Pensar en una mujer minera que recibe el reconocimiento de sus superiores o de sus compañeros es agradable, sobre todo si se piensa en la minería como el sector masculinizado que ya se ha definido anteriormente en el libro. El hecho de que una mujer sea reconocida en un trabajo en donde los hombres son mayoría resulta inspirador.

Muchas de las mineras entrevistadas para este libro han sido reconocidas por su esfuerzo y desempeño laboral dentro de la mina. Ya sea por la cuidadosa conducción de un enorme camión o por la precisión en la explotación de la tierra, varias mujeres se han percatado de que su trabajo es importante y que deben continuar con su excelente labor diaria.

Desafortunadamente, también hay varias entrevistadas que nunca han sido reconocidas. Esa falta de reconocimiento no se debe, por supuesto, a un trabajo mal hecho o a la falta de esfuerzo, sino a lo masculinizado del entorno minero. Para algunos, comprometidos con el nocivo pensamiento patriarcal, reconocer a una mujer es muestra de debilidad masculina.

Aunque no sea evidente a los ojos de muchos, existe una gran cantidad de hombres que no están dispuestos a reconocer el trabajo femenino en ninguno de los sectores, sobre todo en uno tan masculinizado como la minería. Este pensamiento es herencia de generaciones completas dedicadas a prohibirle el trabajo a la mujer con argumentos como la responsabilidad doméstica y el cuidado de los hijos.

La prohibición laboral hacia la mujer ya no es vigente y hoy en día existen lineamientos que legalmente permiten el trabajo femenino dentro de cualquier ámbito; sin embargo, la venia legal para laborar no es suficiente para la mujer: en miles de hogares mexicanos se sigue ejerciendo el poder y muchos hombres continúan prohibiendo el trabajo femenino.

Una vez que la mujer ha decidido trabajar y que entra a una empresa o institución, comienza una serie de retos para posicionarse. El caso de la minería es, acaso, más difícil que algunos otros debido a la naturaleza del entorno. Según la mayoría de las entrevistadas, el camino que se recorre en la mina para lograr el

reconocimiento no es sencillo y, desde sus llegadas, la lucha por la aprobación laboral ha sido complicada.

Eso le pasó a Delia, quien en el apartado anterior de este libro confesaba haber luchado para ser reconocida por las personas a su cargo. Tanto ha sido la negativa de sus compañeros y compañeras que, hasta la fecha, la trabajadora sigue encontrando obstáculos para desempeñarse tranquilamente.

Así como ella, existen distintos casos de rechazo y falta de reconocimiento laboral en la mina. Clara, por ejemplo, es una de las mineras que al llegar fue demeritada por ser mujer. Los primeros indicios de que recibiría diferente trato no se hicieron esperar: en cuanto llegó se percató de que algo no estaba bien.

Clara es geóloga minera y su área de trabajo es el control de calidad de la extracción mineral. Entre sus funciones principales están los marcajes, la generación de recursos y la producción; es decir, su labor está relacionada con el trabajo pesado. Por eso mismo, desde que ingresó a la mina recibió un trato distinto al de los demás: “Me tocó ver la sobreprotección que ellos tienen conmigo por el hecho de que soy mujer; no te ven así como si fueras un trabajador más”.

La sobreprotección es, en retrospectiva, la muestra más sutil que ella recibió como signo de subestimación. Conforme avanzó el tiempo, algunos compañeros pasaron de la sobreprotección a la indiferencia respecto a su trabajo. Cuando demostró que no eran necesarias las labores de protección exagerada por el simple hecho de ser mujer, muchos optaron por ignorarla. ¿La razón? Prejuicios acerca de la presencia femenina en un sector masculinizado: “Yo me he topado con que te ignoran. Te hacen a un lado, no te consideran y pues a uno le toca demostrar con trabajo que uno viene a eso, a trabajar; uno no viene a distraer, porque eso es lo primero que ellos perciben, que una mujer viene a causar discordia”.

El caso más grave de indiferencia contra el que ella lidió fue con uno de sus supervisores. En un principio, consideró que era “normal” la indiferencia de los compañeros, tomando en cuenta que no están acostumbrados a que una mujer sea parte del equipo; sin embargo, cuando su supervisor la ignoró tajantemente, no tuvo otro remedio que sobrellevar la situación.

Según su relato, durante la interacción con el supervisor nunca recibió ninguna agresión, pero sí fue ignorada fuertemente. Tanta era la subestimación hacia su trabajo que, frente a ella, el supervisor prefería tener la opinión de otro colaborador, aunque su profesionalismo y rendimiento fueran menores:

Había un ingeniero, uno de los jefes aquí en la minera; él siempre ha sido de la idea de que las mujeres no son para estar en la mina. Desde que yo lo conocí siempre me decía

que las mujeres no eran para andar en la mina. Nunca me faltó al respeto, pero sí externaba su pensamiento machista. Durante mucho tiempo me llegó a ignorar, me ignoraba así, tajantemente, estando al lado de mí. Si yo venía con mi ayudante, el ingeniero le preguntaba a mi ayudante. Aunque mi ayudante no supiera nada, prefería hablar con él que conmigo.

La falta de reconocimiento por parte de su superior terminó cuando, con base en trabajo, Clara encontró una veta que resultó muy productiva. A partir de ese momento, y sólo con la demostración de buen desempeño, tanto el supervisor como sus demás compañeros cambiaron el trato hacia la minera. El problema es que, a pesar de los logros, sigue habiendo trabajadores que continúan demeritando su trabajo.

Uno de esos trabajadores es otro superior con el que ella sigue colaborando. Él no la ignora ni demerita tajantemente su trabajo; sin embargo, muestra una evidente predilección por el desempeño masculino en la mina. Cuando la minera le muestra algún progreso importante en su área, el supervisor le reconoce el esfuerzo, pero cuando un compañero hace lo mismo, el reconocimiento se convierte en una celebración efusiva.

Ante todas estas situaciones, Clara asegura que no es fácil recibir el reconocimiento por parte de los compañeros mineros y que sí hay diferencias muy marcadas en el trato a una mujer y a un hombre en la mina. Esas condiciones convierten a la minería en un sector de difícil desarrollo laboral y profesional para la mujer, en gran parte porque no se reciben las motivaciones necesarias para continuar con el trabajo.

Algo muy parecido le sucedió a Elvira, quien a lo largo de 10 años ha desempeñado distintos puestos en la mina. En la entrevista, ella afirma que en un inicio no recibió ningún reconocimiento y que a lo largo del tiempo le ha costado mucho recibirlo: “Llegué a pasar muchas humillaciones con algunos compañeros; me decían que yo no servía para nada porque una mujer no puede hacer nada en el taller”.

La subestimación por parte de sus compañeros causó impotencia y coraje, sensaciones que sirvieron como impulso para demostrarse y demostrarles que sí era capaz de trabajar como minera: “lo que yo podía hacer me lo demostré, primero, a mí misma y a nadie más” —asegura—.

En una ocasión, algunos mineros estaban realizando trabajos que requerían el uso del marro. Con ese marro ellos golpeaban unas piedras y era necesario emplear gran fuerza para lograr el objetivo. Después de algunas horas, los golpeadores

se cansaron, pero el trabajo no estaba completo. El tiempo se acababa y, a falta de más personal, solicitaron la ayuda de Elvira para terminar la labor.

La oportunidad no podía ser mejor para la trabajadora: después de haber sido sobreprotegida y subestimada para realizar labores de fuerza, ella vio en esa petición la mejor manera de demostrarles a los demás de qué era capaz. La sorpresa de todos no se hizo esperar: la minera no sólo golpeaba bien con el marro, sino que golpeaba más fuerte que los demás y hacía el trabajo con mejores resultados:

Ellos me veían muy débil como para que yo pegara con un marro, pero en una ocasión no hubo hombres y me hablaron. Entonces yo agarré el marro y empecé a pegar; como vieron que pegaba un poco más fuerte que el ingeniero, le empezaron a echar carilla: “¿Qué pasó ingeniero? ¿Cómo que Elvira pega más que usted?”. Ahí fue en donde me empezaron a ver como una persona mucho más fuerte de lo que ellos tenían pensado.

A partir de esa experiencia, cuando los mineros se percataron de que Elvira no era una mujer débil, comenzó el reconocimiento hacia su labor. Desde entonces, la trabajadora que supuestamente necesitaba la protección de todos y que era incapaz de realizar actividades de fuerza se transformó en una mujer fuerte que puede participar en cualquier área de la mina sin tener problemas de desempeño, sino todo lo contrario.

A veces la indiferencia es la manera más ligera de no reconocer el trabajo de las mujeres mineras. A pesar de que ignorar a alguien puede ser un acto simbólico muy agresivo, en algunas ocasiones hay otros, como la confrontación directa, que rebasan esa agresividad y acarrear consecuencias más graves.

Magaly contó, entre lágrimas, lo que significa ser demeritada directamente. Su experiencia, quizá vivida por muchas más trabajadoras, es síntoma de un mal generalizado en varios sectores. A diferencia de las historias anteriores, el gerente de la mina le dijo a esta trabajadora que su labor carecía de importancia y trascendencia. La reacción natural de ella fue el desánimo y la frustración: “Una vez un gerente me dijo que yo no era necesaria y que mi trabajo no era sobresaliente. Me dijo tantas cosas que ese día lloré hasta media noche; no podía ni hablar porque fue muy feo lo que me dijo. Me dijo que no iba a crecer nunca porque era mujer, porque sólo era una ayudante”.

De acuerdo con lo compartido por ella, en ese momento pensó en renunciar a la mina y dedicarse a otra cosa. La decisión fue inmediata y estuvo motivada no sólo por la falta de reconocimiento, sino también por la agresión directa de su gerente.

Aún con lágrimas en los ojos, Magaly aseguraba durante la entrevista que nunca entendió por qué el gerente le dijo eso. Ella siempre ha considerado que su trabajo es apasionante y lo hace de la mejor manera porque le gusta; sin embargo, un golpe anímico como el propinado por el gerente la hizo dudar de su pasión, de sus capacidades y de su entrega.

Después de su problema con el gerente, la minera se recuperó progresivamente y volvió a adquirir la confianza que había perdido. Esa misma confianza en lo que hacía fue lo que después la volvió a involucrar en más conflictos con la misma persona. Ahora no sólo fue demeritada, sino también confrontada con sus compañeros porque su equipo de trabajo fue cuestionado: “Me llegaron a humillar y a decir cosas que de verdad sí me dolieron; también llegué a enfrentar a mi gerente a gritos. Ese tiempo no fue nada fácil, porque incluso llegaron a atacar a mi equipo de trabajo”.

La razón más lógica que Magaly encuentra para explicar las actitudes de algunos trabajadores en contra de las mujeres mineras es el machismo predominante en ese sector. Ese pensamiento es el causante de que muchos hombres demeriten el papel de la mujer en la mina, pero también en otros sectores no menos violentos. La incapacidad de algunos hombres para comprender que el trato con la mujer es distinto, dice, es causa de muchos conflictos: “A ellos se les hace muy fácil ser ellos mismos y en otros ambientes se les olvida que también hay mujeres. A nosotros nos hablan de una manera ruda y, si no lo asimilas, se vuelve muy feo. Eso le pasó a una compañera. Ella resistió mucho porque se quiso poner con un hombre y terminó con muchos conflictos”.

Después de tanto luchar contra las agresiones verbales y la falta de reconocimiento, ella encontró apoyo en sus compañeras y no renunció. El hecho de no haber renunciado y de haberse fortalecido de esa experiencia sirvió para que la trabajadora continuara con su labor y mejorara cada día.

Aunque nunca fue reconocida por el gerente con el que luchó para defender su trabajo, otros compañeros y, sobre todo, compañeras la motivaron para salir adelante: “El apoyo lo ves en otras personas y en otras mujeres que han vivido lo mismo que tú. Entre todas nos apoyamos y somos empáticas para poder apoyar a otras que pueden pasar por lo mismo”.

Al igual que Magaly, hay infinidad de mujeres no reconocidas en la mina y lo más natural es que ellas se pregunten por qué reciben un trato de mala calidad a pesar de realizar sus trabajos de la mejor manera. Ante ese cuestionamiento, son muchas las mineras que identifican una razón directamente relacionada con el pensamiento patriarcal y, específicamente, asociada con una masculinidad acomplejada.

Quizá una de las bases del machismo recalcitrante es el complejo de inferioridad que muchos hombres pueden sentir cuando una mujer los supera en algo. La idea de que el hombre es más que la mujer está tan insertada en las sociedades que, cuando la realidad demuestra lo contrario, el hombre no puede más que desplegar una serie de mecanismos de defensa; entre ellos, la agresión y la subestimación.

En el plano laboral, eso se convierte en un problema más complejo del que se percibe a simple vista, sobre todo cuando ocurre en un entorno masculinizado como el de la minería. Para comprender lo grave de la situación no es necesario ser minera; sólo hace falta imaginarse una escena en donde uno de los mineros sea superado por una mujer a los ojos de los demás. La reacción del trabajador es fácilmente previsible.

De acuerdo con la mayoría de las entrevistadas, el acomplejamiento del hombre es el origen de la falta de reconocimiento hacia la mujer y de los posteriores conflictos. Ese problema, concuerdan todas, no es un problema que deban solucionar las trabajadoras, puesto que ellas hacen su trabajo de la mejor manera; el problema es principalmente de los mineros, pero entre todos y todas deben colaborar para solucionarlo.

El primer paso para comprender que hombres y mujeres pueden trabajar en armonía es reconocer que cada uno tiene cualidades y defectos. En este sentido, es inevitable pensar que hay cualidades femeninas que difícilmente tendrá un hombre y viceversa. En el momento en que son reconocidas las características de cada sexo y que se comprende que existe una complementación, los problemas quedarían en un plano secundario.

Edna es una de las entrevistadas que entiende este punto y recalca que los hombres tienen cualidades con las que ellas no cuentan. Durante los primeros tres meses de prueba en la mina, a ella no le fue muy bien, principalmente porque tuvo problemas para convivir con los mineros. De acuerdo con sus palabras, los conflictos empezaron porque a los hombres no les gustó su presencia.

“Sí fue un poquito difícil convivir con ellos porque no quieren que haya mujeres, creo que es porque se sienten desplazados y dicen que cómo una mujer va a estar haciendo esos trabajos que son de hombre”, —dice la trabajadora—. El desplazamiento que posiblemente sienten los mineros obedece al acomplejamiento definido anteriormente; sin embargo, la misma entrevistada reconoce que cada uno de los sexos tiene características diferenciadas y que deberían de evitarse esos conflictos:

Ellos tienen a lo mejor más fuerza que uno como mujer, pero uno también tiene conocimientos. La fuerza que ellos tienen yo no la tengo; para mí es muy difícil cargar cosas

igual que ellos, cosas así de pesadas; pero el conocimiento del área o de algunas otras áreas sí lo tengo. Ellos tienen lo suyo y nosotros lo nuestro y no deberíamos de estar peleando por eso.

Entre las características femeninas de la mayoría de las mineras, Edna señala el orden, la responsabilidad y la pasión por estar en la mina: “yo pienso que uno es un poquito más cuidadoso en su trabajo por la responsabilidad que se siente, además de la disciplina que uno tiene”.

Sara está de acuerdo con su compañera respecto a las diferencias entre una mujer y un hombre en la mina. Desde su perspectiva, la mayoría de los mineros tienen a su cargo tareas más físicas que requieren de fuerza para ser realizadas. Eso no implica que una mujer no pueda realizarlas, sino que, dependiendo de las características de cada sexo, el trabajo desempeñado puede variar.

“Ellos trabajan más rudo, su trabajo es más rudo, más pesado; pero de todos modos no creo que haya más diferencia que eso”, —dice—. Como parte de su pensamiento y personalidad, Sara considera que es muy importante reconocer las capacidades de cada persona y alentarse entre todos para mejorar continuamente; sin embargo, eso es algo que no se realiza comúnmente, sobre todo cuando se trata de reconocer a una mujer.

Respecto a las cualidades del sexo masculino, todas las entrevistadas concuerdan en que los mineros siempre tendrán mayor resistencia en cuanto a la fuerza física debido a su genética. Ante eso, que es un hecho biológicamente innegable, no puede irse en contra ni tampoco negar el reconocimiento. Fuera de la característica física, como lo dice Dafne, hombres y mujeres son iguales y eso debe ser reconocido: “Las diferencias están físicamente en la resistencia o en la fuerza porque ellos tienen más, pero intelectualmente estamos a la par”.

Respecto a las características femeninas, hay varias que la mayoría de entrevistadas identifica y categoriza como sus fortalezas. Esas fortalezas, por supuesto, no son exclusivas, pero sí las representan. Al definir sus cualidades como mujeres, todas las participantes concordaron en que les gustaría ser reconocidas por ellas y que, más que ser excluyentes, dichas características son incluyentes: así como hay mujeres que también tienen una fuerza física comparable a la de algunos hombres, hay hombres que pueden ser como ellas en algunos aspectos.

Raquel es una de las primeras en asegurar que las mujeres mineras son mucho más cuidadosas en el momento de realizar las tareas asignadas. Además de eso, el impulso natural femenino de poner más atención y de trabajar en detalle las cosas coloca a las mineras como el personal adecuado para labores de precisión.

En muchas ocasiones, ella ha tenido que colaborar con compañeros de su misma área para ejecutar acciones similares; sin embargo, en el caso de ellos, siempre hay un mayor descuido en el momento de hacer lo correspondiente: “Yo creo que la mujer es más cuidadosa para hacer las cosas. Me ha tocado trabajar con compañeros geólogos y creo que son más atrabancados; no tienen tanto cuidado en el momento de hacer las cosas, así como tampoco tienen la responsabilidad y el detalle de hacerlo como las mujeres”.

El orden es una cualidad que cualquier persona con disposición y disciplina puede tener, pero ese rasgo de personalidad es algo que Delia identifica automáticamente con la mujer. Su asociación casi inmediata se debe a la experiencia como minera, pues casi todos los compañeros con los que ella convive diariamente no se distinguen por el orden en sus acciones, en sus lugares de trabajo ni en ellos mismos. “Los compañeros hombres casi siempre son más desordenados, nosotros siempre somos mucho más ordenadas”, —asegura—.

A pesar de ese orden proyectado por las trabajadoras mineras, Delia cree que, por el hecho de ser mujeres, no son reconocidas. Para ella, como para muchas de sus compañeras, el orden es muy importante en la mina debido a todos los riesgos a los que todos están expuestos. No obstante todo el orden que puedan tener, las mujeres mineras siguen siendo limitadas en muchos aspectos y subestimadas cuando son comparadas con los hombres: “como somos mujeres, nos limitan. Siguen pensando que no vamos a poder porque no tenemos la fuerza como un hombre”.

Respecto al orden y la disciplina en la mina, Mónica considera que el hecho de no ser reconocidas podría tener implicaciones más graves de las pensadas. Igual que Delia, Mónica opina que el orden es crucial para el buen funcionamiento de la mina y, lo que es más importante aún, para evitar accidentes o catástrofes de alto impacto.

En la minería, como en muchos otros sectores de cuidado, los riesgos son altos y un error de seguridad podría ser fatal para la mayoría de los trabajadores. El orden y la disciplina son características que cualquier empleado de mina debería de tener en primer lugar, pero no siempre es así. Según Mónica, las mujeres mineras destacan por esas necesarias cualidades de seguridad, mientras que los mineros suelen ser tan desordenados que ignoran protocolos esenciales y arriesgan la integridad de todos: “Ellos son un poco más descuidados. Hay ciertas reglas que se tienen que seguir, como las de seguridad, y a ellos sí muchas veces como que les vale y hacen las cosas como quieren; ponen en riesgo a muchos de los que estamos aquí. Yo como que siento que nosotras somos más apegadas a las cosas y a seguir bien las instrucciones”.

El ejercicio de distinguir las fortalezas de hombres y mujeres mineros tiene como intención solamente eso y no es, de ninguna manera, un pretexto para señalar las debilidades de los demás. Es un hecho que, por fisiología y por cultura, las personas de un sexo pueden tener ciertas características que las del sexo opuesto no tienen. Reconocer esto contribuye a unir más que a separar: en las diferencias se encuentra el complemento.

El único objetivo de decir que las mujeres mineras son más ordenadas, disciplinadas y meticulosas que los compañeros mineros es, según las entrevistadas, buscar el reconocimiento de las habilidades femeninas y el valor que pueden tener en una industria complicada como la minería.

No son pocas las participantes que están de acuerdo en que si se reconocieran más los aportes de las mujeres a la minería, ese sector se enriquecería y sería socialmente más equitativo. Ruth, por ejemplo, está convencida de que la mujer tiene mucho futuro en las minas y que, de ser reconocida, fácilmente podría alcanzar puestos importantes para aportar su visión desde ahí:

En este campo hay mucho futuro para la mujer, por lo mismo de que tiene gusto de hacer las cosas. Lo que la detiene es siempre aquel miedo de no poder crecer. Si la mujer quisiera, podría llegar a ser una superintendente o gerente; es cuestión de dedicarle tiempo y querer, porque sí se puede. También es importante que sea reconocida y que sea tomada más en cuenta.

El sueño de Ruth es precisamente convertirse en gerente o superintendente, a pesar de las barreras y del poco reconocimiento que pueda recibir. En ocasiones, ella ha tenido que lidiar con subestimaciones e impedimentos por el hecho de ser mujer; incluso, ha peleado con varios de sus compañeros cuando la presión es tanta que no ha podido postergar la confrontación.

A pesar de esos problemas derivados de su condición y de los impedimentos que ha encontrado en el camino, poco a poco ella ha sido valorada como lo que es: una mujer trabajadora que tiene mucho para aportar al desarrollo minero de su empresa y, quizá, a un nivel más global.

Entre las entrevistadas hay también mujeres que han sido reconocidas y que son testigos de lo que puede alcanzarse con el esfuerzo y la perseverancia. Luisa es una de ellas y confiesa que la mayor satisfacción de su trabajo ha sido lograr el reconocimiento de sus compañeros. Afortunadamente para ella, no pasó mucho tiempo para que eso sucediera.

Laura es otra de las trabajadoras que, desde el inicio, fue bienvenida y su trabajo fue reconocido rápidamente. Ella atribuye ese beneficio a la pertinencia que

tuvieron sus superiores en el momento de ubicarla en su puesto. De acuerdo con su pensamiento, siempre hay un lugar al que corresponden las personas y, cuando se encuentra ese lugar, todo funciona adecuadamente.

Laura es metalurgista y su puesto implica revisar el mineral, determinar su proceso para tratar de obtener la mejor calidad, inspeccionar los trabajos dentro de la operación y varias funciones más. Ella considera que está en donde debe estar y que, gracias a la superación de obstáculos y el esfuerzo, ha llegado hasta ahí y a ser reconocida por su trabajo: “Siempre he tenido proyección dentro de la mina. Encuentras el lugar de acuerdo con tu trabajo; no es verdad que te ponen obstáculos, los obstáculos te los pones tú. En cualquier trabajo hay competencia por que ya las mujeres están conociendo lo que es trabajar y están conociendo de qué son capaces”.

Tal es el esfuerzo y la perseverancia, que existe una mujer que encarna el sueño de Ruth: Liliana es gerente de Planeación y Control y obtuvo ese puesto por su trayectoria y dedicación. De hecho, ella es una de las tres gerentes mujeres que encabezan la mina en donde trabaja. El total de gerentes en su mina son cuatro y tres son mujeres, una situación que para muchos parecería impensable.

Al preguntarle a qué se debe haber alcanzado ese puesto, Liliana responde que lo más importante es tener lealtad y fortaleza, cualidades importantes en la mina y en cualquier sector. Esas cualidades a las que la gerente se refiere, ella misma las identifica más con lo femenino que con lo masculino; sin embargo, asegura que cualquier persona puede tenerlas y salir adelante a partir de ellas.

La clave para llegar a donde ha llegado, dice Liliana, es estar consciente de que la minería es un sector difícil y de que se va a tener que luchar mucho para sobresalir y ser reconocido, sobre todo si se trata de una mujer. No obstante la posible desventaja que pueda tener la mujer minera, ella afirma que, tanto la mujer necesita al hombre como él la necesita a ella.

La clave para lograr ese equilibrio es nunca tener dudas acerca de la capacidad para hacer las cosas ni dejarse intimidar por nadie. Tampoco es útil proyectar una imagen de vulnerabilidad y dependencia porque eso puede ser motivo de desprestigio y de abuso de poder. Lo más importante es, asegura la gerente, mantenerse firme ante cualquier situación y no dejarse caer a la primera.

Una vez logrado eso, la mujer puede ser capaz de llegar hasta donde se lo proponga y lograr ser reconocida por sus cualidades y calidad de trabajo. “El director general confía su empresa a tres mujeres porque las ha probado en situaciones buenas y en malas. Y si bien tienen errores, todas han dado pruebas de lealtad y fortaleza”.

PASIÓN Y AUTORREALIZACIÓN,  
ALIMENTO PARA EL ESPÍRITU

—Hay una cosa que no entiendo, hasta ahorita, después de más de 50 entrevistas que he hecho; ninguna de ustedes me ha dicho que quiera cambiar de trabajo o algo así. Todas me han dicho que ha sido difícil trabajar en la mina, pero también todas están muy contentas y emocionadas por trabajar ahí. ¿A qué se debe tanto encanto por la mina?

—Es la emoción. A mí me encanta estar en la mina porque todo es muy hermoso acá abajo. El ambiente, los olores, la iluminación, el trabajo que hago; todo me encanta. Yo también me imaginé que iba a ser más feo y peligroso, pero la verdad es que no. A mí todo de aquí me encanta.

—Yo esperaba que hubiera más quejas o que varias de ustedes dijeran que ya no quieren seguir trabajando aquí, pero que es la única forma de seguir adelante, pero no. Todas han hablado de sacrificios, pero ninguna cambiaría su trabajo, aunque tengan que seguir sacrificando varias cosas.

—Es por la pasión y el amor. A mí y todas las compañeras con las que he platicado nos apasiona estar en la mina. Es un trabajo muy bonito y todas nos terminamos enamorando de él.

El encanto que Ángela expresa respecto a su trabajo en la mina es compartido, sin excepción, por todas las entrevistadas. A pesar de las múltiples adversidades y las negativas que la mayoría de las mujeres mineras han recibido, además de los sacrificios que cada una hace para cumplir con sus jornadas laborales, ninguna cambiaría su trabajo por algún otro.

Esto, más que causar un extrañamiento negativo, sorprende gratamente. Con todo lo que implica ser minera, cualquiera esperaría que en la primera oportunidad las trabajadoras cambiaran el entorno minero por uno sin tanta exigencia ni hostilidades. Lo sorpresivo es percatarse que no sólo no es así, sino todo lo contrario.

La emoción predominante de cada minera es la pasión. La pasión por la mina dirige las voluntades de todas las entrevistadas y las mantiene fuertes ante los problemas del sector. Sin esa pasión sería difícil entender, para los ojos ajenos, la perseverancia y esfuerzo diario de las trabajadoras mineras.

Para alcanzar a comprender un poco de esa emoción compartida por todas las mineras entrevistadas, es necesario situarse en su lugar y tratar de entender que la pasión está íntimamente relacionada con su desarrollo personal y profesional. También es importante considerar, en la valoración de sus experiencias, que las mineras actuales son pioneras en el ramo minero, algo que seguramente alimenta su pasión.

En ese sentido, pasión y autorrealización van de la mano como principales causantes de satisfacción laboral. Aunque el beneficio económico y el apoyo hacia la familia son cruciales para el empuje, la pasión y autorrealización son los impulsos personales encargados de la fortaleza requerida diariamente.

Entre las muchas experiencias compartidas por las entrevistadas, la de Elvira llama fuertemente la atención debido a la emotividad contenida en sus palabras. En sus inicios en la mina, ella no era muy bien vista por ser mujer y por participar en las actividades “exclusivas” de los hombres. Al igual que otras de sus compañeras, su reacción no fue negativa, sino al revés: su pasión la llevó a involucrarse en todas las actividades posibles en donde pudiera aprender algo: “Me gustaba mucho andar de metiche, en el aspecto de que, si yo pasaba por el taller de soldadura, yo me quedaba a ver qué hacían. Incluso, cuando no teníamos mucho trabajo nos invitaban para allá a que nos enseñáramos. Algunos decían que por qué iba si era mujer; muchos no me querían con ellos y me decían que no estuviera ahí”.

Después de un tiempo, y conforme sus compañeros se fueron acostumbrando a su presencia, la minera era recibida en varios lugares. De acuerdo con ella, el gran aprendizaje logrado en la mina ha sido causado por las ganas de hacer las cosas, independientemente de cuán pesado sea el trabajo o del rechazo inicial de los trabajadores.

Actualmente, Elvira es solicitada para varios trabajos que requieren fuerza y habilidad. Esa aceptación no sólo la impulsó a continuar trabajando como lo había estado haciendo; también la llenó de pasión por la mina y por sus labores dentro de ella. La pasión que hasta ahora tiene es resultado del sentimiento de autorrealización provocado por la aceptación y el reconocimiento por parte de sus compañeros y compañeras.

La pasión de la trabajadora fue evidente desde el inicio de la entrevista: todas las respuestas fueron contestadas con una emoción pocas veces vista en otros sectores.

—¿Te gusta la mina?

—Me fascina. Me fascina entrar, olerla, salir y antes de salir oler todo para quedarse con esos olores al final. Me fascina todo.

—Es muy claro que te encanta trabajar aquí.

—Sí, me encanta; es una pasión bien bonita. Incluso hay veces que encuentro piedras por ahí tiradas, las veo, las analizo y les hago ver a mis compañeros lo hermosas que están. Aunque para ellos parezca que las piedras están horribles o que no son para tanto, para mí están bien lindas porque amo la mina, me fascina la mina.

Esa pasión surgió desde el primer día en que ella entró a trabajar y, hasta ahora, conserva esa misma emoción inicial; de hecho, confiesa que nunca le gustaría

salir de la mina y trabajar en otro lugar. El futuro con el que sueña es muy claro: quiere seguir siendo minera por el resto de su vida y sería ideal que, aun con avanzada edad, pueda seguir trabajando bajo tierra. “Ojalá Dios me permita estar aquí hasta que yo llegue a fallecer” —asegura—.

Otra de las mineras encantadas con su trabajo es Bárbara. Ella también disfruta de muchas cosas exclusivas de la mina, como los olores y el ambiente tranquilo que se percibe bajo tierra. Según lo compartido por ella, al principio sentía miedo de estar encerrada y por eso había dudado mucho en trabajar en la mina.

Originalmente, Bárbara no iba a ser empleada permanente. Cuando comenzó a trabajar en la mina, la ahora trabajadora de planta estaba cubriendo un puesto temporal; sin embargo, después de la experiencia vivida quiso quedarse y buscó la manera de conseguir un contrato permanente: “Mi contrato iba a ser temporal, solamente estaba cubriendo una incapacidad y me quedé por un rato nada más. Cuando ya iba a finalizar mi contrato, no sabía qué iba a hacer, no quería trabajar en otro lugar porque sí se enamora uno de la mina, es demasiado bonita y no es fácil irse después”.

Actualmente ella trabaja en polvorines y, a pesar del temor original de estar bajo tierra, el aislamiento de su trabajo es una de las cosas que más disfruta. Tal es el gusto de desempeñar su trabajo que, más que una obligación, lo ve como algo favorable en el ámbito profesional, pero también en el personal: “Me gusta ir a la mina; bajar es como una terapia porque te aleja de todo”.

La pasión por la mina ha llegado a ser tanta que, a pesar de estar lejos de su casa y de querer estar con su familia en los tiempos libres, Bárbara cuenta los días que faltan para regresar a trabajar. Eso no significa que prefiera estar en un lugar más que en otro, sino que, cuando algo se disfruta tanto, ese algo se vuelve imprescindible en la vida diaria de las personas: “Cuando estoy en mi casa extraño ese olor a humedad y a tierra. No sé, lo extraño demasiado y es raro querer regresar tan pronto, pero es que me encanta la mina porque tiene algo que cualquier persona que entre ahí quiere regresar. Uno se enamora, no sé por qué, es un reto estar dentro de mina y eso te llena de emoción”.

El reto de estar en la mina es, para la entrevistada, uno de los factores detonantes de su pasión. Demostrarse a sí misma que es capaz de realizar las actividades que otras mujeres no quieren hacer, además de demostrarle a los demás que ser mujer no es impedimento para trabajar en la mina, son grandes satisfacciones que han contribuido para que ella se sienta autorrealizada. En su caso, pasión y autorrealización son indivisibles y una alimenta a la otra. Por esa razón, ella tampoco cambiaría de trabajo, aunque eso representara más flexibilidad en varios aspectos: “La verdad, no me cambiaría porque, como usted misma lo dice: los

amigos, la familia, la pareja y muchas otras personas no están de acuerdo en que trabajemos aquí y ése es uno de los retos que implica estar en este lugar. Creo que uno termina enamorándose de eso, del reto de demostrarles a todos que yo soy diferente y que sí puedo hacer las cosas de la mina”.

La predisposición a encontrar un ambiente complicado y muchas barreras para desempeñarse de manera satisfactoria es, paradójicamente, una de las razones por las que todas las mineras adquieren una fuerte pasión por lo que hacen. No es algo extraño que después de haber sido “bombardeadas” con negativas y dudas durante los primeros pasos en la minería, las mujeres trabajadoras encuentren dicha en hacer las cosas bien y en demostrarle a los demás que estaban equivocados.

La demostración, en este caso, no tiene nada que ver con algún tipo de soberbia o vanagloria gratuita, sino en percatarse de que cualquier persona es capaz de realizar cualquier actividad si está convencida y empeñada en lograrlo. Una mujer que le demuestra a los demás que estaban equivocados respecto a su “poca capacidad” y que cometieron un error al subestimarla, se siente autorrealizada y adquiere una pasión sin igual.

Las expectativas de Tamara cuando llegó a la mina obedecían a las advertencias exageradas y a la subestimación de la mayoría de las personas en su entorno. Durante mucho tiempo había escuchado que la mina era muy peligrosa, que no era lugar para una mujer y que se arrepentiría de involucrarse en un ambiente tan hostil.

El primer día, ella llegó a la defensiva y con mucho temor de sufrir un accidente. Según pensaba, no podría ser de otra manera después de todo lo que le habían dicho sus familiares y amigos. El miedo y la preocupación, sin embargo, no tardaron en irse para dar pie a una sorpresa y fascinación por su nuevo trabajo: “Mi primer día sí fue difícil porque no sabes qué esperar. Estás acostumbrado a muchas cosas menos a una mina, ¿no? Prácticamente vas así como con el Jesús en la boca, así con la curiosidad de cómo es adentro y de qué va a haber porque realmente es algo que desconoces. Ya cuando entras y ves todo, te das cuenta de que es una cosa hermosa”.

La mayor sorpresa de Tamara durante su trayecto en la minería ha sido contemplar la complejidad de la tierra y los productos minerales que provienen de ella. Para la entrevistada no existe otro lugar de trabajo en donde pueda disfrutarse tanto de la naturaleza y pueda adquirirse tanto conocimiento sobre el planeta: “Por ejemplo, estando yo adentro, es diferente porque a mí lo que me encanta y realmente me fascina es ver cómo en la tierra pueden crecer cosas tan hermosas. No entiendo cómo puede ser posible que una cosa tan hermosa crezca ahí. Todo esto de las piedras y los minerales es algo muy hermoso”.

Además de lo maravilloso que resulta ser testigo de las formaciones minerales, de su extracción y del proceso de limpieza, Tamara califica su trabajo de emocionante. Ella, como muchas otras, es una de las mineras que baja cientos de metros para desempeñar su labor a esa altura. El descenso tan acentuado y la adrenalina que eso implica son cosas que la trabajadora no cambiaría por nada; ahí, entre la oscuridad, la humedad y los sonidos huecos, encuentra su gran pasión laboral.

Valeria es otra de las trabajadoras que está maravillada con la belleza subterránea, pero también externa de la tierra. Para ella es un privilegio trabajar en la mina porque tiene la oportunidad de ver cosas que muchas personas nunca verán; entre esas cosas están las formaciones rocosas en capas. Para ella es posible ver esas estructuras gracias a que la mina en donde trabaja es a cielo abierto.

La magnífica vista que tiene de la mina, además del aprendizaje diario que implica trabajar en un ambiente desafiante, son el origen del entusiasmo y de la pasión de Valeria en su día a día, una pasión que la ha llevado a conocer su potencial como mujer y como minera: “Cuando empecé a conocer más el tajo y las entrañas de la mina, me emocioné. De ver lo bonito que es la naturaleza y cómo es de grandiosa, cómo forma mil estructuras y cómo hay mil tipos de rocas... es impresionante. Cuando empecé a conocer un poco más el tajo, me gustó mucho y me dio mucho gusto trabajar aquí”.

Algo que es común entre las mineras es reconocer que gran parte de su ánimo para trabajar en la mina lo obtienen no sólo del lugar en donde laboran y de sus peculiares características, sino también de la sensación de crecimiento que les proporciona la industria minera. A diferencia de muchos otros lugares para laborar, la mina representa un esfuerzo mucho más grande y, por lo tanto, las satisfacciones son mayores.

Hablar de retos superados también es algo común entre las mujeres mineras. Muchas veces todos los que las rodean se encargan de ponerles retos sólo por el simple hecho de subestimarlas, pero cuando las cosas resultan favorables para ellas, no pueden más que alegrarse por lo conseguido.

Quizá algunas de las mineras que más retos han tenido que superar son las conductoras de camiones o de maquinaria pesada. A primera vista, pensar en una mujer conductora de camión minero o de máquina de uso pesado no es extraordinario, pero la realidad va mucho más allá que la imaginación: sólo hace falta ver el tamaño de los camiones y de la maquinaria para percatarse que no es tarea fácil, ni siquiera para un hombre.

Leonor es una de esas mineras que tuvo que superar infinidad de retos para estar en donde está ahora. Cuando llegó a la mina, nunca imaginó que iba a

conducir un camión que es capaz de transportar varias toneladas de piedra y de mineral.

En su solicitud, ella había especificado que no sabía manejar y le dieron un puesto que no requería de esas habilidades; sin embargo, una vez dentro de la industria y ante las necesidades de la empresa, le pidieron que se capacitara para ser conductora. La sorpresa no se hizo esperar: ella había visto la magnitud de los camiones y le parecía imposible dominar la técnica de manejo necesaria: “Yo no sabía manejar cuando entré a trabajar aquí, aquí me capacitaron. Yo sentía que no iba a poder porque no sólo me enseñaron a manejar, sino también a conocer las partes del camión, eso de aprendérselas a mí se me hacía imposible. Poco a poco fui conociendo sobre eso, me fui informando y aprendí a manejar el camión”.

Cuando Leonor abordó por primera vez el camión que le correspondía y encendió el motor, el nerviosismo y la adrenalina la dominaron. Sabía que iba a ser difícil, pero no se imaginaba que lo sería tanto: entre la teoría y la práctica había una enorme diferencia. Sin más dudas, y confiando en su capacidad, comenzó a acelerar hasta lograr adaptarse a su nuevo trabajo.

Actualmente la conductora sigue manejando su camión y ahora todo le resulta más fácil. El nervio ha desaparecido y domina la conducción sin problema. Lo más importante para ella de esta experiencia es haberse dado cuenta de que los retos sirven para percatarse de que todas las personas tienen la capacidad para hacer algo y de que es necesario quitarse el miedo para lograrlo: “darme cuenta de eso fue lo que más me llenó de satisfacción. Me gusta mucho lo que hago”.

Entre las entrevistadas hay otras dos conductoras de camión que comparten experiencias similares. Las sensaciones ocasionadas por saber que serán las conductoras de camiones gigantes con la capacidad de transportar decenas de toneladas, y al que es necesario subir con una escalera, no son las más comunes. Incluso hay algunas mineras que, al verse enfrentadas a esa desafiante tarea, han optado por no aceptar la oferta.

Amparo estuvo muy cerca de renunciar a la mina y de regresar a su casa cuando vio el camión que manejaría. Desde el momento en que sus ojos dimensionaron aquel transporte en el que trabajaría diario, reconsideró su estancia en la mina. Para ella, conducir una máquina de ese tamaño era imposible y arriesgado; lo mejor sería, por su bienestar y aprecio a la vida, irse de ahí cuanto antes.

Yo misma me decía que no aguantaría ahí, manejando eso. Entonces yo le hablé a mi mamá y le dije que me quería regresar; ella sólo me contestó que, si no me gustaba, lo dejara y me regresara. Ya estaba decidida cuando mi hermano me animó y me dijo

que no le quedara mal a él y a los demás. Por no quedar mal, volví. Ya cuando regresé y volví a ver el camión, me llené de valor y me dije: “si las demás pudieron, por qué yo no voy a poder”.

El reto más grande que Amparo ha tenido en su vida ha sido conducir el camión. El dominio de sus emociones y la técnica de conducción no fueron inmediatos, se requirió de tiempo y paciencia para lograr lo que ahora hace de manera natural. En un principio, como todas las conductoras, el nerviosismo se hizo presente; sin embargo, pasó poco tiempo para que esas sensaciones desaparecieran: “Yo me repetía que no iba a poder, le juro que todo me temblaba. Ya cuando me subí y empecé a manejar, se me calmaron los nervios y todo salió bien”.

El caso de la otra conductora implica una fobia y el esfuerzo en superarla para poder trabajar en la mina. Si bien el nerviosismo y la impresión de enfrentarse con algo tan imponente como un camión minero son grandes, puede considerarse que son parte del extrañamiento natural. Las fobias, sin embargo, no son asuntos fáciles de dominar. ¿Qué pasaría, entonces, cuando una persona con temor a las alturas tiene que manejar diariamente un camión que tiene que abordarse con escaleras de varios metros?

Raquel tuvo que enfrentarse no sólo al reto de conducir el enorme camión de volteo, sino también al reto de enfrentar sus miedos más profundos para hacerlo de la mejor manera. A diferencia de las dos conductoras pasadas, ella lidió con problemas adicionales, pero también obtuvo una gran satisfacción cuando superó sus límites.

¿Cuál pudo haber sido la motivación de esta última conductora para lograr algo tan difícil? Ser consciente de que en la vida hay retos y de que tienen que ser superados para crecer como persona, sobre todo cuando aquellos que la rodean dudan de ella y sólo contribuyen a sembrar dudas. Demostrarles a todos que estaban equivocados y que no se debe cuestionar la capacidad de alguien sólo por ser mujer son la gasolina de Raquel y de su camión.

Como que piensan que es demasiado pesado y muchos no nos creen capaz de hacerlo. Yo desde un principio dije que quería este trabajo y que daría todo para poder hacerlo bien. A mí me motiva el hecho de que muchos digan que ellos no se animarían porque es muy difícil y que yo tampoco podría hacerlo. Yo sí pude y puedo hacer otras cosas que la gente no me cree capaz de hacer por miedo.

La ahora conductora no llegó a la mina para ser eso sino personal de mantenimiento; para eso había estudiado y para eso había entrado a la mina. Cuando le avisaron que recibiría capacitación porque sería trasladada a otra área, ella lo vio como una oportunidad de superarse y de conocer cosas nuevas. Al ver el camión por primera vez y darse cuenta de que manejarlo sería su nuevo trabajo, también dudó sobre su estancia.

Además del miedo a las alturas con el que había lidiado toda su vida, también era consciente de que, durante las temporadas de lluvia, manejar los camiones es algo muy peligroso debido al derrape natural que provoca la humedad en los caminos. Lo primero que pensó fue en irse de la mina y encontrar otro trabajo; sin embargo, no tuvo la oportunidad de hacerlo porque desde el primer día, antes de poder pensarlo bien, la dejaron conducir sola y ya no hubo vuelta atrás: “Me dejaron sola, me liberaron el primer día. Me acuerdo que ese día llovió y, con miedo y todo, lo manejé. Como nadie me presionaba, pude aguantar la responsabilidad y ya después fui venciendo el miedo”.

Actualmente, Raquel, ya sin miedo ni preocupaciones, sigue conduciendo su camión y ama su trabajo. Los retos del cambio de puesto representaron para ella, en un principio, la razón perfecta para cambiar de trabajo y no arriesgarse. Ahora ella está consciente de que irse hubiera sido la peor decisión porque no se hubiera enfrentado a sus miedos. La mayor satisfacción laboral y personal que ha tenido hasta ahorita es superarse a sí misma y demostrar que es capaz de hacer cualquier cosa que se proponga: “Vencí mi miedo a las alturas y eso es muy importante para mí; me encanta lo que hago”.

Más de la mitad de entrevistadas concuerda en que otro de los factores principales de desarrollo personal y profesional para ellas es el aprendizaje diario. Es necesario que cada una de las trabajadoras tenga la capacidad de improvisación porque las tareas en la mina son, generalmente, cambiantes.

La resolución de problemas imprevistos y la capacidad de improvisación son características del trabajo minero y mantienen a todas las empleadas a la expectativa de cualquier situación. El mismo carácter impredecible de la mina mantiene el interés y la constante capacitación, rasgos cruciales para el dinamismo laboral.

Dalia es una trabajadora que ha tenido experiencia en otros sectores, además del minero, y para ella en ninguno de ellos había sentido que crecía tanto profesionalmente como ahora. Cuando se le pide que defina sus trabajos anteriores, la palabra más adecuada que encuentra es “estáticos”. Eso no significa que no existan retos en otros lugares; sin embargo, ella no había encontrado un sitio en donde tuviera que explotar todas sus cualidades al máximo: “Esto es un mundo gigante, nunca terminas de aprender” —dice—.

Las ganas de seguir aprendiendo, además de superarse a sí misma en cada actividad que desempeña, es algo que Dalia no quiere cambiar. Ella está convencida, debido a su experiencia, de que en ningún otro trabajo encontrará las mismas exigencias de la mina. Eso no es malo, dice, ni tampoco es causante de estrés, sino de satisfacción y orgullo.

En el nivel profesional he aprendido mucho. Yo creo que lo más satisfactorio es el aprendizaje: día a día se aprende algo nuevo, es un mundo tan gigante, que todos los días aprendes algo nuevo y te sientes satisfecha de siempre estar activa. Yo con mi trabajo estoy muy fascinada y espero seguir así. Cuando tú haces algo que te gusta y que te apasiona, no hay imposibles y lo difícil se hace más fácil.

Otra de las trabajadoras que ha aprendido mucho y sigue aprendiendo diariamente es Consuelo. Debido a su carácter, ella necesita encontrar retos en cada una de las cosas que hace. Eso implica que, para superar los retos, necesita estar aprendiendo cosas nuevas en cada momento. Su exigencia no es común: hay infinidad de personas que prefieren conformarse con lo ya logrado antes que plantearse nuevos desafíos.

Para la entrevistada eso no es parte de su personalidad. Conformarse con lo que ya se tiene es quedarse siempre con lo mismo y eso lleva a la mediocridad o a la falta de motivación por hacer cosas distintas. En la mina, asegura, es muy difícil conformarse porque siempre hay cosas nuevas que hacer y que aprender; nunca nada es igual porque es un trabajo que desafía a cualquiera: “A mí, en lo personal, me ha gustado mucho este tipo de trabajo. Me gusta porque soy una persona inquieta y aquí aprendes a diario; además, yo siempre trato de saber lo más que se pueda sobre todo”.

El aprendizaje continuo que ofrece trabajar en la mina no sólo se da en el plano laboral. Es cierto que muchas de las mineras encuentran en su trabajo varios incentivos diariamente para continuar activas y aprendiendo; sin embargo, las cosas nuevas que se aprenden trascienden la mina y llegan hasta el ámbito personal.

Hasta ahora se ha hablado del continuo aprendizaje del oficio minero y es claro que la capacitación y autocapacitación constante hacen de la mina un lugar dinámico de trabajo. De hecho, Paloma concuerda con esa visión de dinamismo que otras mineras resaltan sobre otras cosas: “Aprender es mi mayor satisfacción de mi puesto, es un puesto en el que tienes que estar aprendiendo mucho siempre”.

A pesar de su declaración, la minera asegura que ha obtenido un aprendizaje más importante estando en la mina y que ese aprendizaje es igual de desafiante

que el requerido por la mina. Ella ha aprendido a adaptar su vida a las diferentes circunstancias con las que se enfrenta día a día.

Así como hay un constante aprendizaje acerca de técnicas, maquinaria, teoría y actividades mineras, Paloma asegura que también hay un constante aprendizaje acerca de las circunstancias y situaciones de la vida diaria. Entre éstas, ella destaca la compatibilidad con la familia, los amigos y las demás personas de alrededor: “Tienes que hacer un plan de vida y ése es otro reto para mí: compatibilizar mi estilo de vida con todo lo demás. Como minera, todo es muy distinto y siempre aprendes de algo; técnicamente te preparas bastante y personalmente es un reto muy grande. Aprendes que hay que valorar todo lo que te da la gente con sus aportaciones”.

Las experiencias de estas mineras, dinámicas y exigentes con su trabajo, sirve para hablar de un tema central en el desarrollo laboral de la mujer. Para comprender por qué todas ellas comparten la misma pasión y sienten su trabajo como el lugar de su autorrealización, es necesario retomar algunas cuestiones expuestas durante el libro.

Lo primero por tomar en cuenta es que la mayoría de las mineras entrevistadas no han sido apoyadas por su familia, ya sea pareja, hijos, padres o hermanos. También es necesario recordar que casi todas las entrevistadas, además de no tener apoyo, han sido violentadas de alguna manera y forzadas a desempeñar el papel que socialmente les corresponde por ser mujeres.

Las mineras que, con base en esfuerzo y rebelión sana, han logrado llegar a la mina y encontrar en ella una serie de satisfacciones personales no sólo han sido capaces de cumplir sus deseos, sino de, muchas veces, salirse de un entorno familiar desfavorable.

Otra cuestión que debe considerarse es el rechazo laboral generalizado. Como se ha visto en este capítulo, todas las mineras han tenido que demostrar su capacidad para realizar las actividades de la industria porque son subestimadas y demeritadas desde su llegada. Esto es diferente para los hombres, quienes, por el hecho de su masculinidad, no son sometidos a pruebas de aceptación.

Por donde se vea, la mujer trabajadora tiene que desarrollarse en contra de la corriente de desacreditaciones y críticas negativas que la rodean. Muchas veces, al no poder soportar más, tiene que frustrar sus reacciones porque no le es permitido alzar la voz ante la supremacía masculina y, en muchos casos, ante el boicot por parte de su mismo sexo.

Cuando muchas de las mineras entrevistadas llegan a su lugar de trabajo, encuentran en él un escape adecuado y productivo a los entornos nocivos que las rodean. La mina, entonces, funciona como un refugio positivo para aquellas trabajadoras cuya relación con el exterior no es del todo agradable.

Tal como en las viejas mitologías prehispánicas, en donde las cuevas y minas simbolizaban el vientre materno y, por lo tanto, eran lugares de reposo, tranquilidad, reestructuración y nacimiento, las minas actuales representan para las trabajadoras ese lugar placentero en donde pueden recogerse, ser ellas mismas, realizarse y olvidar el exterior para escuchar sus voces internas y resolver sus problemas.

No son pocas las participantes de este libro que están encantadas con la mina por proporcionarles ese lugar necesario para el recogimiento y la calma. Bajo tierra, sin luces, sonidos, personas o cualquier elemento intrusivo, decenas de mineras se encuentran a sí mismas y disfrutan de un genuino silencio. Hay quien, incluso, se apropia de ese lugar subterráneo e imagina que es poseedora de toda la tierra; ese ejercicio ayuda a recuperar la seguridad perdida debido a los constantes ataques en el exterior.

Cassandra es una de las mineras que más disfruta esa condición dentro de la mina, a pesar de que en un principio no era así. Cuando recién llegó, su principal temor era la oscuridad de la mina porque no estaba acostumbrada a esas condiciones de trabajo: “Me asombré y me dio miedo la oscuridad”.

Conforme se fue acostumbrando al trabajo, también se percató de que la oscuridad significaba tranquilidad y que esa tranquilidad, a su vez, era muy necesaria en su vida porque en ningún otro lado la encontraba. Esa desconexión que ella experimenta cuando entra a la mina es parte fundamental de su reflexión diaria sobre los aspectos de su vida: “estando sola me gustó el trabajo y la tranquilidad que se sentía en la mina”.

Hasta ahora Cassandra considera que trabajar en la mina ha sido lo mejor que le ha pasado porque significó un cambio importante en su vida. Al salir del entorno negativo en donde estaba antes y encontrarse con que la mina puede ser un lugar lleno de paz, ella tuvo la oportunidad de balancear las cosas y de darse cuenta de la importancia de muchas de ellas.

Lo que más aprecia de su vida en la mina es la madurez y el crecimiento personal que ha tenido desde que entró a trabajar. Conforme pasó el tiempo en la mina, la trabajadora se percató del gran valor que tiene como persona y de lo importante de su contribución para los demás. También aprendió a valorar todo lo que le rodea y a identificar a aquellos que quieren entregarle su cariño y aprecio: “Aprendes a valorar muchas cosas; maduras y ves las cosas de distinta manera; es algo muy bonito. Cambié en cuanto a madurez, me centré más en mi vida y empecé a ser más cuidadosa conmigo y con los demás; también me apasionó más el trabajo dentro de la mina y me di cuenta de que era capaz de hacer muchas cosas ahí”.

Otra de las grandes experiencias de autorrealización es la de Ingrid. Al igual que el caso anterior, para esta entrevistada la pasión por la mina está íntimamente relacionada con el sentimiento de autorrealización y calma que ofrece el sector minero. Al llegar, como otras, el concepto que la minera tenía sobre su nuevo lugar de trabajo era distinto al que ahora tiene.

En un inicio, ella pensaba que su labor consistiría en estar caminando durante mucho tiempo por un túnel maloliente y sin iluminación. Lo que encontró fue muy distinto: las grandes máquinas y los trabajos de explosión en la tierra es algo que actualmente le apasiona y que nunca pensó en realizar: “Los aparatos aquí son impresionantes, me llaman la atención los aparatos, pero lo que más me gusta de mi área es conocer los explosivos y las cargas” —dice—.

Hay dos factores principales para asegurar que el caso de Ingrid es destacable. Por un lado, ha descubierto que es capaz de realizar todo lo que se proponga y eso contribuye a lograr su autorrealización; por otro, en la mina ha encontrado un lugar propio en el que nadie puede intervenir.

La naturaleza de sus labores en la mina ha permitido que encuentre un espacio en donde puede estar tranquila y disfrutar de su soledad, en el que nadie puede decirle qué tiene qué hacer y cómo hacerlo; ella es su propia instructora y toma las decisiones importantes para desarrollar su trabajo con éxito.

Lo que más me gusta es que estoy sola, que no tengo la presión de que alguien me esté mirando, cuidando o que me diga que estoy mal en lo que estoy haciendo. Cuando llego, me encierro en mi mundo y listo. Me gusta que me he demostrado que sí puedo y que puedo conseguir lo que quiero. Me he demostrado que no tengo miedo porque antes me daba miedo la oscuridad y, ahorita que estoy ahí, es como si nada pasara. He vencido mis miedos y he podido sacar adelante a mis hijas sin pedirle ayuda a nadie; me satisface saber que no me rajo.

En la época actual, en donde cualquier novedad es masificada, en donde el ruido constituye una continua invasión y el silencio es imposible de encontrar, pensar en un espacio que ofrezca el encuentro personal es difícil. La minería, al estar emplazada en un lugar aislado, no participa de la euforia social generalizada.

Quizá la mujer sea una de las mayores víctimas de las dinámicas sociales actuales. Desde la infancia hasta la vejez, las mujeres son involucradas en una serie de actividades que implican la exposición constante a las exigencias. Imposibilitadas de verdaderos momentos individuales en el pasado, las mineras encuentran un encanto innegable en el interior de la mina.

Lucila, por ejemplo, escogió su profesión debido al perfil de egreso descrito en la carta académica de su carrera profesional. Las características principales de una egresada como ingeniera geóloga incluían el aislamiento y la soledad, situaciones perfectas para la ahora trabajadora: “La verdad es que me gusta mucho la carrera. De hecho, antes de entrar leí el perfil y decía que el ingeniero geólogo vive en lugares remotos a donde poca gente accede y en donde hay poca comunicación. En ese momento me di cuenta de que quería estudiar eso”.

El sentimiento de soledad y la tranquilidad que eso representa es un factor que agrega atractivo a la minería. Como se dijo antes, la invasión al espacio de la mujer es algo común en la actualidad y si además hay agresiones o conflictos durante esas invasiones, la situación se complica. Por eso, tanto Mariela como Gema han visto en su independencia un motivo más para disfrutar de su trabajo.

Ellas viven en el campamento que ofrece la empresa a mujeres que pasan largos periodos laborando en la mina. En esos campamentos, las mineras tienen su espacio personal y ellas mismas se encargan de mantener todo en orden. La mayor satisfacción para las entrevistadas es tener su propio espacio y no tener que lidiar con problemas externos.

En ese sentido, la función principal del campamento va mucho más allá del simple hospedaje. Esos lugares, completamente personales, se convierten en un espacio que provee tranquilidad y relajación a las trabajadoras, ya sea a nivel laboral o personal. Pensar que quizá ése sea el único espacio realmente personal y lleno de paz que tienen las mineras ayuda a comprender su fascinación por el lugar de trabajo.

## LOS PEQUEÑOS DETALLES SON LOS QUE CUENTAN

Lo más grato de escuchar sobre las experiencias de las trabajadoras mineras es la pasión y el amor por seguir haciendo lo que hacen en la mina. Todas y cada una de ellas tienen historias que reflejan cómo el aspecto laboral de su vida ha contribuido no sólo a reafirmarse como mineras, sino también como personas.

Más allá de la pasión, la autorrealización y el crecimiento personal son metas que todas, con sus respectivas particularidades, han cumplido. Quizá unas vean su desarrollo en los retos que tienen en el día a día; tal vez otras lo identifiquen en el aprendizaje continuo y otras probablemente lo atribuyan al hallazgo de un lugar personal lleno de tranquilidad. Incluso hay casos muy particulares en los que la autorrealización está identificada con otras cosas.

Para Marina, por ejemplo, bajar de peso significó uno de los mayores logros de su vida y fue gracias a la mina que pudo lograrlo: “hicimos una cuadrilla de mujeres y, como mi complexión es ser gordita, me pidieron bajar de peso para moverme mejor. Eso me motivó a bajar y ahora estoy orgullosa de lo que soy. Para mí, ser minera es un orgullo”.

Lograr una meta personal y anhelada durante parte de la vida, como la de Marina, es un logro muy grande. El hecho de que el trabajo en la mina contribuya para que personas como ella alcance objetivos personales es central. Esa contribución tiene como consecuencia natural el aprecio y la pasión de las trabajadoras mineras.

Clara también logró algo muy importante para ella a nivel personal. A partir de su inserción en la mina, empezó a ejercer su independencia y libertad. Como trabajadora minera, la entrevistada ha tenido la oportunidad de viajar, de conocer el manejo de minerales y, sobre todo, de tomar sus propias decisiones respecto a la vida laboral y personal.

A Salma le pasa lo mismo: “Mi mayor logro en la mina es darme cuenta de que puedo ser independiente, que puedo ser responsable por mis cosas y que no necesito depender de alguien para estar bien y sentirme acompañada”. Además de eso, otra de sus grandes satisfacciones es ser capaz de apoyar económica y moralmente a su familia, así como convertirse en proveedora y demostrar que no tiene limitaciones sólo por el hecho de ser mujer.

Quizá uno de los casos más representativos de desarrollo laboral y personal sea el de Lorena. Madre de tres hijos, tuvo que buscar trabajo después del abandono de su esposo. Al principio, como las demás, la experiencia en minería no fue la mejor; sin embargo, conforme fue pasando el tiempo, las cosas mejoraron.

Ahora es operadora de rotación y se encarga de recibir la carga que los molinos envían para sacar el concentrado de plata. Según lo descrito por ella, su puesto es “prácticamente los ojos de la planta; qué tan bien o qué tan mal nos vaya depende del área que yo tengo”. Eso convierte a la trabajadora en una pieza clave dentro de la organización operativa de la mina.

Desempeñando esa función, Lorena ha tenido muchas satisfacciones de las cuales destaca dos: por un lado, haber tenido independencia financiera para poder sacar adelante a sus hijos; por otro, la gran satisfacción de crecer personalmente y de ser capacitada en el extranjero.

Fiel a su palabra y a la promesa a sí misma de seguir siempre superándose, Lorena aceptó ser capacitada en Perú. Viajar a otro país y conocer otra cultura es uno de los mayores logros en su vida. Ella nunca se imaginó que al trabajar en la mina tendría la oportunidad de vivir esa experiencia tan enriquecedora en todos los niveles: “Ésa fue una experiencia que nunca se me va a olvidar. Primero

la experiencia de trabajar aquí. Trabajé prácticamente un año en medio ambiente y de ahí empezaron cursos en Oaxaca, en el servicio geológico. Ya de ahí nos seleccionaron; a mí me tocó la suerte de poder ir a capacitarme. Eso es lo que más me ha marcado”.

Así como su experiencia, hay cientos de mineras que han tenido experiencias enriquecedoras en varios niveles. Quizá no todas han podido viajar al extranjero, pero sí todas han alcanzado su autorrealización y su pasión a partir de algún detalle dentro de su trabajo en la mina.

Parece inminente aceptar la importancia de que, independientemente de cuándo y cómo haya sido, todas las mineras han encontrado en su trabajo el sentido de muchos aspectos de su vida. Si la mayor satisfacción de algunas es sacar adelante a la familia, el trabajo les da esa oportunidad; si la satisfacción de otras está en su desarrollo laboral, el carácter dinámico e impredecible de la mina también se las da.

Cuando a las mineras se les pregunta acerca de los horarios de trabajo, del sacrificio a la hora de usar atuendos bruscos y sucios o del manejo rudo de aparatos, maquinaria y transporte, todas concuerdan en que las cosas no pueden siempre ser perfectas. Incluso, ninguna de ellas se queja de los pequeños detalles a la hora de trabajar porque éstos también le inyectan “sabor” a la mina.

Más que ser un obstáculo para el crecimiento, aquellas cosas que representan un posible cambio de hábitos o un reto difícil de superar son una razón más para seguir adelante y demostrar que puede lograrse lo propuesto.

Incluso teniendo todo en su contra, los cientos de mineras que trabajan día a día en el país han sabido aprovechar su condición de mujeres para demostrar que, durante años, el pensamiento patriarcal se ha mantenido de pie sin bases sólidas y que es necesario cambiar de paradigma para adaptarse a los hechos.

Contrario a lo popularmente pensado, ser mujer es mucho más que seguir órdenes y atender las necesidades de otros. Ser mujer, en estos tiempos, es estar en igualdad de condiciones y ser capaz de trabajar, proveer y responsabilizarse por una misma y por los demás. La emancipación femenina, más que un concepto y un lugar común, es un hecho reflejado por el trabajo, el esfuerzo y la perseverancia de todas aquellas que han decidido desafiar las convenciones y dar un paso más allá para salir de los límites impuestos y autoimpuestos.

CAPÍTULO CUATRO

LA SOCIEDAD TRADICIONAL  
Y LA MUJER

*En México todavía existe mucho machismo: ésa es una realidad.  
Estamos en el año 2016 y las cosas siguen como cuando yo empecé  
a trabajar; simplemente te estoy hablando de más de una década.  
Todavía hay mucho machismo, especialmente en la minería.*

Paula, mujer minera

El ser humano es un ser social y cultural. Gran parte de las ideas que cada una de las personas tiene es un cúmulo de juicios individuales, pero también colectivos, de tal manera que es normal pensar en individuos con libre albedrío, pero también determinado por una serie de acciones fuera del entendimiento y la voluntad propia.

Desde el nacimiento de la psicología moderna, se ha pensado que el individuo posee una personalidad compuesta, en su mayoría, por elementos no conscientes. Esto quiere decir que las personas no son siempre dueñas absolutas de sus acciones o pensamientos y que la identidad está formada a partir de la interiorización del mundo y la interacción con sus habitantes.

Decir que la mayoría de las personas accionan de acuerdo con ideas que no siempre son propias no es excusarlos de sus actos, sino reconocer que también existen factores culturales y sociales que los determinan. Bajo esta afirmación puede argumentarse que una sociedad tradicional producirá, por naturaleza y en su mayoría, individuos tradicionales para sostenerla.

El desarrollo social de niños y niñas será determinado, en primera instancia y desde el nacimiento, por su familia. Posteriormente, con los modelos escolares diseñados para la socialización de los pequeños individuos, comenzarán un camino de encuentros plurales y diversos que irán diseñando su personalidad e individualidad. Ese trayecto iniciado en las estancias infantiles continuará hasta el fin de la vida.

Ya sea por la familia, los compañeros y maestros de la escuela, los compañeros de trabajo, las parejas o cualquier otro tipo de contacto social, las personas encuentran a su paso una serie de elementos ajenos y propios que conforman su identidad e ideologías. Conforme las personas crecen, desarrollan un proceso de selección y un pensamiento crítico que les permite adquirir o rechazar rasgos sociales.

Cuando una persona adquiere algún rasgo social, trata de incorporarlo lo más pronto posible a su sistema de creencias y genera una idea de pertenencia; cuando lo rechaza, intenta buscar una contraparte que corresponda con lo buscado. En términos generales, y desde una actitud conformista, adquirir los rasgos inmediatos y masivamente compartidos es más cómodo que obedecer el impulso individual y emprender la búsqueda de rasgos ajenos a lo próximo.

La sociedad mexicana puede ser considerada como una sociedad tradicionalista. Ya sea por un pasado no comprendido o por la falta de una visión crítica y autocrítica, la sociedad mexicana descansa sobre ideologías caducas, generalmente confundidas con tradición e identidad. Quizá una de las ideologías más recurrentes y socorridas en la actualidad sea el machismo.

El machismo, como popularmente se le conoce a la manifestación concreta del pensamiento patriarcal, es parte innegable de la cultura mexicana. En México no es difícil encontrar manifestaciones de machismo en los distintos sectores sociales, laborales y familiares; incluso, en muchas ocasiones, se puede ser espectador de un absurdo orgullo ostentado por los agentes de dichas manifestaciones.

El machismo en México es un fenómeno con historia y profundamente arraigado en la cultura popular. Desde los contenidos en medios de comunicación masiva hasta las más sublimes expresiones artísticas, la sociedad mexicana está continuamente bombardeada de ideas patriarcales que se perciben como normales.

Sólo en años recientes, las instituciones creadas para la defensa de la mujer han podido ejercer presión y funcionar como sobrepeso para erradicar el machismo en México. Hasta ahora, y gracias a la concientización lograda por ese tipo de instituciones, se conocen más a fondo las distintas modalidades de abuso patriarcal y las maneras de buscar justicia ante ellas.

La tarea no es fácil; lograr la erradicación de ideas que forman parte de una falsa identidad nacional es como querer cambiar la autopercepción de un individuo que tiene serios problemas de personalidad. Mientras no se comprenda que las ideologías son sociales y que tanto hombres como mujeres son agentes del cambio, las cosas no pueden mejorar.

Probablemente uno de los primeros pasos para cambiar las ideas de una sociedad sea comprender los daños que provocan. A lo largo del tiempo, la actitud machista ha tenido como consecuencia el escaso desarrollo profesional femenino;

afortunadamente para los millones de mujeres en el país, poco a poco se ha resarcido ese daño.

Lo que se presenta en este capítulo es una serie de testimonios de mujeres mineras respecto a la sociedad en donde se desarrollan. La finalidad es comprender cómo lo social y lo cultural tienen un fuerte peso en la vida de las trabajadoras que día a día buscan su crecimiento personal y profesional.

Con la reflexión sobre el papel colectivo en el destino de las mujeres mexicanas es posible comprender la responsabilidad de cada uno de los mexicanos en la construcción de un mejor país.

### LA CREACIÓN DE UN NUEVO ENTORNO

Lo primero por considerar sobre la inclusión de la mujer en una cultura de la que era excluida en varios niveles es la adaptación de los espacios. Como es natural, las mujeres y los hombres se distinguen por las características propias de cada sexo y cada uno tiene necesidades específicas de acuerdo con ellas.

Aunque en términos legales se considere cada vez más a la mujer en las actividades cotidianas de la sociedad, todavía hacen falta labores de infraestructura en distintos lugares para lograr una incorporación femenina efectiva. Uno de los principales retos de las nuevas generaciones de mujeres es adaptarse a una sociedad masculinizada que producía y construía entornos exclusivamente masculinos.

En el caso de la minería, este fenómeno ha sido muy recurrente. Para entender la situación sólo basta con imaginarse a las primeras mujeres mineras y los retos que encontraron al ingresar a un sector exclusivamente masculino desde sus inicios. Es normal imaginar que las minas no estaban adaptadas a la presencia femenina y que eso era consecuencia de la cultura patriarcal.

Uno de los problemas más comunes que recuerdan las mineras con más trayectoria en esta industria es la inexistencia de baños exclusivos para mujeres. Quizá para una sociedad como la actual esto no sea precisamente un problema grave; sin embargo, la falta de un baño para mujeres en un entorno tan masculinizado podría tener consecuencias importantes.

Elvira es una de las trabajadoras que recuerda haber luchado contra las circunstancias desfavorables causadas por la falta de servicios para ella y las demás empleadas. En un principio, y hasta hace no mucho tiempo, la inexistencia de sanitarios adaptados a las necesidades femeninas era una realidad. Si bien las estructuras de los baños para hombres y mujeres son similares, es necesario tener en cuenta las necesidades concretas de cada sexo.

En realidad, el principal problema de no tener un baño exclusivo para mujeres no es la estructura, sino la interacción con los compañeros. La intimidación femenina puede estar expuesta si no se procuran los entornos necesarios para su cuidado; esto significa que la constante presencia masculina puede ser un factor de riesgo.

Aquí no se trata de satanizar la convivencia entre ambos sexos, sino de reconocer que hay circunstancias en las que se requiere una distinción. Ante la novedosa presencia femenina y su inminente crecimiento, las empresas mineras han tenido que establecer lineamientos de interacción entre sus trabajadores y trabajadoras. Antes de una reestructuración en la mina, la primera opción para regular las actividades y respetar los espacios de cada sexo fue la distinción de horarios para el uso de los baños.

Elvira recuerda que, antes de existir los baños para mujeres, había un horario especial para que ellas usaran los que había para hombres. Con esta medida se buscó evitar alguna situación desfavorable para las trabajadoras; afortunadamente funcionó y no se registró ningún incidente ni intrusión masculina durante ese tiempo.

El establecimiento de horarios puede parecer, a simple vista, una medida muy precaria para prevenir situaciones desfavorables para las mineras, pero no es así. En el capítulo anterior se habló del acoso y cómo puede afectar al desempeño y la integridad de las trabajadoras. Por fortuna, la mayoría de las entrevistadas nunca han sido víctimas de acoso por parte de los trabajadores.

Hay que recordar que el acoso puede presentarse en distintas modalidades y lo mejor es evitar cualquier circunstancia que favorezca una agresión de ese tipo. En ese sentido, es impensable una falta de regulación en el uso compartido de los baños. Con la pura imaginación puede tenerse una idea de lo riesgosa que resultaría la intromisión de un hombre mientras alguna trabajadora usa el sanitario.

No se descarta que muchos de los compañeros sepan respetar el espacio íntimo de las mujeres; sin embargo, tampoco se descarta que una situación de baño compartido pueda favorecer la iniciativa para cometer algún acto de acoso y tener graves consecuencias. Todo esto representa signos de una sociedad que nunca había previsto la incorporación de la mujer a las actividades laborales.

“Antes nos daban un tiempo para que nosotros usáramos el baño y los hombres no podían entrar. Ahorita los jefes de aquí ya se han encargado de poner nuevas letrinas y ya hay una exclusiva para mujeres” —dice Elvira—. Con la creación de nuevos espacios para mujeres dentro de la mina, se garantiza la seguridad de cada una de ellas y se crea una cultura de inclusión antes ignorada.

No sólo los baños de las minas han cambiado; también se han creado otro tipo de espacios para que la mujer se sienta bien en un entorno tan complicado como el minero. En algunas de las minas visitadas para la realización de este libro

se han implementado medidas con las que se busca transformar y adaptar los lugares para dar más comodidad a las trabajadoras.

Resulta sorprendente encontrarse con que las transformaciones no sólo son en los espacios de uso íntimo, sino también en los de uso común. Esto no quiere decir que haya una invasión femenina a las áreas comunes, pero sí que se han aprovechado espacios para dotar de un carácter más femenino a la mina.

El más claro ejemplo de eso es el mosaico de mensajes afectivos que puede encontrarse en varias de las empresas en donde hay trabajadoras. Antes de entrar a la mina, en un muro que antes lucía sucio y oscuro, se encuentran ahora mensajes escritos por la familia de las empleadas mineras, sobre todo de aquellas que cumplen largas jornadas de trabajo bajo la tierra.

Junto a mensajes como “te queremos” o “te esperamos”, hay manos pintadas con distintos colores para que las trabajadoras recuerden por qué están ahí y las recompensas de apoyar a sus seres queridos. Estas manifestaciones de cariño no son exclusivas de las mujeres y se extienden también a los mineros. En cada visita familiar, los integrantes aprovechan para dejar una marca de cariño y apoyo a los trabajadores y trabajadoras. Dichas manifestaciones dotan de color y sentimiento a las instalaciones de esta industria.

El reto de cambiar las estructuras y espacios de una sociedad históricamente patriarcal es grande. Los lugares se crean a partir de hábitos culturales y las disposiciones estructurales están adaptadas a las necesidades de sus creadores. Aunque la transformación espacial ya haya comenzado en algunos sectores, todavía hace falta mucho trabajo para lograr una integración efectiva de las mujeres y su consecuente adaptación.

De nada sirve, sin embargo, pensar en la creación de nuevos espacios si en la cultura no se considera a la mujer como una integrante activa de la sociedad. Transformar la infraestructura es importante, pero primero debe comprenderse que la mujer ya no está al margen de las dinámicas sociales y culturales. Para lograr dicha comprensión, resulta útil conocer cómo las mujeres perciben la sociedad y cuáles creen que son los principales problemas respecto a la integración femenina.

## LAS COSAS NO SON COMO PARECEN

En los capítulos anteriores se habló de los problemas que han tenido las mujeres mineras en los ámbitos familiares y laborales. Esos problemas, que no son pocos, derivan de un pensamiento social predominantemente masculino y son difíciles de eliminar, sobre todo si no se recurre al origen y sólo se atacan los síntomas.

Ya se dijo anteriormente que una de las cosas más complicadas es entender que en las situaciones de machismo no sólo se está luchando con hechos, sino también con ideas subyacentes que están muy arraigadas en la cultura. Mientras no se combata contra esas ideas ni se cambien los modelos mentales que se tienen en el ámbito social, cualquier esfuerzo puede ser minimizado y parcial.

La idea de que la mujer es incapaz de realizar actividades que tradicionalmente hace el hombre se basa en una supuesta e injustificada inferioridad. Ya sea en lo fisiológico, en lo psicológico o en lo espiritual, la mujer ha sido históricamente considerada menor en comparación con el hombre; así, es posible escuchar expresiones que demeritan el papel femenino en el trabajo rudo porque son débiles o expresiones que las culpan espiritualmente por encarnar todas las tentaciones.

La segregación de las actividades cotidianas que supuestamente corresponden a la mujer y aquellas que son para el hombre ha causado mucho daño a la sociedad. Aún hoy se cree que ellas deben estar en casa, casi encerradas, y que no deben salir para satisfacer las necesidades familiares. Es innecesario mencionar las consecuencias de tan anacrónico pensamiento.

En su experiencia, varias mineras han expresado que la frecuente recepción negativa en sus trabajos se debe a prácticas culturales amparadas por la “tradicción” de un país al que le cuesta mucho trabajo cambiar.

A Marcela le pasó algo peculiar dentro de sus actividades mineras. Después de ser recibida sin entusiasmo en la mina, se percató de que el trato no era explícitamente de rechazo, sino de sobreprotección. La sobreprotección, en ese sentido, puede considerarse como una exclusión disfrazada porque conduce a la restricción inconsciente de las trabajadoras que quieren realizar actividades o participar en procesos supuestamente peligrosos para ellas.

En muchas ocasiones no es necesario decir explícitamente que las mujeres no pueden hacer ciertas cosas y, en lugar de eso, se les impide hacerlas bajo el pretexto de querer protegerlas contra una posible amenaza a su integridad. Esta idea, muy socorrida en la sociedad mexicana, originó que los compañeros de Marcela la excluyeran de muchas actividades: “Me decían que yo no podía hacer cosas que ellos sí por ser hombres, pero no me dejé y les demostré que sí podía hacer lo que ellos hacen”.

El resultado de lo hecho por la trabajadora no fue el esperado, sino todo lo contrario: cuando uno de los supervisores se percató de que ella estaba buscando equidad, lo tomaron como una amenaza y comenzaron a intimidarla para “probarla” y demostrar que estaba equivocada. Las primeras intimidaciones fueron frente a todos y buscaban recordarle a la trabajadora cuál era su supuesto papel en la mina y en la sociedad: “Tuve un jefe que me decía que no se me olvidara que yo era mujer. A veces se ponía a comentar con otros compañeros hombres sobre mí

y, en convivios de la mina, me decía que yo me pusiera a hacer la comida porque era mujer: ‘ponte a hacer las quesadillas, tú ponte a limpiar y a servir porque eres la mujer de aquí’”.

Conforme fue pasando el tiempo, y después de comportarse varias veces de esa manera, el supervisor comenzó a ejercer presión con otras estrategias. Ahora ya no se trataba de recordarle a Marcela sobre su condición femenina, sino también de llevarla al límite para demostrarse a él y a sus compañeros que ella, al ser mujer, no tenía por qué estar ahí:

Después empezó a ponerme a hacer cosas más pesadas y me cargaba mucho la mano. Como que él pensaba que por ser mujer no podía hacer muchas cosas y me dejaba trabajos fuertes para ver si me doblegaba. A mí me ponía a hacer cosas para que “tirara la toalla” y a los demás los dejaba muy tranquilos. A veces también me ponía a hacer trabajos que les correspondían a ellos y a ellos no les decía nada.

La idea arraigada de la impotencia femenina para el trabajo rudo está generalizada y puede ser causante de disgustos para cualquiera a quien se le intente demostrar lo contrario. De acuerdo con algunas de las entrevistadas, es muy raro encontrarse a compañeros que acepten una situación de igualdad sin sentirse amenazados o experimenten sensaciones de contradicción.

A pesar de todo lo que Marcela ha hecho para evitar seguir siendo discriminada por ser mujer, hasta la fecha sigue recibiendo cuidados excesivos, pero ya no malos tratos por parte de sus compañeros. El afán de exhibirla que antes tenían sus superiores terminó porque ella demostró que ser mujer es mucho más que cocinar, servir o mantener los lugares limpios.

“Creo que siempre van a verme como que soy mujer y me puede pasar algo. Eso les causa mucha preocupación porque sienten que me desprotegen. Yo ya les demostré que no es necesario, pero ellos, por las ideas tradicionales, piensan que deben cuidarme” —asegura la minera—. De acuerdo con ella, sentirse protegida es un sentimiento favorable siempre y cuando esa protección no tenga como origen una desconfianza hacia la mujer o la idea de que es incapaz de lograr algo ajeno a las actividades que estereotípicamente le corresponden.

La idea tradicional de mujer se replica en muchas personas y eso ocasiona un trato generalizado hacia ellas. Independientemente de las características particulares de cada trabajadora, la visión generalizadora parte de un mismo principio: las mujeres tienen limitaciones que las hacen incapaces de realizar varios trabajos y deben quedarse en casa para atender las actividades que les son propias.

Estas ideas ocasionan también varias situaciones que predisponen a los hombres. Con respaldo en las tradiciones, el hombre se siente superior a la mujer y se niega a cooperar con todas aquellas acciones que le “corresponden” a ella. Se tiene, de esa manera, a una mayoría masculina que cree firmemente en la segregación y en la diferencia ocupacional fundamentadas en el sexo.

Esas mismas diferencias creadas en la cultura son las que permiten al hombre ejercer un papel de líder y principal encargado de su familia. La protección a las mujeres con el argumento de la superioridad masculina, la justificación de ausencias y la aplicación de “la ley del más fuerte” son problemas recurrentes en una sociedad que repite modelos de represión y abuso de autoridad.

En el día a día es posible encontrar una serie de consecuencias derivadas del pensamiento patriarcal que ya se ha mencionado. La desconfianza laboral y personal, aun sin haber conocido a la trabajadora, es un fenómeno percibido como normal, pero de secuelas no dimensionadas. Recibir muestras de desconfianza sólo por el hecho de ser mujer es algo que varias mineras han experimentado.

Rosalía es una de ellas y su caso fue muy particular. Cuando llegó a la mina, al igual que muchas otras, fue recibida con hostilidad y sin entusiasmo. Desde el principio, en el área operativa, luchó contra el rechazo y el hostigamiento porque no confiaban en su trabajo. Incluso, desde los primeros trabajos que le encargaban, tuvo que soportar una especie de espionaje por parte de los demás empleados.

De acuerdo con ella, el mayor reto en su vida profesional ha sido convencer a sus superiores en la mina de que era capaz de realizar bien los trabajos que le correspondían. La mayoría de los supervisores que ella tuvo cuando entró a la mina eran personas de edad avanzada y a eso atribuye la falta de una visión más amplia sobre la integración de la mujer: “Es que hay muchos jefes ya grandes que son mineros desde hace mucho y se quedan con la idea de que las mujeres no son para las minas” —dice—.

A pesar de estar en desacuerdo con la “vigilancia” impuesta por sus supervisores y la incomodidad de tener siempre a un evaluador mientras hacía su trabajo, Rosalía fue capaz de cumplir con los estándares de calidad exigidos para mantener su puesto. Aunque el costo había sido caro, el esfuerzo para lograr la confianza de los hombres en un sector masculino tuvo sus recompensas y la trabajadora fue no sólo reconocida, sino también cada vez más solicitada:

Me costó mucho hacer que me creyeran porque no me querían dejar sola en un turno. Me mandaban choferes, me mandaban ayudantes, me probaban cada día y no me gustaba;

yo quería la responsabilidad completa y que confiaran en mí. Después de una prueba tras otra ya de plano los convencí y luego pasó todo lo contrario: ya me cargaban trabajo porque hacía los trabajos bien; ya ahora siempre dicen que haga yo los trabajos o, si no estoy, me esperan a que llegue.

Esta muestra de confianza en sí misma es la que llevó a Rosalía a lograr sus metas y a posicionarse como una trabajadora capaz de hacer lo necesario en la mina. En muchas ocasiones, dice la entrevistada, las mujeres tienden a hacer lo contrario y los resultados son adversos. A pesar de estar consciente de que el trato a la mujer es injusto y parte de una tradición machista, ella asegura que confrontar esa visión puede ser no sólo difícil sino contraproducente.

La mejor manera que ella tiene para erradicar la subestimación de la mujer por parte de los hombres es demostrar con acciones que ellos están equivocados. Esas acciones no deben ser agresivas ni negativas, sino todo lo contrario: si alguien no cree a la mujer capaz de hacer algo, hay que hacerlo para demostrar que sí se puede; si alguien no confía en la mujer, hay que demostrar que la mujer no necesita vigilancia para hacer las cosas de manera adecuada y benéfica para todos:

Yo veo que cuando una compañera es hecha menos por alguien machista, ella se enoja y los confronta con gritos o no hace las cosas que le dicen para vengarse de cómo la tratan. Yo creo que las cosas no se logran así; si queremos que nos vean diferentes y que nos valoren, debemos ser inteligentes y no caer en el juego porque nosotras somos las que la llevamos. Lo mejor es hacer las cosas bien y demostrar que sí podemos.

Las convicciones de que un hombre debe evaluar el desempeño de la mujer en la mina y de que el hombre es quien debe encargarse de todo lo relativo al trabajo y el dinero son nocivas para el desarrollo social. No son pocas las ocasiones en que la sociedad descalifica automáticamente cualquier acción femenina mientras que, independientemente de la situación particular, privilegia la del sexo contrario.

Según esta forma de ver el mundo, el intento que una mujer hace para incorporarse al ámbito laboral será siempre visto como un acto inadecuado y, por lo tanto, monitoreado constantemente. Las fuerzas sociales que impiden que la mujer logre una equidad efectiva son, en muchas ocasiones, más fuertes que la voluntad de cualquiera de las trabajadoras dispuestas a demostrar su fuerza para lograr lo anhelado.

Si se piensa en la recurrente presión que ejercen los grupos sociales compuestos por personas (hombres y mujeres) convencidas de que la mujer tiene un lugar limitado en la sociedad, es natural comprender la resignación temprana de muchas de ellas. Así como el caso de Marcela, a quien su superior la obligaba a desempeñar el papel femenino en las reuniones de empleados, hay otros ejemplos más de cómo la idea de mujer doméstica permea el pensamiento común.

Después de luchar para que su esposo le permitiera trabajar en la mina y esperar varios años para que el sector aceptara mujeres (algo que resultaría innecesario en una sociedad equitativa), Victoria logró ser trabajadora minera, pero sólo para encontrarse con lo mismo de toda su vida: los hombres de adentro la trataban como los de afuera y su labor sería más complicada de lo que se imaginaba.

Lo primero que ella encontró al llegar a la mina fue que debía luchar por su puesto; “la competencia es algo común en un trabajo” —pensó sin darse cuenta de que la lucha no sería entre iguales—. Poco tiempo después de entrar a trabajar, se percató de cómo serían las cosas: el esfuerzo sería extra y llevaba una desventaja significativa sólo por el hecho de ser mujer y querer trabajar en la minería.

Aquí es importante señalar que Victoria, al ser pionera en la industria, no entró a trabajar por una convocatoria de puestos, sino que fue ella misma quien insistió en que los supervisores la entrevistaran y le dieran una oportunidad. Como es natural imaginarse, esta situación de insistencia provocó aún más recelo en el momento de contratarla: el pensamiento tradicional dicta que una mujer no puede trabajar, pero también que debe acatarse la regla caballerosa de no negar la audiencia a la que lo solicite.

Después de tanto insistir y ya con la oportunidad de entrar a la mina, la trabajadora fue abordada por uno de los más altos mandos del lugar. Lo que él le dijo, quizá sin darse cuenta, fue que ella entraba condicionada, pero también que, por ser mujer, iba a tener los ojos encima: “No me vayas a quedar mal porque si lo haces se acaba todo”. Con firmeza y convicción de poder cumplir con las exigencias de la mina, ella contestó: “No, no te voy a quedar mal”.

Han pasado nueve años desde que Victoria se hizo minera y hasta ahora no ha tenido ningún fallo que le cueste la confianza de sus superiores. Sin embargo, después de todo el tiempo transcurrido, sigue siendo espectadora y víctima de expresiones machistas dentro y fuera de la mina. Hace no mucho tiempo se encontró con algunos compañeros que seguían convencidos de que la mina es exclusiva para hombres y de que las mujeres deben estar en su casa.

Ese mismo pensamiento lo comparten sus amigas y conocidas quienes, aun siendo mujeres, se siguen sorprendiendo y mostrando rechazo cuando ella les dice

que su trabajo es ser minera, los sacrificios que eso implica y las satisfacciones que conlleva demostrar de qué es capaz:

Yo pienso que las mujeres seguimos pensando que este trabajo es para hombres y muchas veces tenemos la mentalidad tan cerrada que seguimos creyendo que tenemos que estar en casa o que tenemos que tener a alguien que a fuerzas nos mantenga. Cuando yo les digo que trabajo en una mina se espantan y me dicen que estoy loca porque ése es un trabajo de hombres. Yo les digo que no es trabajo de hombres y que cualquier trabajo va a ser pesado para la mujer si no quiere hacerlo.

De entre todas las agresiones verbales que reciben las mujeres por parte de las personas convencidas de que son inferiores, la más recurrente y una de las más violentas es aquella que impide a una mujer salir de su casa. El reconocimiento del rol de ama de casa como el único posible para cualquier mujer es, más que un halago, una agresión seria a la capacidad femenina para desempeñar varias labores destacables dentro de la sociedad.

Hasta ahora, sólo a las mujeres que son madres solteras se les “otorga” la licencia cultural de ayudar con la manutención de la familia, a pesar de que eso suponga ser exhibida socialmente por su estatus materno. Además de ellas, son pocas las mujeres que no son sujetas a juicios por trabajar o realizar actividades fuera de casa.

Las agresiones por ser una mujer laboral y socialmente productiva son comunes hasta por parte del mismo sexo. En entornos conservadores como los vividos en varias partes del país, es común encontrarse con mujeres mayores juzgando a las jóvenes esposas por no estar a disposición del marido y tener todo listo para él.

Estela, por ejemplo, ha llegado a escuchar que muchas mujeres mayores culpan a las nóveles esposas por casos de infidelidad y maltrato de parte de los “hombres de la casa”. Según lo dicho por ella, las acciones de los hombres son justificadas por las fallas de la mujer, es decir, la culpa de cualquier agresión por parte de ellos la tiene la mujer:

Yo he escuchado que las señoras dicen que si el marido es infiel es porque nosotras no nos arreglamos y lo esperamos arregladas para cuando llega de comer; también dicen que si nos pegan es porque no cocinamos rico o porque no les tenemos caliente la comida cuando llegan. A veces hasta he escuchado que nos engañan porque queremos trabajar y lo descuidamos o porque nos ponemos feas y gordas.

Leer las palabras de la entrevistada puede ser doloroso, pero no es más que el reflejo de una sociedad con ideas agresivas acerca de cómo debe ser la mujer y de las consecuencias de no cumplir con su limitado rol. La convicción de que una mujer sólo sirve para estar en casa es tal, que cualquier persona que no la acepte es inmediatamente censurada y castigada por el atrevimiento.

Lo realmente grave de la situación es que las mujeres están constantemente expuestas a tratos injustos que parten de las ideas nocivas de la sociedad. Cuando llegó a la mina, Estela tuvo que luchar contra la inercia cultural de desprestigio y los constantes cuestionamientos sobre su posición laboral como mujer.

Lo primero que ella encontró en el entorno minero es que hay una recurrente competencia entre hombres y mujeres. Esa competencia, basada en la comparación entre los sexos, nunca tiene resultados positivos para las trabajadoras porque quienes caen en ese juego ya lo tienen perdido desde el principio. ¿La razón? Los hombres siempre ganan por su naturaleza masculina.

Las estrategias injustas que tienen los hombres para competir con sus compañeras por la supremacía laboral se basan en el rol femenino que supuestamente les corresponde. Las discusiones que Estela ha llegado a tener con algunos de sus compañeros han partido del coraje que ella experimenta cuando la hacen menos y la culpan de no cumplir con su papel femenino en la casa: “Más de alguno llega a decir que las mujeres en su casa deben hacer el quehacer y que no deberíamos de estar en la mina, que nos regresemos a nuestras casas. Nosotros contestamos que de todas formas siempre lo hacemos y de todos modos podemos venir a trabajar sin descuidar la casa”.

Cuando las discusiones suben de intensidad y los ánimos se alteran, es posible escuchar de vez en cuando cómo las mujeres mineras se defienden y responsabilizan a los hombres de no compartir las labores con el resto de la familia. La otra cara de la tradición que dicta el rol femenino en la casa es el reconocimiento y validación de la nula participación del hombre en ella.

“Yo siempre les digo que no se dan cuenta de lo que hacen porque piensan que con trabajar es suficiente. Cuando les digo que se pongan a limpiar y después a trabajar para que vean lo que se siente, todos dicen que no lo hacen porque son hombres y eso es para mujeres” –asegura la entrevistada–. Una vez confrontados con las situaciones que reflejan la enorme desigualdad entre hombres y mujeres, la mayoría de los mineros desiste de la discusión y continúa su trabajo.

La extensión lógica de las ideas sobre la mujer doméstica es el pensamiento de una obligada dependencia financiera. Así, es común encontrarse con hombres y mujeres que piensen que el hombre es el único responsable de llevar dinero al hogar. El problema, en realidad, no es quién lleva el dinero, sino qué implica que el padre de familia tenga ese poder exclusivo.

La prohibición de trabajar se vincula mucho a la dependencia económica que prototípicamente toda mujer debe tener. Ya sea por el temor del hombre a relacionarse con una mujer independiente y “lo peligroso” que eso resulta o por el simple hecho de continuar la falsa supremacía masculina, aún hoy es normal encontrarse con nuevas parejas cuyo acuerdo matrimonial incluye la renuncia de la mujer a cualquier actividad que represente un alejamiento de la casa.

El problema de la dependencia económica, así como muchos otros que conciernen al machismo, es complejo. Esa complejidad parte del hecho de que el fenómeno no es unilateral. Sería común pensar que los hombres son los principales causantes de esta situación, pero no es así: en muchos casos, las mismas mujeres son, ya sea por decisión propia o por mandato familiar, artífices de su propia sujeción.

Amparo es una de muchas que ha lidiado constantemente con la idea de que, como ella lo expresa, “la mujer se hizo para estar en casa”. Lo que a ella le da más tristeza es encontrarse con que en la actualidad se siguen profesando las mismas ideas de tiempos anteriores y que las personas hayan evolucionado muy poco durante tantos años.

Según su opinión, los hombres tienen que ser más conscientes de que provienen de una mujer y de que fue ella quien se responsabilizó por darles una vida plena. Apreciar la presencia femenina y el esfuerzo que las mujeres hacen para sacar adelante a su familia no tendría que discutirse.

“Pero lo peor —dice Amparo— es que no sólo se trata de los hombres. Las mujeres son las primeras que deberían respetarse y valorarse para que ellos también lo hagan. Lo más feo es que sigo encontrando a mujeres cerradas de la cabeza y sin independencia”. La preocupación de la entrevistada se acentúa cada vez que escucha a una mujer joven diciendo que le gustaría ser mantenida por el esposo y dedicarse solamente al hogar.

Una vez más es necesario acentuar que las labores domésticas son importantes y que, como cualquier otra ocupación, dignifican a quienes las realizan. El problema, no obstante, es sacrificar la libertad y la independencia femenina para supeditarse a la voluntad del hombre, así eso signifique el maltrato y las agresiones.

Laila es otra de las mineras que responsabiliza a la cultura de formar una imagen sumisa y débil de la mujer. Para ella, quedarse en casa es perder la oportunidad de desarrollarse como persona y como mujer. La mayoría de sus amigas, así como ella en un principio, se creyeron la historia de que una mujer fuera de casa es una mujer peligrosa para el bienestar familiar:

Yo vengo de un pueblo pequeño y ahí casi todas las personas dicen que la mujer no debe trabajar, que para eso están los esposos. Yo digo que eso tiene que ver con la cultura del lugar porque no es posible que, sólo por salir, seamos tachadas de vagas y de fáciles. Cuando yo me di cuenta de que afuera el mundo es muy grande, aproveché para hacer las cosas que quería.

Desgraciadamente, el gran número de amigas y conocidas que Laila tiene decidió seguir el camino trazado por la tradición y sacrificaron su independencia. A diferencia de ella, quien percibe un buen sueldo y apoya a su familia, las demás mujeres de su círculo íntimo están constantemente quejándose de su situación marital y familiar. ¿El problema? Las infidelidades u otro tipo de abusos que no tienen solución porque tienen prohibido levantar la voz y reclamar cualquier comportamiento, so pena de perder todo.

El hombre, al ser el único proveedor del hogar, tiene el control de dar o quitar cualquier beneficio común. Toda la problemática empieza en la prohibición a la mujer de superarse, es decir, se le prohíbe ir a la escuela y se opta por dejarlas en casa o se les impide trabajar y crecer profesionalmente. De esa manera, la única opción para continuar con una vida “estable” es mantener su matrimonio, a pesar de lo desfavorable que sea.

Bárbara estuvo a punto de vivir esa situación, pero decidió emprender su propio camino a pesar de las consecuencias que eso significara. Cuando optó por entrar a la mina, su pareja fue el primero en desaprobarlo. Ante la inminente actitud de la ahora minera, él le propuso algo que para muchas mujeres sería un alivio: darle el dinero que iba a ganar en la mina y evitar que trabajara. La respuesta de ella, además de ser contundente, fue la manera que tuvo para exigirle más respeto a su pareja.

“Lo peor en ese momento fue pensar que él no me creía capaz de hacer las cosas de la mina y que no confiara en mí. Se supone que es mi esposo y es el primero que me tenía que apoyar pero no, fue todo lo contrario: quiso pagarme con tal de no salir de la casa” —expresa ofendida—. Después de la indignación inicial y de la petición de no volver a ser presionada para no hacer algo que quiera, Bárbara comprendió que se enfrentaba a una idea heredada de la sociedad en la que vive.

Cuando ella tuvo tiempo de pensar a fondo la situación con su esposo, recordó que no era la primera vez que escuchaba a alguien decir algo así. De más chica, cuando todavía era adolescente, ella y una amiga decidieron que era necesario buscar un trabajo de medio tiempo para tener ingresos propios, comprar las cosas deseadas y salir los fines de semana al jardín para gastar sus ganancias.

A su amiga, cuyo padre tenía buenos ingresos, le llegó una oferta irrechazable: él le daría el dinero que le pagarían en su empleo con tal de no trabajar. Para una adolescente, esa opción era algo increíble y no perdería la oportunidad de “ganar” dinero sin hacer esfuerzo ni gastar tiempo de ocio; a pesar de todo, podría invertir ese sueldo gratuito en lo que ella quisiera y salir los fines de semana a hacer lo mismo que Bárbara.

El resultado de ese acuerdo y las consecuencias no se hicieron esperar. Lo que la joven había obtenido de beneficios había costado más de lo que se imaginaba en un principio: la primera y última palabra era la del padre y ella tenía que obedecer sin cuestionar o perdería el beneficio “gratuito”. Ese trato machista, pero en una escala distinta, es el que la minera había querido evitar, pues no sólo su amiga de entonces tuvo que pasar por eso; también muchas de las conocidas actuales lidiaban con ese problema.

Abordar el asunto del machismo no debe ser pretexto para buscar culpables, sino para encontrar soluciones efectivas. Es normal el pensamiento de que los principales culpables son los hombres y la cultura que los formó; sin embargo, algunas de las mineras entrevistadas se atreven a pensar que podría ser distinto. Pamela, por ejemplo, está consciente de que gran parte de las causas provienen de una conformidad femenina y del miedo a confrontar al hombre y su autoridad.

Según ella, las niñas son educadas desde chicas para desarrollar un temor hacia la figura masculina y, una vez que crecen, es difícil contravenir la formación de toda una vida. De acuerdo con sus palabras, “el hombre hace lo que quiere porque la mujer se deja”. Lo más conveniente sería, dice, tener la fuerza para defender los objetivos que cada mujer tiene y cumplir las metas que cada una se propone.

Las agresiones verbales que Pamela recibió cuando entró a la mina no fueron pocas ni ligeras. Tanto la familia como sus amigas le recomendaron no meterse en problemas y escoger un sector distinto al minero. La reacción de ella no fue la que todos hubieran esperado: defendió su postura, criticó el conformismo femenino y aseguró que continuaría su sueño con o sin el apoyo de sus seres queridos.

En la actualidad, la ahora exitosa minera sigue manteniendo su pensamiento crítico y emprendedor. Nadie, ni siquiera la pareja o la familia, puede decidir sobre la vida de una mujer si ella no quiere. La única manera de que alguien pueda seguir abusando de la voluntad femenina es que la mujer no quiera cambiar las cosas por cobardía:

La verdad es que a muchas de las mujeres les faltan pantalones; tienen ese miedo que la cultura les ha impuesto. Ahorita mis amigas ya saben en qué consiste mi trabajo y me res-

petan, ya no me tratan como antes. Cuando recién entré a la mina me decían que cómo era posible que entrara a la mina, me preguntaban si no me daban miedo las máquinas y cómo son los mineros. Yo pienso que a muchas de ellas les falta valor, les falta quitarse ese caparazón y venir a echarle ganas; hay muchas oportunidades, pero hay que quitarse las barreras.

Conservar una actitud positiva y evitar sentirse mal por las provocaciones machistas por parte de los compañeros es algo que cualquier minera tiene que hacer para continuar en su trabajo sin problemas. Una vez que se cultiva la paciencia y se demuestra de qué son capaces, las trabajadoras son acogidas como una parte más del equipo.

Mujeres como Georgina han desarrollado inmunidad a los comentarios dentro y fuera de la mina. A ella le basta con demostrar su capacidad laboral y no dejarse contagiar de la atmósfera machista que la rodea en el trabajo, en la casa o en la calle: “Ya lo que digan todos me vale porque he demostrado que las mujeres podemos hacer las cosas que queremos, podemos hacer las cosas igual o mejor que los hombres que piensan que no podemos” —dice orgullosa—.

De acuerdo con todas las entrevistadas, cuando una mujer se quita el velo impuesto por la sociedad a través del pensamiento patriarcal y se percata de que es capaz de hacer lo que ella quiera, ya no hay vuelta atrás. El resultado, por más que pueda parecer una rebelión para los ojos de visión estrecha, es la reivindicación de un sexo que nunca tuvo que ser minimizado. La mujer consciente de su potencial es una mujer libre y autónoma.

## LA COMPETENCIA Y EL RESENTIMIENTO MASCULINO

La cultura patriarcal ha tenido efectos permanentes y profundos en la sociedad mexicana y la mejor manera de verlos es en la reacción masculina ante el crecimiento de la autonomía femenina. Gran parte del sector masculino moderno ha tenido que aprender a convivir con mujeres que están dispuestas a sacrificarse y a dar lo necesario para desarrollarse como personas.

En los distintos sectores laborales, sobre todo aquéllos tradicionalmente ocupados por los hombres, se puede ser espectador de la difícil inserción femenina. Las dificultades son varias y distintas; sin embargo, destacan los impedimentos orquestados por los trabajadores; sobre todo cuando se trata de no permitir que alguna compañera destaque.

En la minería, de acuerdo con las entrevistadas, existe un recelo importante por parte de los trabajadores hacia las mujeres. Tal como lo expresan las mineras, parecería que la presencia y superación de la mujer le molesta al hombre que siempre ha pensado en la inferioridad del sector femenino en cualquier ámbito.

El problema es más claro de lo que parece: la educación informal (y, en ocasiones, formal) de este país promueve la supremacía del hombre y advierte de las consecuencias de ser superado por una mujer. Lo peligroso de formar parte de una cultura en donde la mujer debe ser inferior es estar convencido de que ellas tienen que mantenerse en esa inferioridad a cualquier precio.

La humillación social que recibe un hombre superado por una mujer (independientemente del sector) es grave y existe de común acuerdo entre la población masculina. En la mina, las cosas toman una magnitud mayor por tratarse de una industria completamente masculinizada a lo largo de la historia.

No son pocas las trabajadoras mineras que han sido víctimas y espectadoras de tratos negativos por parte de sus compañeros, sobre todo cuando se trata de evidenciar que no son superados por una de ellas. Según algunos testimonios, los mineros son capaces de hacer lo que sea necesario para no ser evidenciados ante sus colegas.

La competencia entre empleadas y empleados comienza cuando ellas entran a trabajar y son, muchas de las veces, advertidas sobre el esfuerzo extra que deben dar para lograr competir dentro de la minería. Eso fue lo que le pasó a Laura cuando fue entrevistada y cuestionada incisivamente sobre su intención de hacer sus prácticas profesionales en la mina y dedicarse a ese sector.

En ese entonces, uno de los superiores de la mina le advirtió que estaba entrando a un lugar al que la mujer no pertenece y le expresó su desacuerdo en que ella siguiera buscando una oportunidad ahí. Ante la insistencia de la ahora minera, él no tuvo más remedio que intimidarla y asegurarle que necesitaría dar el triple de esfuerzo para ser aceptada y valorada por su trabajo en la mina:

Llegué a mi práctica y me puso una regañada porque me dijo que era un área de hombres y que ahí yo no triunfaría. Luego me dio un consejo: “tú tienes que hacer las cosas 100% bien porque es una carrera en donde son puros hombres porque la mujer no entraba a estos lugares; tienes que trabajar 200% más para que te acepten y estés a igualdad de cualquiera de aquí; y tienes que trabajar 300% más para poder sobresalir”. Yo estaba en primer año de la carrera, desde entonces yo lo hago 300% bien.

Lo grave del asunto de Laura es, además de la intimidación, el hecho de tener que esforzarse mucho más que cualquiera sólo por ser mujer. De entrada, el despres-

tigio de la mujer en la minería es tal que los mismos mineros buscan la manera de evitar que ellas trabajen ahí. También es grave que haya un reconocimiento implícito del machismo imperante en la industria.

La exigencia extraordinaria puede considerarse un acto de racismo hacia la mujer cuando es intencionada. Según los derechos de la mujer, ella debe trabajar lo justo y en ninguno de los sectores laborales en donde se desarrolle debe ser sobreexplotada sólo para ganar un estatus y ser aceptada. Tal acto podría ser castigado como una violación a los derechos.

Laura no es la única minera que ha sufrido la intimidación por parte de los supervisores mineros. A Martina le sucedió algo similar cuando hizo su solicitud en la mina. En su caso, el director de Recursos Humanos la cuestionó acerca de sus intenciones de ser minera y lo primero que le dijo es que no podría trabajar ahí porque era muy femenina: “El de recursos nos preguntó a varias si de verdad queríamos trabajar en la mina. Otra compañera y yo le contestamos que sí, pero él me dijo que yo andaba muy arreglada y me preguntó si aún así yo seguía pensando que debería de estar en la mina. Yo le contesté que sí y que si necesitaba dejar de arreglarme para entrar lo iba a hacer”.

La idea de feminidad débil y sumisa que se promueve en una sociedad machista está íntimamente relacionada con las “necesidades” estéticas de las mujeres. Es normal encontrar a personas que relacionan a las mujeres con el cuidado de la apariencia y con la imposibilidad de sacrificar la belleza por lograr algo. Esta última afirmación es peligrosa, pues lleva implícito el pensamiento de que una mujer nunca será capaz de apartar la belleza con tal de trabajar en un lugar como la mina.

Lo agresivo de ese discurso radica en el estereotipo de mujer que debe estar siempre bella para que un hombre pueda cortejarla y, por lo tanto, ser escogida para comenzar una relación. Las mujeres, en ese sentido, terminan siendo percibidas como objetos de exhibición y no como personas proactivas capaces de adaptarse a las circunstancias requeridas en el ámbito laboral.

Lo dicho anteriormente no debe malinterpretarse; aquí no se busca juzgar a las mujeres que cuidan su apariencia y la explotan para distintos fines. Lo que se pretende es explicitar el pensamiento unidimensional que dicta que las mujeres son sólo apariencia y nada más. Creer, como en el caso vivido por Martina, que por cuidar la apariencia está imposibilitada de ser minera, es una manifestación más del machismo imperante en el país.

Mientras recuerda aquella situación de desprestigio e intimidación que enfrentó, la trabajadora asegura que no fue lo único que dijo el reclutador de la mina. Después de recibir la inesperada respuesta, él continuó tratando de con-

vencerla para que desistiera de su intento. La nueva estrategia sonó más a amenaza que a simple intimidación; en ese momento, las cosas se pusieron más serias:

Cuando yo le contesté que no me importaba no andar arreglada, a él no le gustó mi respuesta y me dijo: “No creo que aguantes, pero si quieres intentarlo es tu problema. No vas a aguantar, yo te aseguro que mañana te vas”. Todavía pasando la semana de estar trabajando tuve que marcarle para saber cuándo haría mi examen médico; no me lo habían hecho porque de verdad él no creía que fuera aguantar ni un día dentro de la mina.

Los primeros enfrentamientos que tienen las mujeres en la mina se deben, en gran parte, a eso que ya se comentó anteriormente: un hombre no tolera verse superado por la mujer en un sector masculinizado y aprovecha cualquier oportunidad para desprestigiarla. Así, Marta también fue cuestionada sobre si sería capaz de trabajar en un entorno sucio y lejano de lo femenino.

Para ella nunca fue un problema hacerlo y reconoce que esos cuestionamientos sobre una supuesta feminidad superficial están influidos por una cultura machista. Esa cultura machista, en varias ocasiones, está también motivada por lo que la minera llama “mujeres delicadas”, es decir, aquellas que se creen las ideas tradicionales que definen a la mujer como alguien delicada y dependiente:

Me consta que no todas las mujeres quieren hacer un esfuerzo porque piensan que los hombres deben hacer todo. Son muchos sacrificios; no sé si se alcancen a visualizar los sacrificios, pero vale la pena. Trabajar en una mina siempre es sacrificio y a muchas mujeres no les gusta andar vestidas como nosotras andamos; se van por estar guapas y tacones, nosotras perdemos el *glamour* porque queremos estar aquí y demostrar que podemos.

Después de superar las primeras intimidaciones y finalmente entrar a trabajar, las mineras comienzan un camino de competencia desleal contra los hombres. La desigualdad de criterios utilizados para evaluar las acciones femeninas parte de la misma iniciativa machista que hay en un inicio: la mayoría de los supervisores son hombres convencidos de que una mujer no debe estar en la mina.

Ante la búsqueda de razones para comprender el nivel de rechazo y la presión ejercida a las mineras, se considera, por supuesto, la cultura patriarcal heredada. Una variante de esta cultura se manifiesta en la intolerancia masculina al crecimiento de la mujer, sobre todo a costa del prestigio de los trabajadores.

Muchas de las mineras entrevistadas coinciden en que el mal trato recibido se debe a una especie de paranoia masculina. Gran parte de los trabajadores interpretan la incorporación de la mujer como una invasión y una competencia negativa para ver quién puede más y quién es mejor en la mina. Magaly es una de esas mineras que afirma la existencia de temor y coraje por parte de los hombres, a pesar de que dichos sentimientos estén injustificados y se hayan originado en el seno de una sociedad machista.

Para ella, cuando una mujer entra a la mina está sujeta al trato agresivo por la amenaza que representa para el trabajador minero, sobre todo para aquellos que están en una zona de confort y no tienen competencia. Desgraciadamente, dice, la situación no es así: una mujer no entra a la mina para demostrarle a sus compañeros que ella puede más por el simple hecho de ser mujer.

Los objetivos principales de una mujer trabajadora son apoyar a su familia y demostrarse a sí misma que puede, siempre con una competencia sana. La competencia sana consiste en hacer las cosas lo mejor posible para destacar entre los demás y, cuando es necesario, cooperar con los compañeros y compañeras para lograr objetivos colectivos.

En todos los sectores de la sociedad, sobre todo en una sociedad como la actual, la competitividad es una cualidad que se premia con resultados positivos para quien resulte destacado. El problema es que, ante la neurosis provocada por esos entornos en donde el menos competitivo se estanca, la competencia desleal es cada vez más común.

La competencia desleal consiste en utilizar recursos ajenos a la exhibición de las cualidades propias a partir del trabajo desempeñado. En muchas ocasiones es común encontrar deslealtad en la explotación de los defectos de los competidores, las mentiras, las amenazas, la intimidación, las traiciones y otras acciones más.

Según Magaly, nunca ha conocido a una mujer minera que sea tramposa en la competencia laboral; sin embargo, la educación machista recibida en México prepara a hombres (y hasta a mujeres) con prejuicios. Uno de los mayores prejuicios es que una mujer debe ser inferior y que, si compite, lo hará a través de recursos desleales con tal de obtener un beneficio. La mujer minera, dice la entrevistada, siempre busca la ayuda y la cooperación para desempeñar mejor el trabajo: “Nosotros no tratamos de demostrar que somos más, sino demostrar cómo se pueden mejorar las cosas y cómo se pueden hacer con más inteligencia. Como mujeres no llegamos a quitarle el trabajo ni a afectar a nadie, sino a juntar los pensamientos que ambos, hombres y mujeres, poseemos”.

La clave para evitar las confrontaciones y lograr un ambiente de igualdad, tanto en la minería como en cualquier sector laboral y en la vida en general, es

comprender que entre hombres y mujeres existen diferencias complementarias. El gran error de la sociedad patriarcal es suponer que, por ser sexos diferentes, uno tiene que ser mejor que el otro.

La mina es un entorno en donde las diferencias entre hombres y mujeres pueden apreciarse muy fácilmente. Al ser un lugar históricamente masculinizado, la mina generalmente está asociada a la suciedad, el desorden y el trabajo rudo. Con la presencia femenina, sin embargo, se ha demostrado que las cosas son distintas.

Todas las mineras entrevistadas concuerdan en que hombres y mujeres tienen diferencias importantes. En una sociedad igualitaria, con una cultura de la cooperación, esas innegables diferencias servirían como apoyo entre unos y otros para el progreso común. Incluso, situaciones como las que vive Paula demuestran que la cooperación tiene más beneficios que perjuicios.

En su puesto, ella convive con altos mandos de la mina en donde trabaja y con altos mandos de otras minas. Entre sus funciones también le ha tocado recibir a grandes inversionistas mineros dispuestos a asociarse con las corporaciones que los convenzan. De acuerdo con su experiencia, el orden y la pulcritud son imanes infalibles para los nuevos inversionistas.

La razón por la que varios ejecutivos se han llevado una excelente imagen de la mina en donde ella trabaja es porque se encuentran con algo inesperado: en el lugar no hay suciedad ni un caos imperante, sino todo lo contrario. Esas sorpresas que los inversionistas se han llevado, y el consecuente crecimiento, se deben a la presencia femenina.

La intención de Paula no es, por supuesto, comparar y jerarquizar los logros, sino expresar la importancia del papel femenino en la minería. Ya sea por razones culturales o de otra índole, las mujeres tienen una serie de cualidades que les son propias, como el orden y la limpieza; el verdadero progreso en una sociedad patriarcal es, en lugar de atacar, apreciar las cualidades propias de cada sexo y aprovecharlas para beneficio de todos:

Mi mayor satisfacción es que llegue alguien de otro lado, de otras compañías, y que mi jefe diga: "Vean este espacio; está así porque tengo aquí a una mujer". Cuando llegan inversionistas, ven ordenado y limpio; les gusta. Para ellos ver la planta limpia representa un orden y que las cosas están bien en la empresa. Cuando llegan a una planta así, se refleja la vida y el profesionalismo de quien la está manejando.

El mismo fenómeno sucede en el lado masculino. Las mineras reconocen que sus compañeros son los indicados para realizar trabajos pesados que requieren de

una fisiología capaz de soportarlos. A pesar de que cada vez es menos necesaria la fuerza física para realizar trabajos mineros, todavía es necesaria la presencia de mineros que se responsabilicen por esas actividades.

Tal como se dijo en otros capítulos, desde la implementación de la nueva tecnología minera, el trabajo pesado ha disminuido y eso ha favorecido la inserción de la mujer en la industria. La inclusión femenina en la mina ha significado darse cuenta de que, a pesar de ser fisiológicamente distintos y de que el hombre esté más capacitado para el trabajo pesado, las mujeres también son capaces de hacer lo que se propongan, así sea algo que, por naturaleza, parecería no apto para ellas.

La misma Paula es una de las entrevistadas que, con base en voluntad y cooperación, ha logrado percatarse de que sus límites son más mentales que físicos. En el día a día, ella se ha enfrentado a distintos retos en donde ha tenido que equipararse con sus compañeros. A partir de eso, comprendió que la sociedad ha hecho mucho daño a las mujeres por decirles que no pueden hacer cosas de supuesta exclusividad masculina.

En el nuevo pensamiento que ella ha adquirido, las mujeres pueden ser agentes de un cambio en la sociedad y en la cultura que las subestima. La mejor manera para lograrlo es darse cuenta de la multitud de actividades que realizan y de lo valioso de cada una de ellas. Desde ser madre hasta ser una minera que realiza trabajos pesados, la mujer tiene que enorgullecerse de lo que hace y saberse parte fundamental y complementaria del desarrollo masculino:

Creo que podemos lograr un cambio radical en cuanto a la perspectiva machista. Los hombres tratan de huir en el rol de ser padre, y uno de mujer no: tratas de acomodar tus tiempos y que te alcance para cumplir con todos tus roles. En el trabajo tienen los hombres sus fortalezas, pero las mujeres son más cuidadosas, ordenadas y disciplinadas. Ellos son muy prácticos e ingeniosos, pero la mujer, con la paciencia y la creatividad que tiene, hace una buena combinación.

Dora coincide en que los límites son mentales y responsabiliza a la sociedad por hacerle creer a la mujer que no vale. Según lo compartido por ella, es una lástima darse cuenta de que muchas mujeres siguen pensando que las cosas son como todos les dicen que son: “No debemos tener la idea de que nada más los hombres pueden hacer las cosas; también nosotras podemos. La diferencia no está en la fuerza de uno, sino en la mentalidad de uno; si uno quiere, puede hacer lo que se proponga aunque sea mujer” —asegura—.

La voluntad es el principal mecanismo para lograr las cosas y una mujer con voluntad no tiene límites. El ejemplo perfecto de no querer conformarse e ir más allá de los límites sociales, culturales y laborales es la vida de Sabina. Desde chica se le dijo que debía ser sumisa y dejar a los hombres hacer las cosas pesadas.

El destino que ella tenía deparado era no trabajar y dejar que su marido hiciera todas las cosas. A pesar de las ideas impuestas por la familia y la sociedad, la vida de la ahora trabajadora la llevó a la mina. Lo primero que pensó al llegar es que le darían un trabajo de oficina porque, dice, desgraciadamente se tiene la imagen de que la mujer sólo puede estar en un escritorio.

Una vez adentro de la mina, consiguió el puesto de supervisora de minas, pero no se limitó a ejercer sólo lo que su carta laboral describía. En un impulso por querer saber más y darse cuenta de que podía superar sus límites, aprendió mecánica y comenzó a reparar algunas máquinas. Esa experiencia le dio mucha satisfacción porque se había demostrado que podía hacer lo que se propusiera:

Me gustaría que se cambiara eso de que nada más digan una mujer sólo puede estar en una oficina porque, a veces yo he arreglado máquinas de perna; soy mujer y claro que se puede. El señor que es mi jefe sabía arreglar y él me enseñó para que yo le ayudara y porque yo se lo pedí. Cuando uno es mujer piensa que no puede hacer las cosas, pero ya aprendí que nada es imposible.

Las características propias de las trabajadoras mineras, como el orden, la disciplina, la versatilidad y la perseverancia, las ha llevado a ocupar altos puestos. En principio esto debería ser motivo de orgullo y no de conflicto; sin embargo, algunas de las mujeres se han visto envueltas en problemas por el hecho de ser ascendidas.

La pregunta lógica ante esta situación es: ¿cuál es el verdadero problema de que una mujer tenga un puesto de alta jerarquía? La tradición dicta que no debe ser así. Incluso ahora, en distintos sectores laborales se considera inadecuada la participación de la mujer en puestos determinantes y los trabajadores hacen lo posible para evitarlo.

En la minería, con toda la carga masculina que tiene el sector, ya se ha logrado la hazaña de ver mujeres como supervisoras, que tienen empleados a su cargo. El camino, no obstante, ha sido difícil. Dafne es una de las mineras que ha luchado contra la cultura laboral que impide la ascensión femenina.

En su experiencia, ha sido muy complicado ser responsable de los hombres a su cargo. En su carrera ha recibido muchas negativas e, incluso, agresiones verbales debido al conflicto que causa su posición: “Se le batalla mucho para que una

mujer pueda liderar hombres. Siempre nos enfrentamos con esos conflictos de que somos mujeres y que por eso no podemos mandar”.

Afortunadamente para ella y sus compañeras que son mandos, la situación ha mejorado debido al apoyo de otros mineros conscientes de la desigualdad. Lo más importante ha sido la participación de compañeros que se han encargado de concientizar a los demás, aparte de ellas mismas demostrar que están ahí por su trabajo. Convencer a los demás de que todos son un equipo, independientemente del sexo, es un objetivo que se logra con lentitud, pero con avances firmes.

## LA EDUCACIÓN ES PARA TODOS

Antes de llegar a la mina, o incluso estando dentro de ella, el sector femenino ha buscado capacitarse mediante programas educativos relacionados con la minería. Hasta hace no muchos años, la mujer tenía restricciones para recibir una educación. Desde que las instituciones educativas comenzaron a recibir estudiantes mujeres, la situación ha cambiado y es posible encontrar a profesionistas sólidas.

Como parte de una institución social y cultural, en la educación también hay limitantes para las mujeres. Incluso ahora, todavía es posible encontrar diferencias en la accesibilidad educativa entre mujeres y hombres. En la educación básica se nota la exclusión a partir de ideologías impuestas por los profesores y en la interacción entre alumnos y alumnas.

En la educación superior, sin embargo, es más notoria la segregación a partir de las profesiones “adecuadas” para cada sexo. En la actualidad se sigue una tendencia de pensamiento que dicta cuáles deberían ser las carreras adecuadas para cierto sexo y cuáles no. El caso de las profesiones relacionadas con la minería es prototípico para ejemplificar esta problemática.

De acuerdo con varias mineras de profesión, sólo a partir de los últimos años se ha aceptado que las mujeres ingresen a las carreras mineras. Pocos años antes, existían restricciones importantes para todas aquellas que osaran estudiar algo relacionado con la minería.

Inés es una de las entrevistadas que estudió una carrera en minería. Según lo contado por ella, hay filtros muy complicados para que una persona pueda acceder a ese tipo de planes educativos. En el tiempo en que ella ingresó, se percató de que, además de los filtros típicos, existían criterios adicionales para las mujeres. Para esos tiempos, aparte de no ser bien visto que una mujer entrara a la minería, los propios directivos se encargaban de evitar el ingreso femenino: “Me gustaría que hubiera más mineras, pero la tenemos difícil. En mi generación, por ejemplo, la demanda fue de cien fichas

y sólo aceptaron 30. Ya después fueron mil fichas y sólo aceptaban 60. Si a eso se le agrega que las mujeres tienen menos oportunidad por ser mujeres, está difícil”.

A la mujer que decide estudiar una carrera relacionada con la minería no sólo le espera una posible desigualdad en criterios de selección, sino también un juicio social complicado. Desgraciadamente, la sociedad todavía no ha sido capaz de comprender que una mujer minera no tiene que ser menos femenina ni encabezar una rebelión en contra del hombre.

El estigma social recibido por una mujer que decidió no conformarse con el papel que la sociedad le asigna es pesado. En cuanto una posible minera toma la decisión de ejercer una profesión relacionada con lo masculino, comienza una maquinaria ideológica que le dificulta el camino. Ya sea para demeritar su esfuerzo, o para amenazarla e intimidarla, los cientos de mujeres en busca de una oportunidad son muchas veces violentadas con tal de evitar su libre pensamiento.

Para Casandra, el primer paso que tiene que darse para integrar a la mujer en la minería y en los otros sectores sociales es fomentar la educación. Dentro de los problemas en cuanto a las carreras mineras, uno es la poca difusión que hay para que una mujer pueda aspirar a cursarlas: “No hay promoción sobre estas carreras ni se les invita a las mujeres para que vean otras opciones, aunque se piense que son sólo para hombres”.

De acuerdo con la minera, una vez que más mujeres se animen a desafiar el rol que les imponen e ingresen a carreras y trabajos que supuestamente son para hombres, será posible demostrar a los demás que existe igualdad de condiciones para ambos sexos. La igualdad de condiciones, concuerda con sus compañeras, no es comparar a ver quién es mejor en qué cosa, sino lograr la comunión de habilidades y cualidades para mejorar el trabajo y la educación.

El cambio de paradigmas sociales y culturales empieza por la voluntad de quienes participan de ellos. La erradicación del pensamiento patriarcal y de las consecuentes desigualdades y abusos no es fácil. Para lograr la integración femenina se exige la participación de todos los integrantes sociales: por un lado, la mujer tiene la responsabilidad de no conformarse con los roles tradicionales impuestos y buscar el desarrollo personal, aunque con eso se desafíe lo convencional. Por otro lado, los hombres deben ampliar su visión incluyente y luchar contra el falso resentimiento ocasionado por el desarrollo femenino.

Una vez comprendidas las responsabilidades de cada persona, será posible la evolución social y la creación de nuevos modelos culturales que beneficien a todos los participantes de la comunidad. El panorama, ya logrado el cambio, es más alentador de lo que se piensa: el poder fundado en la desigualdad y ostentado por los forjadores patriarcales sería parte de una historia más.



## CAPÍTULO CINCO

# EL CHOQUE ENTRE VOLUNTADES

*El poder que ejercen los hombres sobre las mujeres influye de manera decisiva en la construcción de las subjetividades de ambos. En dicha construcción, el género no puede ser asumido como una realidad simple, ya que su complejidad se da al estar integrado con factores también complejos, como lo son la raza, la religión, la educación y la clase social.*

Cánovas, 2017: 36

En los capítulos anteriores se leyó la voz de las mineras trabajadoras mexicanas respecto a los distintos ámbitos de su desarrollo. Como se ha apreciado, en cada uno de dichos ámbitos existen conflictos entre los deseos de la mujer trabajadora y el rol femenino dentro de ellos. Ya sea en lo familiar, en lo laboral o en lo social, todas las entrevistadas han sido protagonistas y espectadoras de inequidad y de falta de comprensión sobre su responsabilidad como mujeres.

El gran problema para cada trabajadora entrevistada es la constante disputa entre lo que ellas desean como parte de su crecimiento individual y los papeles que “deben” desempeñar en las distintas esferas de desarrollo. Esto no quiere decir que las mujeres trabajadoras quieran deslindarse de sus responsabilidades, sino todo lo contrario: desean hacerse cargo de lo que les corresponde sin presiones ni tratos violentos.

Los estudiosos y estudiosas del fenómeno laboral femenino han encontrado distintas causas del recurrente maltrato a las mujeres trabajadoras. Entre las principales, figura la ruptura del modelo tradicional de familia y de sociedad que el pensamiento patriarcal ha impuesto a lo largo de la historia.

De acuerdo con Valerdi, la fractura del modelo patriarcal comenzó en la segunda mitad del siglo anterior y continúa hasta la actualidad (2011). Los modelos que se han ido modificando estaban caracterizados principalmente por la supremacía masculina y la limitación femenina para realizar sólo las actividades básicas

de cuidado y manutención doméstica. La transformación da pie a que la mujer tenga una notable amplitud como agente de acción social y cultural en el mundo.

Como en cada cambio de paradigma sociocultural, existen sectores ortodoxos que se resisten a la transición. Eso pasa principalmente porque los intereses de dichos sectores se ven amenazados con las consecuencias de los cambios experimentados. En el caso de la sociedad patriarcal, el sector masculino dominante pierde el control de las dinámicas femeninas y se convierte en testigo obligado de la libertad.

La repuesta natural a las transiciones obligadas de los sectores tradicionalmente oprimidos es la resistencia, en algunos casos violenta, al necesario cambio. En el caso del machismo fundamentado en el pensamiento patriarcal, la respuesta no ha sido comúnmente pacífica: incluso ahora, con todo y el avance en la conciencia global, hay graves agresiones hacia las mujeres.

En la actualidad, se sabe que las agresiones son diversas y hasta pueden clasificarse de acuerdo con la manera de proceder por parte del agresor. Los investigadores han encontrado distintas formas de agresión, que van desde lo físico hasta lo psicológico, desde las agresiones más visible hasta aquellas que operan en la mente de la mujer y la afectan desde adentro.

Entre estas últimas, están las agresiones verbales y las muestras de subestimación que han recibido todas las entrevistadas de este libro. Aunque son pocas las mineras que han sido violentadas de una manera física, quizá por los actuales mecanismos legales que dictan fuertes castigos por el abuso físico, todas han sido víctimas de tratos discriminatorios y desacreditaciones familiares, sociales y laborales.

Quizá la consecuencia más importante de la violencia recibida por las trabajadoras mineras y por muchas otras mujeres de México es el conflicto interno experimentado por ellas. La situación no es sencilla, puesto que la lucha se libra entre lo que la mujer quiere hacer como parte de su autorrealización, el bienestar de su familia y las restricciones impuestas por los que las rodean.

Todas las mineras incluidas en este libro son conscientes de los roles que, como mujeres, están “destinadas” a desempeñar. Esto es un asunto complejo porque, además de estar convencidas de que deben desempeñar dichos roles, ellas realizan con gusto y son parte de la satisfacción de cada una. Ser mujer y adoptar las actividades femeninas estereotipadas no son un problema para ellas, sino todo lo contrario.

El verdadero conflicto surge cuando se culpa a las mujeres por abandono y de tener conductas irresponsables debido a las varias actividades realizadas por ellas y no aceptadas por la mayoría de sus allegados. Parece que mientras más cosas

haga una mujer, los reproches sobre sus actividades aumentan porque el grado de exigencia no disminuye en ninguna de ellas.

Una manera sencilla de ilustrar este conflicto es comparar la exigencia social hacia los hombres y aquélla hacia las mujeres. En primera instancia, la desigualdad es clara debido al rol masculino por excelencia: el trabajo. A diferencia de su contraparte femenina, al hombre sólo se le exige cumplir con la proveeduría de la casa y, fuera de eso, las demás actividades no son obligadas.

Esto quiere decir que las demás obligaciones están convencionalmente atribuidas a las mujeres. Por más sencillo que parezca, la situación es intrincada. Si se piensa en la cantidad de actividades desarrolladas diariamente en pareja y en familia, el hombre participa de un bajo porcentaje porque su papel de proveedor económico está validado como el único verdaderamente esencial.

De acuerdo con la cultura dominante, el cuidado de la familia, la limpieza doméstica, la alimentación, las compras necesarias y las demás actividades tienen que ser realizadas por las mujeres de la familia. Cuando la mujer no tiene otra ocupación, puede encargarse de esas labores; cuando sí la tiene, no sólo puede encargarse de ellas, sino que debe hacerlo.

Esa sobrecarga de actividades puede verse en cualquier ámbito cuando las mujeres involucradas son laboralmente activas. Con la situación económica y sociocultural actual del país, cada vez es más necesaria la participación femenina en las actividades económicamente significativas.

A pesar del involucramiento femenino en labores diversificadas, los roles desemeñados a lo largo del tiempo siguen siendo parte de su día a día. Así, si una mujer trabaja la mitad del día, la otra mitad debe ser destinada para atender las necesidades familiares y sociales que siempre le han sido atribuidas.

La situación es observable en varios niveles: en la familia, por ejemplo, se le exige ser la única encargada del bienestar común. El hombre, como ya se ha mencionado, generalmente se deslinda de las responsabilidades domésticas porque la tradición patriarcal no le exige esa función. El problema mayor surge cuando, además de deslindarse, responsabiliza y culpa a la mujer de cualquier adversidad.

Para entender la magnitud del conflicto experimentado por la mujer trabajadora ante esta problemática, es necesario comprender que su intención no es el abandono ni la falta de interés en los asuntos familiares. Al contrario de lo que podría pensarse, todas las mujeres entrevistadas están completamente involucradas con la familia y, mientras están trabajando, se mantienen al tanto de lo que pasa en el hogar.

De acuerdo con ellas mismas, es un error grave pensar que acudir al trabajo es un pretexto para no atender sus “obligaciones” domésticas. Tanto aquellas que

han recibido reproches por parte de sus esposos como las que los han recibido de sus hijos y otros familiares coinciden en que la mayoría de los disgustos parten de la idea equivocada del abandono familiar voluntario.

Lo que en realidad pasa, según lo dicho en las entrevistas, es que está fuertemente arraigado el pensamiento de que la mujer debe estar todo el tiempo en casa. Eso provoca que cualquier intento de cambio de modelo, así sea para el propio bien familiar, sea una violación al papel femenino y una falta de compromiso con todos aquellos convencidos de dicho papel.

Aquí debe quedar bien claro que no hay peor sacrificio para una mujer que dejar a su familia para irse a trabajar. Eso es, de acuerdo con las entrevistadas, lo que pocos entienden porque está convencionalizada la idea de que una mujer fuera de casa es una mujer irresponsable. Cuando una trabajadora está realizando sus labores mineras, no hay ningún momento en el que deje de pensar en la familia y en el beneficio obtenido con su trabajo.

Como se vio en el segundo capítulo, una de las principales razones que tiene la mujer para trabajar es la situación económica, sobre todo cuando no hay otra fuente importante de ingresos. Otra de las razones importantes es el desarrollo personal y profesional que cada una de ellas persigue como parte de sus metas propias.

Aunque aparentemente esas razones son complementarias entre sí y compatibles con el rol femenino tradicional, a los ojos de la cultura patriarcal no lo son. Tal parece que el hecho de que una mujer decida salir de su casa para apoyar a la familia y querer sentirse autosuficiente es un problema grave; si a eso se le suma un interés personal de libertad y desarrollo, la cuestión se complica más.

La familia es un pilar para las mujeres y en el caso de las mineras esto no es diferente. El ámbito familiar implica mucha fuerza y compromiso para las trabajadoras: madres o no, ellas encuentran su mayor motivación en sus seres queridos. Gran parte de los contratiempos que las mineras sobrellevan en el día a día es para satisfacer las necesidades económicas de todos ellos.

Para las trabajadoras, es un orgullo aportar a la economía familiar, y ser un sostén económico (o el único, en algunos casos) las motiva a realizar bien su trabajo. Algunas de las entrevistadas son madres solteras, otras apoyan a sus padres de edad avanzada, otras más ayudan al esposo con la economía y todas ellas laboran en la mina por la misma razón: dar soporte familiar y “demostrar que las mujeres también pueden”.

La frustración que generan las contradicciones entre la situación real y el idealismo machista conservador es un padecimiento de todas las entrevistadas. El gran obstáculo que tienen todas es no saber qué hacer con las perspectivas contrarias de los distintos sectores de las que son parte.

En la familia se les pide contribuir a la economía cuando la situación no está bien, pero también se les pide estar siempre en casa; ésa es una de las más grandes contradicciones experimentadas. Difícilmente la familia también les pedirá que crezcan a nivel personal y profesional porque eso contraviene los intereses patriarcales dominantes: a mayor crecimiento, mayor libertad y conocimiento.

Estos tres ejes (apoyo económico, presencia doméstica y autorrealización) suelen estar en contraposición unos con otros. La causa de dicha contraposición es la falta de coherencia en los discursos de la sociedad mexicana actual: todos quieren tener todo y ser económicamente solventes, pero también quieren vivir con modelos familiares que pertenecen al México rural revolucionario.

La confusión central de las trabajadoras se origina en la contradicción resultante de estar motivadas y, al mismo tiempo, reprimidas por la familia. Todo esto deriva en la figura social que debe cumplir la mujer y el rol que debe desempeñar en el núcleo familiar.

No satisfecho con las contradicciones propias del “deber ser” femenino, el discurso patriarcal tiene una serie de sanciones diseñadas específicamente para confundir y señalar unilateralmente ante cualquier transgresión. La mujer, aturdida por el choque de intereses y voluntades, es una víctima preestablecida en cualquier acción contraria a los lineamientos convenidos.

Todas las mineras entrevistadas concuerdan en ser señaladas familiarmente por sus supuestos errores, pero no por sus logros. Es lógico pensar que sus buenas acciones no sean ponderadas como tales debido a lo inflexible de los modelos actuales. Incluso, es común encontrar que, aunque muchas mujeres cumplen con sus labores domésticas, no son reconocidas, sino todo lo contrario.

El reconocimiento es, por supuesto, una acción que motiva a cualquiera. Tratándose de la mujer, cuya historia como agente familiar, social y laboral siempre ha sido demeritada, el reconocimiento es mucho más significativo y más inesperado. Esto es una lástima, pues la motivación y el impulso hacia la mujer debería ser natural; sin embargo, no es así: la lucha por la valoración de lo femenino ha tenido aciertos, pero todavía falta mucho más.

La falta de reconocimiento es un mecanismo patriarcal clave para mantener marginada a la mujer mediante el discurso pasivo—agresivo. A primera vista, la falta de reconocimiento podría no ser tan significativa como una agresión física, pero, precisamente por eso, puede ser más peligrosa. Debido a la ausencia de señales concretas de maltrato, luchar contra un fenómeno discursivo puede ser más complicado que hacerlo contra uno exteriorizado por la acción física.

La lucha de las mineras entrevistadas se enfoca en ser reconocidas y en dejar de ser víctimas del discurso contradictorio que invalida cualquiera de sus acciones.

Lo más importante para ellas es que las demás personas comprendan que con su trabajo ayudan a la familia y que lo menos que desean es perjudicar a través de la ausencia.

El choque entre aquello que la mujer minera quiere hacer y lo que ella “debe hacer” no sólo influye en las dinámicas familiares, sino también en los demás ámbitos de desarrollo. El entorno laboral es otro en donde las contradicciones del discurso patriarcal toma formas específicas que provocan conflictos de voluntades e intenciones de las mujeres involucradas en él.

La ecuación es simple, pero compleja: en los medios de comunicación masiva, así como en los discursos sociales, culturales y políticos, existe un elevado optimismo focalizado en la integración laboral femenina. Constantemente se difunden campañas para motivar a las mujeres y a las empresas a trabajar en conjunto; el resultado es una justificada motivación femenina que pocas veces encuentra eco.

La contradicción deriva de la insistencia discursiva para que las mujeres trabajen y la poca respuesta de las empresas en hacer efectiva la invitación. Este problema no es una cuestión institucional: la mayoría de los empresarios se han esforzado por incluir a las mujeres en sus actividades productivas, pero no han garantizado la equidad que debe dárseles a las mujeres cuando ya están trabajando.

Desde tratos diferenciados por parte de los empleados hasta la discriminación salarial a través de pagos injustificadamente bajos, las mujeres enfrentan diversos obstáculos para ser consideradas en el trabajo. Encontrar esas adversidades causa en ellas la reconsideración de sus motivaciones laborales.

El descontento, la inconformidad y la inadecuación expectativa—realidad son parte de la creciente declinación femenina en el trabajo. El resultado no podría ser menor: la dificultad de vivir en un mundo en donde el “sí se puede” se contradice con las verdaderas prácticas culturales y tiene como consecuencia un pesimismo que lleva a la inacción y a la resignación.

Si se pone atención en ese fenómeno de contrastes entre lo que se dice y lo que se hace, no es de sorprender que la mujer se sienta confundida y tenga la necesidad de conciliar ambos polos. En el caso de la mujer minera, las adversidades laborales se intensifican por el sector masculinizado en donde se desenvuelve.

Hay muchas cosas por las que las entrevistadas deben luchar y una de ellas es su reputación. La imagen de la mujer minera está constantemente afectada por la conceptualización del rol femenino laboralmente aceptado. Los diferentes sectores no admiten fácilmente la idea de que las mineras sean una fuerza laboral importante.

La minería, al ser considerada como una labor pesada y completamente enfocada a los hombres, no está asociada a la mujer y eso crea un prejuicio importante

sobre aquellas que se involucran en esa actividad. A pesar de que el discurso laboral sobre la mujer dice que ella puede trabajar y ser aceptada en cualquier sector, en la minería la situación no es tan fácil.

Todas las entrevistadas han sido víctimas de subestimación, prejuicio y cuestionamientos asociados a su condición femenina. A pesar de ser constantemente motivadas a trabajar, los repetidos rechazos y negativas en la minería son existentes. Así como en la familia había una confrontación interna en la mujer preocupada por sus familiares y la necesidad de crecimiento laboral, en el ámbito laboral hay una confrontación entre la autorrealización, las necesidades económicas y la discriminación.

Si a la subestimación y la falta de reconocimiento laboral se le agregan otras adversidades como los riesgos de trabajar en un lugar peligroso y estar expuestas a accidentes, la mujer minera trabaja en un ambiente desfavorable que poco tiene que ver con el panorama positivo de los discursos oficiales. En la mina, por ejemplo, los miedos a bajar a las profundidades, experimentar algún derrumbe o perderse en los túneles son constantes y derivan en un esfuerzo física y emocionalmente desgastante.

El esfuerzo laboral de la trabajadora minera debe mantenerse para poder cumplir con las expectativas individuales y colectivas. Además de eso, también se necesita de un esfuerzo extra para conciliar las contradicciones entre el panorama ideal y las verdaderas exigencias derivadas de un ambiente masculinizado.

En la mina existen distintas percepciones sobre las trabajadoras: algunas laboran con hombres la mayor parte del tiempo y deben aprender a convivir en un ambiente hostil para tener una buena relación con ellos y evitar ser vistas como objeto sexual. A pesar del posible equilibrio que puede lograrse, la mujer parece tener siempre desventajas y eso deriva en un rechazo generalmente heredado.

El reto laboral es evitar la confrontación entre la buena intención de incluir a la mujer en cualquier trabajo y las actitudes desfavorables de los trabajadores ya familiarizados con el ambiente. En la minería se ha tratado de eliminar el machismo y la discriminación a partir de dinámicas integradoras y de la concientización sobre los modelos incluyentes y equitativos en el trabajo.

Debido a las exigencias de la minería respecto a los horarios, se ha logrado integrar a la mujer con la conformación de familias laborales. Como se vio antes, la familia es algo central para las mujeres trabajadoras. Por eso, cuando se relacionan afectivamente con los demás trabajadores y trabajadoras, se sienten en un ambiente de trabajo sano. Esta comodidad y confianza se logra cuando se percatan de que son parte de una familia laboral y eso es importante para su desenvolvimiento profesional.

Las relaciones laborales que las trabajadoras establecen con sus compañeros y compañeras son fraternas; entre todos los trabajadores se establecen vínculos afectivos importantes y se crea un ambiente confiable. Una empleada que logra establecer un ambiente familiar en su lugar de trabajo obtiene mucha tranquilidad y mejora su desempeño para beneficio propio.

Si bien la mayoría de entrevistadas coincide en que las personas con quienes trabajan las tratan como integrantes de una familia laboral, no siempre es así. La integración siempre está condicionada por el comportamiento de los demás empleados y por eso se hace imperativa la conciliación de las contradicciones en el ámbito laboral: si se motiva a las mujeres a trabajar y a ser parte de una sociedad equitativa, primero debe asegurarse que existen las condiciones laborales para recibir a una mujer convencida de hacerlo.

En el ámbito social, finalmente, la situación no es distinta. Las contradicciones sociales acerca de la integración femenina son, quizá, las más complejas. La sociedad es el ámbito que engloba a todos los demás debido a su carácter general: la familia está conformada por agentes sociales y los distintos sectores laborales también.

Debido a los continuos esfuerzos para concientizar sobre el valor femenino y su inminente aceptación, la sociedad actual vive en un pensamiento aparentemente incluyente. La verdad es que, entre las ideas de respeto y equidad, siempre existen prácticas sociales que invalidan cualquier pensamiento optimista sobre la erradicación del pensamiento patriarcal. La falta de correspondencia entre la motivación para que las mujeres se sientan valoradas y respetadas, y las agresiones cada vez más diversas son un problema grave.

Lo mismo que con la familia y el sector laboral, en el ámbito social las mujeres son saturadas con mensajes acerca de las posibilidades femeninas para desarrollarse; sin embargo, la realidad es otra. En el país, como en el mundo, los feminicidios, las inequidades, la discriminación y el machismo no han disminuido, como se esperaría en una sociedad incluyente.

El pesimismo es natural en una mujer que escucha algo bueno sobre un mundo ideal y que en la realidad se encuentra con algo completamente distinto. El problema del pesimismo son sus inevitables consecuencias: falta de confianza en sí misma y en los demás, resignación, mediocridad, aceptación de imposiciones, dependencia y victimización.

Conforme pasa el tiempo, se presentan menos alternativas para solucionar el machismo y cualquier otra manifestación patriarcal. Sin embargo, lo peor de todo es el desgaste discursivo de un optimismo feminista moderado que no se sostiene por la realidad. Mientras el desgaste continúe, la situación se complicará aún más.

Si actualmente la motivación para continuar adelante se basa en las ideas de igualdad divulgadas constantemente, después será imposible convencer de eso a quien ya ha sido decepcionada una y otra vez. El cambio en los modelos relacionales entre la familia, el trabajo y la sociedad para la integración equitativa de la mujer debe imperar en la toma de conciencia internacional; sólo de esa manera es posible disipar cualquier contradicción entre lo que se dice y lo que se hace.

Una mujer sin contradicciones entre lo ideal y lo real está posibilitada para desarrollarse en cualquier nivel y en cualquier ámbito; una sociedad que demuestra comprender las desigualdades y respalda el discurso de igualdad tan difundido aporta tranquilidad a sus integrantes. Una vez que las mujeres experimenten la coherencia de una sociedad organizada para el bien general, pondrán todo su entusiasmo en su propia inclusión.



## BIBLIOGRAFÍA

- Albaine, L. (2015). "Obstáculos y desafíos de la paridad de género. Violencia política, sistema electoral e interculturalidad", *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*, 52, pp. 145-162, disponible en <<http://132.248.9.34/hevila/IconosRevistadecienciasociales/2015/no52/8.pdf>>.
- Archenti, N. (2003). "Género y ciudadanía: La representación como articulación social y política", ponencia presentada en el VI Congreso Nacional de Ciencia Política de la Sociedad Argentina de Análisis Político (SAAP), Universidad Nacional de Rosario, noviembre.
- Bonino, L. (2004). "Los micromachismos", *Revista La Cibeles*, 2, disponible en <<http://www.luisbonino.com/pdf/Los%20Micromachismos%202004.pdf>>.
- Cerva, D. (2014). "Participación política y violencia de género en México", *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, LIX, 222, pp. 117-139.
- Cobo, R. (2002). "Democracia paritaria y sujeto político feminista", *Revista Anales de la Cátedra Francisco Suárez*, 36, pp. 29-44.
- Fernández, A. M. (2014). "Mujeres candidatas en la mira: percepciones y representaciones ciudadanas" *Revista Mexicana de Sociología*, 76, 1, pp. 59-88, disponible en <<http://www.scielo.org.mx/pdf/rms/v76n1/v76n1a3.pdf>>.
- Herrera, A. C. y N. Méndez (2010). *Experiencias de acoso político hacia las mujeres que ocupan puestos de elección popular en el nivel local de gobierno*, San José, ONU Mujeres/ Inamu.
- IFE (Instituto Federal Electoral), (2012). "Resultado del Cómputo Distrital de la Elección de Presidente de los Estados Unidos Mexicanos de 2012 por Entidad Federativa", 8 de julio, disponible en <<http://computos2012.ife.org.mx/reportes/presidente/distritalPresidenteEF.html>>.
- INE (Instituto Nacional Electoral), (2018). "Será INE vigilante de la paridad de género en el proceso electoral 2017-2018", 15 de febrero, disponible en <<https://centralector.ine.mx/2018/02/15/sera-ine-vigilante-de-la-paridad-de-genero-en-el-proceso-electoral-2017-2018/>>.
- Machicao, X. (2004). *Acoso político: un tema urgente que enfrentar*, La Paz, Asociación de Concejalas de Bolivia.

- Pateman, C. (1995). *El contrato sexual*, Barcelona, Anthropos.
- Phillips, A. (1996). “¿Deben las feministas abandonar la democracia liberal?”, en C. Castells (coord.), *Perspectivas feministas en teoría política*, Barcelona, Paidós.
- PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo), (2012). *Violencia contra las mujeres en el ejercicio de sus derechos políticos*, México, PNUD.

# ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS .....	5
INTRODUCCIÓN .....	7
PRÓLOGO .....	17
CAPÍTULO UNO	
LA MINERÍA EN EL TIEMPO Y EL ESPACIO .....	21
LA MINERÍA COMO EVOLUCIÓN HUMANA: EL USO DE METALES .....	22
LA MINERÍA PREHISPÁNICA .....	28
LA MINERÍA COLONIAL .....	32
LA MINERÍA EN EL MÉXICO MODERNO .....	35
LA MUJER EN LA MINERÍA .....	39
CAPÍTULO DOS	
LA MUJER MULTIFUNCIONAL: FAMILIA Y MINERÍA .....	45
LA MUJER MINERA COMO MADRE .....	46
LA MUJER MINERA COMO ESPOSA .....	58
LA MUJER MINERA COMO HIJA, HERMANA Y AMIGA .....	66
LA FAMILIA COMO MOTIVO Y OBSTÁCULO .....	75
CAPÍTULO TRES	
LA MUJER MINERA: PASIÓN BAJO TIERRA .....	81
EL PRIVILEGIO DE TENER DOS FAMILIAS .....	82
UN MONSTRUO BAJO TIERRA .....	89
EL RECONOCIMIENTO COMO MOTIVACIÓN PARA CONTINUAR .....	103
PASIÓN Y AUTORREALIZACIÓN, ALIMENTO PARA EL ESPÍRITU .....	114
LOS PEQUEÑOS DETALLES SON LOS QUE CUENTAN .....	126

ÍNDICE

CAPÍTULO CUATRO

LA SOCIEDAD TRADICIONAL Y LA MUJER .....	129
LA CREACIÓN DE UN NUEVO ENTORNO .....	131
LAS COSAS NO SON COMO PARECEN .....	133
LA COMPETENCIA Y EL RESENTIMIENTO MASCULINO .....	144
LA EDUCACIÓN ES PARA TODOS .....	152

CAPÍTULO CINCO

EL CHOQUE ENTRE VOLUNTADES .....	155
BIBLIOGRAFÍA .....	165

*La mujer en la minería en México*  
se terminó en la Ciudad de México  
durante el mes de diciembre de 2020.  
La edición impresa sobre papel de  
fabricación ecológica con *bulk* a  
80 gramos, estuvo al cuidado de la oficina  
litotipográfica de la casa editora.



La minería siempre ha sido asociada con lo masculino. En el imaginario social, el trabajo minero implica esfuerzos que van más allá de las capacidades femeninas: manejo de maquinaria pesada, riesgo en la ubicación de explosivos, excavación en profundidades con poco oxígeno y otras actividades más. La idea de que sólo el hombre puede lidiar con el trabajo pesado ha permeado tanto en las dinámicas colectivas, al grado de que el papel de la mujer minera ha sido ignorado a lo largo del tiempo.

Este libro fue escrito con el objetivo de escuchar aquellas voces que generalmente han sido mantenidas bajo tierra: las de las mujeres mineras. Los testimonios incluidos aquí dan cuenta de las funciones, objetivos, adversidades, sueños, logros y vivencias de esas trabajadoras.

Con el fin de romper los paradigmas y lograr una apertura a la reflexión sobre el tema de la mujer en la minería, se propusieron varios objetivos para realizar la investigación que originó este libro. El principal fue conocer cuáles son las mayores adversidades y logros que las mujeres han encontrado durante su trayectoria laboral en algunas de las minas más importantes del país.

